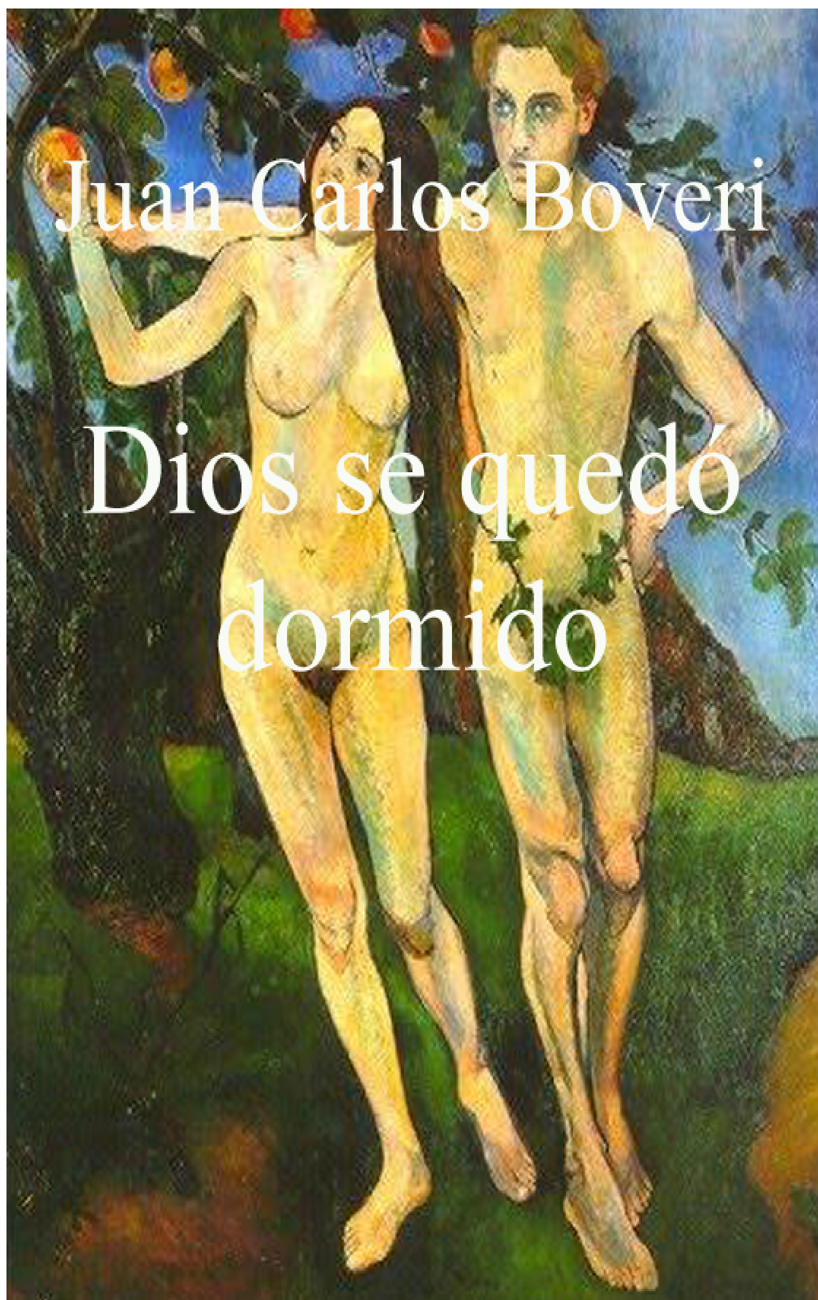

Juan Carlos Boveri
Dios se quedó
dormido

Imagen de Tapa: Susan Valadon – Adán y Eva

El olvido de Dios

1

Era habitual que Dios paseara por la Tierra mezclándose entre la gente sin darse a conocer. No lo hacía de este modo para observar el comportamiento de las personas ni para tratar de entender mejor las circunstancias de la vida sino para distenderse de sus tareas habituales. En realidad, en los últimos años, esas tareas no le ocupaban sino una parte muy pequeña de su tiempo. Cansado de tener que resolver problemas, poco a poco, había delegado muchas de sus funciones en sus subalternos. Sin tener nada que hacer durante la mayor parte del día, harto de ver las mismas caras de santos y santas, se sentía aburrido. Bajar a la Tierra, aspirar el esmog, escuchar el ruido ensordecedor del tránsito de los vehículos, mirar la velocidad con que la gente caminaba para llegar rápido a ninguna parte, lo reanimaba inyectándole nuevos bríos.

Esa tarde hacía frío. Las nubes estaban bajas y cargadas de lluvia. Dios se sentía a sus anchas, era el tipo de días que le agradaban. Metió las manos en los bolsillos del impermeable y aguardó a que el semáforo cambiara las luces para cruzar la calle. Por unos instantes, según era su costumbre, se distrajo. Recobró la concentración en el momento en que el muñequito colorado comenzó a titilar. El muñequito se detuvo en colorado. Entonces, bajó de la vereda, y, por supuesto, lo atropellaron.

Tuvo suerte, apenas era una bicicleta. La bicicleta frenó a treinta centímetros de su cuerpo, la rueda delantera se dobló hacia la izquierda, la rueda trasera derrapó sobre el pavimento; el ciclista, en forma instintiva para evitar el choque, extendió uno de los brazos golpeando el hombro de Dios. Este, que ni siquiera había visto a la bicicleta, y aún con las dos manos

en los bolsillos, trastabilló sobre uno de sus pies. Intentó sacar las manos de los bolsillos pero todo lo que consiguió fue que el impermeable se levantara por encima de las rodillas. Por un segundo, quedó suspendido sobre sus talones y, sin poder contradecir la ley de la gravedad, cayó de espaldas.

Cuando se recobró, estaba nuevamente sobre la vereda. Un vendedor de diarios le sacudía el impermeable. El ciclista daba explicaciones. Una señora preguntaba: «¿Se encuentra bien, abuelo?». Dios, todavía confundido por la caída, miró a la señora y buscó, girando sobre su hombro, al hombre mayor al que la señora se dirigía. No vio a nadie. Enarcó las cejas y dijo que se encontraba bien, muy bien. Tomó distancia del par de personas que intentaban ayudarlo y comenzó a cruzar la calle, por supuesto, con el muñequito colorado titilando. Por detrás de Él, oyó que el ciclista decía algo sobre un viejo estúpido. Volvió a mirar hacia la vereda y buscó con la mirada. No encontró a ningún viejo.

Caminó con la mayor rapidez que pudo, como tratan de hacerlo los que huyen de un papelón, y acabó por alejarse tanto que, al tratar de reconocer por dónde andaba, se dio cuenta que había caminado veintitrés cuadras. Conforme con la distancia que había conseguido del sitio del suceso, se detuvo frente a una vidriera. Entonces, notó que le faltaba el aire y le dolían las piernas. La caminata había sido excesiva. Dios nunca hacía gimnasia. Vio su aspecto reflejado en la vidriera. Se pasó la mano por la cabeza, acomodándose el pelo. Notó un chichón. No era demasiado grande y sólo le dolía al tocarse. Dio unos pasos y percibió olor a comida. El olor le hizo dar hambre y entró al restaurante.

El lugar era pequeño. Las mesas estaban cubiertas por manteles a cuadros verdes y blancos y, en el centro, tenían un florerito con florcitas artificiales. Dios ocupó una de las mesas junto

a la pared, cerca de una pareja que parecía estar discutiendo. A Dios le gustaba escuchar discusiones amorosas. El mozo lo atendió con rapidez. Esto agradó a Dios porque si algo detestaba era tener que esperar. La ansiedad siempre había sido su problema principal. Ordenó una milanesa con papas fritas; dos huevos fritos; una ensalada de tomates, lechuga y cebollas; otra de radicheta y ajo; una botella de vino tinto y mostaza. Poder comer cuanto quisiera era una de las cosas que le agradaban de la Tierra. En el Cielo decían que estaba demasiado gordo y lo ponían a dieta.

Cuando le trajeron el pedido, requirió que, nuevamente, le llenaran la panera porque, mientras aguardaba, se había comido todo el pan. Después de pinchar el último trocito de ajo que le restaba comer, pidió un flan con crema y dulce de leche, un café y un coñac. Al beber el último trago de coñac, se dio por satisfecho. Limpió su boca con la servilleta, se puso de pie, dirigió una mirada a la pareja que seguía discutiendo, volvió a ponerse el impermeable y salió. Apenas había atravesado la puerta del restaurante que escuchó unos gritos, se detuvo y vio a alguien corriendo hacia Él. Era el mozo y le sujetaba con fuerza el brazo.

—Señor, no pagó la cuenta.

Dios lo miró sin confundido. El mozo insistía y Dios demoraba en comprender. Al fin, entendió. Metió las manos en todos los bolsillos pero no encontró nada. Dios nunca llevaba plata porque era Dios.

—¡Ah, un vivo! Come como en un banquete y se escapa sin pagar. Venga, acompáñeme adentro.

Con pasos apurados recorrieron el salón y empujando en forma enérgica una puerta vaivén entraron a la cocina.

¿Qué pasa? —preguntó una mujer de pechos prominentes, secándose las manos en el delantal.

—Este fue el que se comió la milanesa, las papas, los huevos, las ensaladas, el flan, el café, el vino, el coñac, el doble pan y se quiso escapar sin pagar.

La mujer lo miró desde la cabeza hasta los pies.

—¿No le da vergüenza? —dijo—. Mírese, si parece un señor. Si tiene hambre, ¿por qué no pide? Si pide, le damos. ¡Pero, claro! Un señorón no pide, estafa. ¡Mire todo lo que se comió! Ahora que lo veo bien, con esa panza no parece estar pasando necesidades. ¡Sinvergüenza!

Dios agachaba la cabeza. Tenía las mejillas coloradas.

—Pero va a pagar. ¡Quédese tranquilo que va a pagar! De acá no se va hasta que lava los platos y limpia la cocina y los baños. ¿Está de acuerdo, señor?

Dios movió apenas la cabeza, aceptando.

Lo hicieron quitar el impermeable y el saco. Se arremangó la camisa y un muchacho con la cara llena de acné, con un gorro en la cabeza, le alcanzó un delantal.

—Si rompe, paga —dijo la mujer—. Los platos y las ollas las va poniendo donde le diga Julito.

La mujer se dio vuelta y comenzó a revolver una salsa.

—¡Eh, don! —dijo Julito—. ¿Cómo se llama usted?

Dios lo miró extrañado.

—¿Tiene nombre, don? —insistió Julito.

Dios permaneció pensativo. Hizo un esfuerzo para concentrarse y poder dar una respuesta. Como si saliera de un sueño dijo:

—No me acuerdo.

La mujer, sin volverse para mirarlo, exclamó:

—No se haga el gracioso con el chico. Dígale cómo se llama. ¿No ve que es un inocente, un lerdo de seso?

Dios trató de pensar. Se le ocurrían nombres de árboles y frutas pero decidió que ninguno de ellos podía ser su nombre propio.

—Señora, no me puedo acordar de cómo me llamo.

La mujer se dio vuelta. El tono de voz de Dios la convenció de que estaba hablando en serio.

—¿Dónde vive usted? —preguntó.

Dios permaneció en silencio.

—No sé —dijo con un gesto de desesperación en el rostro.

La mujer se le acercó. Lo miró con curiosidad y un poco de desconfianza.

—¿De verdad no se acuerda de nada?

—No me acuerdo —respondió Dios.

—Busquemos sus documentos. Revise en el saco —dijo la mujer—. ¿Puedo revisar yo?

Dios asintió.

La mujer revisó bolsillo por bolsillo y no encontró ni un papelito ni una pelusa.

—¡Azucena, salen dos estofados! —gritó el mozo empujando la puerta vaivén y empezando a vaciar la bandeja de platos sucios dejándolos en la mesada.

—García, este hombre no se acuerda quién es —dijo Azucena.

García la miró y le guiñó el ojo.

—Es un mandaparte, Azucena. Póngalo a lavar, no le haga caso. Si habré visto de estos atorrantes.

—No se niega a trabajar pero de verdad que no se acuerda.

—A ver —dijo García—. ¿Cómo se llama usted? ¿No se acuerda ni cómo se llama? ¿Dónde vive? ¿Está casado? ¿Tiene un gato?

—García, ¿qué hay si el hombre tiene un gato? —preguntó Azucena.

—No descarte los detalles, que tienen su importancia para llegar a la verdad. Veamos, ¿cómo se llama su gato? ¿Ha criado un ave? ¿Conoce de abejas? ¿Ha carneado una ternera? ¿De qué lado de la cama duerme?

Dios se encogió de hombros.

—No sabemos si tiene un gato, García. Pero es más importante saber cómo se llama y adónde vive este pobre hombre. Está perdido.

—Es un pobre viejo —dijo Julito.

Dios miró hacia todos lados y otra vez no encontró al viejo. García le parecía de mediana edad pero, pensó que, para Julito, García debía ser un viejo.

—¡Los estofados, Azucena! —recordó García dando un respingo.

Dios vio cómo todos se movían como si estuvieran electrizados y se olvidaban de Él. Repentinamente, decidió hacer un nuevo esfuerzo de concentración, muy superior al primero. Estiró los labios apretándolos, cerró los ojos, arrugó la frente y la nariz. Resignado, dijo en alta voz:

—No me acuerdo cómo me llamo.

2

A las doce de la noche, cerraron el restaurante. Afuera llovía. Todo ese tiempo Dios había permanecido sentado en un rincón de la cocina, sin hacer nada, solamente mirando el ir y venir de García, el revolver ollas de Azucena y el lavar trastos de Julito.

—Oiga, don. Julito tiene que barrer el local. ¿Qué le parece, por más desmemoriado que esté, si hace algo? Lleva tres horas sentado haciendo la digestión. Vea cómo está la cocina. ¿Y si paga lo que comió? —dijo García.

—Déjelo, hombre —dijo Azucena.

—¿Por qué? Se lo ve saludable. Tiene la cara mucho más descansada que la mía —García se pasó las dos manos por el rostro—. Póngalo a trabajar, Azucena.

—Bueno, si quiere, hágalo —dijo Azucena—. Es bueno que el hombre trabaje, los vagos no van al Cielo.

Dios se levantó. «¿Cielo?», pensó. De alguna forma le pareció que el nombre tenía algo que ver con Él. Buscó en su memoria pero no encontró nada. Se puso el delantal.

—Cuando termine, venga al salón. Estamos comiendo ahí —le dijo Azucena y cargó con dos platos de pastas mientras García llevaba el vino y un plato con asado al horno.

Dios se quedó solo. Recorrió con la mirada cada rincón de la cocina. Por donde se la mirase, estaba sucia. Las ollas, con comida pegada en el fondo y en los bordes, se amontonaban sobre la mesada; los platos, puestos de canto, ocupaban toda la pileta. El piso y las paredes estaban salpicados de salsa.

—¡Mi buen Dios! —dijo Dios—. ¿Por dónde empiezo? Aquí se hace necesario emplear una estrategia y una táctica. La cuestión es: ¿qué estrategia y qué táctica deben ser usadas? Recordemos los grandes pensamientos: lo primero es lo primero. Y las cosas grandes empiezan por ser pequeñas. Comencemos, entonces, por este platito de café. Abramos la canilla, dejemos salir el agua, pongamos el platito abajo. ¡Listo! Una cosa menos.

Sin duda, cualquiera fuera la circunstancia, Dios siempre era un optimista.

Tomó un segundo platito de café y, al hacerlo, creyó recordar alguna cosa.

—Alguna vez yo encontré algo muy revuelto, un verdadero caos. ¿Qué era? ¿Y cómo hice para arreglarlo?

Cerró los ojos, buscando concentrarse en forma intensa. Esta vez, puso toda su voluntad. Respiró hondo, soltó el aire de golpe, abrió los ojos y dijo:

—No me acuerdo.

Puso el segundo platito de café bajo el agua. Lo retiró.

—Vamos progresando —dijo—. Para llegar, primero hay que salir. Damos un paso y otro paso y dos pasos son más que uno pero menos que tres, así que tomemos el tercer platito.

Dios se sentía complacido escuchándose. Le parecía que cada palabra que pronunciaba encerraba un pensamiento profundo.

—Mejor es cazar un venado en el bosque que un águila en la montaña, de modo que tomemos el platito más cercano y pongámoslo bajo el agua cristalina, que muy cristalina no está y más bien es color marroncito, sin duda, porque arrastra polvillo de la montaña del cual fluye el manantial que la genera. Agua y tierra constituyen el barro... barro. ¿Qué hice Yo con barro?

A las tres y cuarenta y cinco de la madrugada, tres horas y cuarenta y cinco minutos después que lavara el primer platito de café, Dios acabó de pasar el trapo húmedo por el piso, se lavó las manos y se sentó en una silla a mirar con cara complaciente su obra.

—Tarea concluida y realizada con la ligereza del cisne en el agua —dijo lleno de satisfacción.

A las dos de la mañana, Azucena le había dicho:

—Está lloviendo mucho y, por lo visto, usted no tiene un lugar adónde ir. Mañana vemos. Esta noche puede dormir en ese cuartito que hay atrás. Apague las luces.

Dios entró al cuartito. Pensó que se había equivocado. No había ninguna cama. Buscó otro cuartito pero ese era el único.

—Peor sería si estas personas fueran faquires. Preparemos el suave lecho en el cual el durmiente descansará cual mariposa en la crisálida.

Extendió en el piso el impermeable, se quitó los zapatos y los pantalones y se acostó. Como si recordara algo, dijo:

—Falta la delicada sábana.

Tomó el saco y, de manera elegante, lo extendió sobre Él. Antes de dormirse, tuvo la sensación que hacía muchísimo tiempo, casi una eternidad, que no trabajaba tanto.

3

Al día siguiente continuaba sin poder recordar su nombre ni dónde vivía. Azucena creyó conveniente llevarlo al médico.

—Como tiene un chichón en la cabeza, puede ser que el golpe le haya provocado un estado de amnesia temporal. Por supuesto, hay que hacer una tomografía computada. Si se ha formado un coágulo habrá que realizar una trepanación craneana. Voy a pedirle una punción lumbar y, como no se puede descartar un avanzado estado de arterosclerosis, los análisis de sangre para verificar los niveles de colesterol y glucemia. Análisis de orina y materia fecal. Radiografía de tórax. Vamos a hacer un centello grama para ver la tiroides. Desde ya un electrocardiograma. Hay que hacer un cultivo para ver si no es alérgico. Un análisis parasitario. Por la edad, le estoy ordenando un estudio renal, ecografía de próstata y vejiga. Vamos a hacer una rinoscopia.

Dios, sentado frente la médico, doblaba la espalda y había puesto tímidamente las dos manos entre las piernas. Su frente estaba fría y humedecida. Sentía revuelto el estómago y tenía náuseas. Pensó: «Me encontró algo muy grave. No me queda mucha vida. Me estoy muriendo. De un momento a otro, entraré en estado de coma». Como si necesitase morir en compañía, estiró la mano y tomó la de Azucena. Ella la notó húmeda pero la aferró con calidez.

—Doctor, el problema es que este hombre no pertenece a la prepaga, lo estamos consultando en carácter privado. El caso es que apareció en mi restaurante y el pobre, además de la desgracia que lo aqueja, no tiene ningún dinero, por lo menos, que lleve encima.

El médico se quitó los anteojos. Miró a Azucena por encima del escritorio.

—¿Por qué no me avisó? —dijo, rompió las cuatro recetas y agregó: —Póngale una bolsa de hielo para que le baje el chichón y dele cualquier calmante.

—Doctor —dijo Azucena—, ¿y con la amnesia?

—Se va sola o es asunto de un psiquiatra. No es para mí.

Le dieron la mano y salieron. Azucena se disponía a pagarle a la secretaria del doctor cuando éste abrió la puerta del consultorio y dijo: «Vienen en privado no por la prepaga». La secretaria se arregló un mechón de pelo, guardó el bono que había cortado y comenzó a escribir un recibo. Azucena miró el precio de la consulta y preguntó: «¿Puedo pagarle con tarjeta de crédito?». Aceptaban todas las tarjetas.

En la calle, Dios caminaba como un hombre enfermo.

—¿Se siente bien?

—¿Cómo puedo sentirme cuando me quedan tan pocas semanas de vida?

—¿De dónde sacó que se va a morir?

—Si me pidió tantos análisis es porque tengo una enfermedad terminal.

—¡Déjese de embromar! No le dio nada para hacer ni le encontró nada. ¿No oyó que dijo que se pusiera hielo en el chichón?

Dios, en esa parte, se había distraído imaginando su velorio. Se había visto rodeado de calas; con dos enormes cirios en la cabecera del cajón; y unas vecinas viejas que, sin tener nada para hacer, se habían metido en el velorio para aprovechar la ocasión de poder llorar y conversar un rato mientras tomaban café hasta la hora en que empezaba el teleteatro.

—¿Está segura que no tengo nada mortal?

—¡Pero, hombre! Si usted está más sano que yo. Se dio un golpazo y perdió la memoria, eso es todo. Tenga paciencia que se va a recuperar.

Dios respiró con satisfacción. Pasó un brazo por encima de los hombros de Azucena y le dio un beso en la mejilla.

—¡Mire qué lindo está el día! —exclamó Dios mirando los nubarrones—. La naturaleza penetra en la ciudad trayendo su alegría que, cual grulla veleidosa que croa, si es que fuera rana y, al no serlo, grazna más allá de los tejados, para establecer la simetría entre la abstracta grulla y la concreta rana o viceversa ya que de la hermética simetría se trata y no de la coqueta madre de la soberbia grulla a la cual arrulla cual si fuera hermana de la tierna rana.

—Es usted un poeta —dijo Azucena mirándolo con admiración, aunque no había entendido nada.

—Si Yo soy el poeta, usted es la poesía, Azucena —dijo Dios.

Azucena sintió que el corazón le latía con fuerza. Suspiró. Lo miró de reojo y sonrió. Tenía una sensación que hacía años no experimentaba. Se sintió un poco confundida. Volvió a mirarlo. Acercó su cuerpo y lo tomó del brazo.

—¿Le gustaría trabajar un tiempo en el restaurante? —preguntó con un tanto de inseguridad.

—Bueno —dijo Dios que no era tipo de andar vacilando, sobre todo en cuestiones que no sabía ni de qué se trataban.

Azucena le apretó el brazo.

—Bueno —dijo ella también y se sintió contenta.

4

Dios era buen cocinero a pesar de ponerle demasiada sal a la comida. Al menos para el gusto de García. Como Dios probaba en exceso las comidas, y esto significaba que era más lo que comía que lo que cocinaba, si no estaba Azucena en la cocina no le dejaban solo para evitar las pérdidas.

Al comienzo, Azucena intentó defenderle:

—Todo cocinero debe probar lo que cocina.

—Probar es una cosa y devorar es otra. Vea usted, ayer, cuando usted salió, se comió un plato de riñones, dos canelones, un bife con el huevo frito y todo, seis albóndigas, cuatro panqueques de dulce de leche y otro de manzana, la carne al horno, el pollo a la portuguesa, los vermicelli al pesto, los ravioles a los cuatro quesos, la torta de naranja, la de chocolate y el arroz con leche. Acompañó lo que usted dice que estaba probando con dos botellas de vino tinto de las que cuestan un testículo del cliente. Usted dirá que estaba catando el vino. Yo le digo que este hombre la funde en menos de un mes.

Los argumentos de García le parecieron sólidos a Azucena y decidió que Dios se turnara entre ayudar en la cocina y atender las mesas, lo que le permitió a García tomarse un día libre por semana, cosa que no había hecho en los últimos nueve meses. Al principio, a Dios le costó mantener la bandeja en equilibrio pero practicó por las noches, ya cerrado el restaurante, y llegó a manejarla como un mozo experimentado. Realmente atendía muy bien.

—Hay que reconocer que es un tipo con clase —dijo Azucena—. Hace lucir al restaurante, voy a pasarlo a usted, García, al mostrador, ya que siempre se anda quejando del dolor de pies.

García aceptó de mala gana porque se perdía las propinas pero, en el fondo, reconoció que Dios era un mozo de categoría. Por otra parte, había simpatizado con Él, a quien había bautizado como Manolo hasta que se acordara de su nombre, y pasaba mucho rato escuchándolo hablar y opinar sobre todos los temas.

Si dos cosas tenía Dios, o don Manolo como se lo conocía ahora, eran su capacidad de hablar durante todo el tiempo que se le diese la gana y el no escuchar a quien le hablaba a Él.

Con García se sentía a gusto porque podía decir cuanto se le ocurriera sin ser interrumpido y siempre gozando del máximo de atención, lo que le permitía emplear su gran inventiva y contar toda clase de mentiras o desarrollar con amplitud las teorías que tenía con respecto a cada circunstancia de la existencia humana.

—Fíjese, García —podía decirle—. El omóplato, por ejemplo. ¿Se acuerda usted de su omóplato, García?

Respondía García:

—No, no me acuerdo.

Dios se tocaba la rodilla y García lo copiaba tocándose la suya.

—El omóplato. La rótula es otro ejemplo —decía Dios.

García repetía:

—La rótula, el omóplato es otra cosa.

—Efectivamente, García, rótula y omóplato son diferentes. ¿Se acuerda usted de la rótula, García?

—No, muy a menudo, no.

—¡Ha visto, usted no piensa en la rótula ni en el omóplato! Pero piensa en una pata de pollo, ¿por qué piensa en la pata de un pollo y no en la rótula o el omóplato?

—Ya entiendo. Es sobre los buenos modales. Como que hay que pedir una rótula de pollo, como si dijéramos un omóplato de pollo a la portuguesa.

—No, García —decía Dios y García replicaba:

—Efectivamente, no es así.

—Usted piensa en la pata de pollo y no en su rótula y su omóplato porque usted se preocupa más de lo que está afuera suyo que de lo que tiene dentro suyo.

—Es cierto —respondía García con admiración.

—Entonces, García —le decía Dios—, deje de preocuparse por las propinas y quítese de la cabeza esas ideas de que tene-

mos que compartirlas. Usted preocúpese de su omóplato que yo cobro las propinas.»

—Manolo es un hombre que sabe muchas cosas —decía García—. Es una «inminencia».

Azucena sonreía sin dejar de picar las cebollas y Julito asentía con la cabeza y agregaba:

—A mí me gusta cuando cuenta chistes. Sabe un montón de cuentos de curas.

—Manolo sí que es ateo. Ni a los santos perdona —decía García, riéndose.

En este caso, Azucena se ponía seria y se tocaba la medalla de la virgen milagrosa colgada de su cuello. Otras veces, escuchaba a don Manolo con atención aunque se cuidaba de mirarlo fijamente. Cuando estaba segura de no ser observada, detenía en él su mirada, casi de reojo, y la apartaba de inmediato si creía que podían sorprenderla. De vez en cuando, mientras mezclaba el tomate con las cebollas picadas, la sal y las especias, en sus labios se formaba una pequeña sonrisa, un gesto tan insignificante que solamente alguien muy observador podría haberse percatado de él.

Hacía días se había ocupado de arreglar debidamente el cuartito. La cama tenía un colchón cómodo; sobre la mesa de luz había dispuesto una lámpara de porcelana floreada con pantalla beige. La propia Azucena se había encargado de vaciar un armario, forrar los estantes con papel también floreado, y ubicarlo en el cuartito para que sirviera como ropero.

Diciendo que era a cuenta del sueldo, le había comprado camisas, pantalones y hasta un saco; zapatos, ropa interior, y corbatas, por supuesto, floreadas. Al poco tiempo, parecía estar en exceso ansiosa y distraída, como si estuviera concentrada en un solo tema que le preocupaba y necesitara resolver cuanto antes. Al fin, una mañana, dando la impresión de haber

pasado la noche entera pensando el modo de decir lo que quería, se atrevió y le dijo a don Manolo:

—Pensé que usted debe estar incómodo en ese cuartito, que no tiene ni ventanas. En mi casa hay una habitación vacía, se me ocurrió que usted podría usarla, por los menos hasta que se acuerde de quién es y entonces decida hacer lo que quiere hacer.

—Bueno —dijo Dios.

Azucena, que había dicho toda la frase de un tirón, sin respirar siquiera, movió la cabeza afirmando, alzó las cejas y pareció pensar: «¿Así nomás y ya está?».

Esa noche, Dios se mudó al departamento de Azucena. La habitación era amplia, con una ventana a la calle. Sobre la cómoda había un cuadro de un florero lleno de flores. Sobre la cama, cubierta por una colcha floreada, Azucena había dejado un pijama recién comprado.

A la mañana siguiente, Dios encontró el desayuno servido. Junto a la taza de café con leche, había un plato lleno de buñuelos rellenos de banana.

5

La tía Enriqueta era sorda y vivía en el cuarto contiguo al de Dios. El dormitorio de Azucena, Junto al baño, estaba frente al suyo. La tía Enriqueta había empezado a perder el oído hacia los treinta y ocho años. En esa época tuvo un candidato, Pedro Nuñez, que la visitaba y que se le declaró cuatro veces. Como el pobre hombre se ponía nervioso y, además, nunca había notado que la tía Enriqueta se estaba poniendo sorda, hacía su declaración de amor bajando en exceso la voz, intentando mostrarse más seductor y romántico. La tía Enriqueta, que no entendía nada de lo que le estaba diciendo, sonreía enigmática y,

para mostrarse amable, siempre contestaba: «¡Qué cosas dice, cómo se le ocurren esas cosas!».

En una oportunidad, en la que recibió la que fue la última declaración de amor que le hicieron en la vida, le pareció que Pedro Nuñez había contado algo gracioso y soltó una sonora carcajada mientras decía: «¡Cómo se le ocurre!». Cuando Pedro Nuñez, ofendido no volvió nunca más a visitarla, lloró durante meses y dijo que todos los hombres son iguales, que están cortados a medida. Con lo cual quería decir que todos eran una basura y así decidió mantenerse soltera el resto de su vida.

Dios jugaba al dominó con ella y opinaba que era una mujer muy agradable. La tía Enriqueta lo escuchaba con mucha atención y siempre le decía: «Qué cosas se le ocurren», lo que le gustaba a Dios porque se sentía valorado en sus opiniones. En cambio, de Azucena opinó que tenía mal carácter y que era intolerante, además de confundir los sueños con la realidad. Esto se lo dijo porque Azucena se quejó de sus ronquidos. Ella le aseguró que ni el camión de la basura, al juntar los desperdicios en la madrugada, conseguía tapar los ronquidos. Para colmo, le aseguró Azucena, roncaba, hacía una pausa, seguramente acomodando el cuerpo, y, al creerse que se había detenido, retomaba el ronquido, todavía, con más fuerza. Dios le afirmó enfáticamente que no roncaba y que, a lo sumo, durante el sueño, de su boca podía huir algún suspiro. La exacta interpretación era que Azucena estaba dormida, soñando con sus ronquidos.

—Sin duda, habrá notado usted —dijo Dios— la distancia entre su dormitorio y el mío. No menos de siete metros. Poniendo bien el ojo, podríamos decir quince metros, como para redondear. El de la tía Enriqueta y el mío están uno al lado del otro; una débil pared de tres centímetros de ancho nos separa, ¿cómo es posible que usted escuche mis ronquidos y la tía Enriqueta no los oiga?

—Hace ocho días que vive acá —le dijo Azucena—, todas las noches se pone a jugar al dominó con la tía; entre los dos se toman media botella de anís y usted se pasa hablando sin parar durante dos horas seguidas. ¿Todavía no se dio cuenta que la tía Enriqueta es sorda?

Dios no se había dado cuenta.

6

En la quinta semana en la que Dios realizaba con toda alegría su nuevo oficio de mozo sucedió el primero de los hechos que bien pueden considerarse como difíciles de explicar mediante la ciencia o que, directamente, deben ser calificados de extraordinarios o, al menos, poco frecuentes.

Faltaba poco para que el restaurante cerrara. Solamente quedaban tres mesas ocupadas. En una de ellas, había un hombre gordinflón, con bigotes espesos y un peluquín. Lo acompañaba una señora con bastantes carnes de sobra y otro hombre, bajo, delgado y con dientes de menos. Imprevistamente, el hombre gordinflón se desplomó. Arrastró el mantel, los platos, cubiertos y bebidas, produciendo un fuerte ruido. Azucena corrió al salón y García, despabilándose de la somnolencia que sentía, salió de atrás del mostrador.

—¡Le ha dado un ataque! —gritó con voz de mezzosoprano la señora carnosa.

—¡García, llame a una ambulancia! —pidió Azucena y García dio un salto hacia el teléfono.

Dios estaba de pie, junto al caído que se agarraba el brazo y daba muestras de un intenso dolor en el pecho. Dios se mostraba impasible, no diríamos insensible, más bien como mirando pero pensando en otra cosa.

—¡Rápido, por favor! —gritó la señora carnosa que ya había comenzado a llorar a modo de presagio nefasto—. ¡Mi marido está muy mal!

Dios se inclinó sobre la señora, que, de rodillas junto al infartado, intentaba hacer algo pero no sabiendo qué era lo más adecuado seguía llorando, con lo cual no desentonaba en la escena y, por el contrario, le daba un tono dramático y apropiado.

Dios aprovechó para mirar los senos de la señora, los cuales, dada la posición en la que ella se encontraba y el escote del vestido, se apreciaban en su interesante abundancia.

—¿Usted es la esposa?

—Sí.

—¿Hace mucho que se casaron?

—Veintiocho años.

—¿Tienen hijos?

—Dos.

—¿Por dónde viven ustedes?

—Cerca del parque.

—¡Lindo lugar, muy lindo! —dijo Dios, que, naturalmente, no sabía de qué parque se trataba.

—Ya viene la ambulancia —dijo García—¡Que se sostenga, que se sostenga!

—«¡Que se sostenga!» —dijo Dios sonriendo—García, haceme acordar que te cuente un cuento buenísimo de una monja que decía: «¡Que se sostenga!».

Azucena se acercó al oído de Dios.

—No sea bárbaro, ¿no ve que este hombre se está muriendo? —le susurró Azucena.

—No, cómo va a morirse, si está lindo. Vea la perfecta redondez de esa barriga, llena de saludable comida; fíjese en esos cachetes sonrosados; observe sin discreción alguna esa nariz con la punta carnosa y colorada, estandarte del buen

tomador de vino... ¡Vamos, arriba, a seguir comiendo! —dijo Dios poniendo una mano sobre el pecho del gordinflón y moviéndolo como si lo estuviera despertando.

Entonces fue que el hombre infartado dijo:

—¿Pero qué hago yo en el suelo?

—Se fue para atrás —explicó Dios—. Seguramente ha sido un gas o flato, según sea su gusto al denominarlo. Usted expelió el gas; el gas rebotó en el asiento y se introdujo nuevamente en el ano. Retornó al vientre que, al ser muy abultado, estaba apoyado contra la mesa. El gas, desde la cara interna del vientre, se estrelló en la mesa y fue hacia las costillas. Ahí usted, por la violencia del aire de la mencionada ventosidad, se cayó de espaldas.

Azucena y la señora, todavía de rodillas, lo miraban con la boca abierta. El señor delgado hizo un gesto con los labios como diciendo: «Mire usted».

Al llegar la ambulancia, el señor gordinflón estaba comiéndose un plato de fideos con salsa que Dios le había servido como invitación de la casa.

—Nada más que un susto. Fue un gas que se le atravesó en el vientre —les dijo García a los médicos.

Al quedarse solos, Azucena dijo:

—Eso no fue un gas. El hombre estaba infartado.

—Si Manolo, que es sabio, dice que fue un gas ha sido un gas —dijo García.

—No fue un gas —dijo Azucena, se quedó en silencio y, como si ante sus ojos hubiera aparecido una luz que la iluminara, dijo: —Ha sido un milagro.

—Ha sido un gas. Créale a Manolo —insistió García acomodando los cubiertos en el cajón.

7

El segundo de los sucesos se produjo en el departamento de Azucena.

Como era costumbre, Dios y la tía Enriqueta jugaban al dominó y tomaban sus copitas de anís. Dios hablaba animadamente y, en la cocina, Azucena preparaba la taza de té que todas las noches tomaba antes de dormir. Azucena escuchaba sus palabras sintiendo que todos su días eran distintos desde que él había aparecido. Durante años, había llegado a su casa con el suficiente cansancio como para no tener que pensar en nada. La tía Enriqueta era, para ella, una compañía necesaria, del mismo modo en que lo eran el canario y el pez. Estaban ahí: la tía Enriqueta encerrada en su sordera, el canario en su jaula, el pez en la pecera; solos cada uno de ellos y todos acompañados en su soledad. Eso se había ido de la vida de Azucena: la soledad interior, el sentirse sola estando acompañada. Ahora estaba acompañada por él pero su compañía era diferente a todas. Su presencia la hacía sentirse renovada, como si todavía existiera tiempo por delante. No tiempo para vivir por vivir sino tiempo lleno de sentido.

Azucena se acarició la papada y se dio unos golpecitos por debajo del mentón. Se tocó el vientre rollizo y lo hundió intentando disimular las prominencias de la cintura. Bajó la vista y contempló la parte superior de sus senos, los acomodó en el corpiño y pareció satisfecha con esa parte de su cuerpo. Como si acabara de hacerse una promesa, levantó la tapa del tacho de basura y arrojó la mitad de la porción de torta que estaba comiendo. Pareció estar hablando para sí misma, haciéndose promesas, una tras otra, y prometiéndose lo más importante de todo: cumplirlas. Inyectada de nuevos bríos, empujó con violencia el cajón donde guardaba los repasadores y, en ese

preciso instante, aconteció lo que la impresionó hasta dejarla sin habla.

—¡No golpees los cajones, Azucena! ¡Más despacio, mujer, que no somos sordos! —gritó, desde el living, la tía Enriqueta.

Azucena se paró en la puerta de la cocina. Vio a la tía Enriqueta poniendo la ficha del seis-uno en el doble seis que había depositado don Manolo. Vio a don Manolo encendiendo la pipa, pitar, soltar el humo y tomarse el anís. Hizo un gesto con la cara como si estuviera descartando que hubiera escuchado la voz de la tía Enriqueta. Movió muy despacio sus pies y, a pesar de estar conciente de que todo era real, que don Manolo continuaba hablando y de que ella caminaba a través del salón, no podía evitar la sensación de estar en la mitad de un sueño. Ya estaba junto a la tía Enriqueta, a sus espaldas. Veía el rodete sobre la nuca, el cuello delgado y las finas arrugas que se extendían por debajo de las orejas. Si estiraba el brazo, podía tocarla. En vez de tocarla, dijo, con una voz muy tenue, un susurro apenas audible:

—Tía...

—¿Sí? —dijo la tía Enriqueta y puso la ficha del tres-cuatro pegada al uno-tres que había jugado don Manolo.

—¿Tía? —repitió Azucena y, más bien, balbuceó las sílabas.

—Sí, ¿qué pasa? —preguntó la tía Enriqueta.

Al reponerse de la sorpresa, Azucena oyó cómo don Manolo le explicaba que la tía Enriqueta padecía de una sordera conocida como de la planta del poroto. Esto consiste en que, siendo una niña, ella misma se introdujo un poroto en la oreja. El poroto suele irse hacia adentro y el niño se olvida que se lo metió. El poroto fertiliza y se forma una plantita. Las raíces se extienden por todos los vericuetos de los conductos auditivos y estos, lógicamente, quedan taponados impidiendo el paso del los sonidos.

—Me sacó la planta y listo —dijo la tía Enriqueta.

—¿Dónde está la planta? —preguntó con desconfianza Azucena.

—Don Manolo es muy cuidadoso y la tiró por el inodoro para prevenir infecciones —dijo la tía Enriqueta—. Además, eso fue anoche mientras estabas durmiendo.

—¿Cómo no me dijo nada? —interrogó Azucena, que se había sentado en una silla contra la pared.

—Te fuiste a dormir temprano. No iba a despertarte —dijo la tía Enriqueta—. Y me quedé dormida recién a la hora en que vos te levantás.

—Eso lo entiendo. Usted estaba muy ansiosa y no se podía dormir por la gran alegría de haber recuperado el oído y volver a escuchar —afirmó Azucena.

—Imaginate que esa planta de porotos llevaba vaya a saber cuántos años ahí. Yo hacía como cuarenta y tres años que no oía nada. Escuchar de nuevo fue terrible.

—Una gran emoción —dijo Azucena.

—Al principio, pero, en la madrugada, ¡ay, mi Dios Bendito! ¡Espantoso! No pude pegar un ojo hasta que este hombre se despertó. ¡Cómo ronca! ¡Y no para de hablar! ¡Santo Dios! Si no hubiera tirado la planta de porotos le pediría que la vuelva a poner en su lugar.

La tía Enriqueta soltó una risita y le guiñó el ojo a don Manolo.

Dios aspiró su pipa y soltó el humo entre los dientes.

—¿Habrá quedado algo de esa torta de chocolate? —preguntó poniendo un doble cinco.

Azucena permaneció en silencio y lo miró largamente.

—¡Mujer, que te ha pedido torta! —exclamó la tía Enriqueta, conservando la costumbre de hablar a los gritos, que así se había habituado desde los comienzos de su sordera creyendo que los demás no la escuchaban a ella tanto como ella no oía lo que le decían.

—Sí, ya voy, tía —dijo Azucena y se levantó como si fuera una sonámbula.

8

El tercer hecho hizo que el propio García dudara. Sucedió en la cocina, con el restaurante cerrado, en momentos en que preparaban los platos del día. Julito se cayó al suelo y comenzó a moverse convulsivamente. Azucena, como quien ya lo ha hecho antes, le sujetó la cabeza y le puso una servilleta entre los dientes.

—¡La ambulancia, García!

Dios, que estaba probando un ají relleno, pinchó con el tenedor el último bocado y se lo llevó a la boca, cortó un trocito de pan y también se lo comió. Tomó la copa de vino y se la bebió.

—¿Cómo puede seguir comiendo? ¿No ve cómo está Julito? ¡Ayúdeme, hombre! —dijo Azucena.

Dios se limpió cuidadosamente los labios con una servilleta. Se levantó con bastante parsimonia.

—Julito —dijo poniendo un dedo en la cabeza de Julito y haciendo un rulo con el pelo alrededor del dedo—. Dejá de rascarte la espalda contra el piso que te vas a ensuciar la camisa. Levantate y decile a Azucena que te la rasque. Vamos, Julito, arriba.

Julito se levantó y Azucena cayó sentada en el suelo con todo el peso de su cuerpo.

—No puede ser —murmuró—. Esto sí que no puede ser.

—Ya viene llegando la ambulancia —dijo García abriendo la puerta de la cocina—. ¿Pero cómo? ¿Ya está bien?

—No ha sido nada —dijo Dios.

Azucena ya no podía hablar. Fue el propio García quien dijo:

—No puede restablecerse tan pronto. Es epiléptico.

—La causa es el tamaño del cerebro en proporción al cráneo —explicó Dios—. Obsérvese que Julito tiene un cerebro muy pequeño y un cráneo normal. Es decir que el cerebro no se encuentra comprimido por el cráneo. Al no estar comprimido por el cráneo, el cerebro se encuentra suelto y, cuando se produce un movimiento intenso de inclinación de la cabeza, el cerebro resbala. Si este movimiento es muy violento el cráneo se va hacia la oreja, por el lado de adentro, esto produce que se tapone el oído, siempre por el lado de adentro. El aire, que entra por las orejas para refrigerar el cerebro, no es suficiente y se produce el desmayo por la escasa oxigenación. Una vez en el suelo, mediante el movimiento convulsivo de la cabeza, el cerebro retorna al medio del cráneo. El aire vuelve a entrar normalmente por las orejas. El cerebro se encuentra bien refrigerado y la persona está en perfectas condiciones.

Dios dio media vuelta y se puso a comer una ensalada de palmitos con salsa golf.

—Ha sido un problema de refrigeración del cerebro —le dijo García a los médicos—. Pero el cerebro ya está en el medio del cráneo y el aire le entra bien por las orejas.

Esta vez, Azucena no hizo comentarios. Llevó a Julito a un sanatorio y le hizo hacer toda clase de estudios. Cuando tuvo los resultados, entró al restaurante y le dijo a García:

—Julito dejó de ser epiléptico, los médicos no encuentran explicación. Venga, acompáñeme a la cocina y sirva de testigo. No haga nada, no se mueva, no respire y vea lo que vea se queda callado hasta que termine. ¿Entendió?

García la siguió.

Dios estaba probando un guiso de lentejas.

Azucena se puso el delantal, tomó una cuchilla y comenzó a picar las cebollas para la salsa. De pronto, gritó «¡ay!».

—¡Uy, cómo se cortó! —dijo Julito.

Dios soltó con rapidez la cuchara con la que estaba probando el guiso, tomó la mano de Azucena y dijo:

—Quédese tranquila. La piel se junta sola.

Azucena respiró hondo. Puso la mano bajo la canilla, dejó que el agua arrastrara la sangre. La miró y su rostro se iluminó con una sonrisa. Levantó la mano por encima de su cabeza. La movió hacia derecha e izquierda mostrándosela a García. En la mano no se veía corte ni sangre. García permaneció boquiabierto y Azucena dijo:

—Usted es un manosanta. Dios le ha dado poderes.

—Dios no existe —dijo Dios comiéndose una papa.

9

Pronto. en toda la zona se corrió la noticia que Dios era un manosanta. Claro que Azucena tuvo mucho que ver. A cada sitio al que iba comentaba lo que Dios o, hablando como ella lo nombraba, don Manolo había hecho. Los dos primeros días atendió cuatro casos de verrugas, uno de estreñimiento, uno de culebrilla, cinco de artrosis, tres de impotencia, seis de caída de pelo, ocho de alergias, nueve de daños y veintidós de mal de amores. Al principio, Dios no se mostró convencido de trabajar como manosanta pero García le dijo que, sin cobrar una tarifa fija y poniendo una alcancía para aportes a voluntad, podía hacerse millonario.

Así fue cómo Dios ganó fama nacional como curandero y el restaurante se convirtió en templo. García lucía una chaqueta azul con cuello mao y colgaba del cuello un enorme collar de caracoles y almejas que él mismo se hizo con los caparazones que sobraron de la comida. Usaba sandalias franciscanas y a cada cliente le decía: «hermano» o «hermana». Azucena había

elegido una túnica blanca, un pañuelo de seda en la cabeza y distintos collares que le llegaban hasta el ombligo. Julito era el encargado de repartir estampitas con la imagen de don Manolo, el manosanta, y pedir un pago, siempre a voluntad y nada más que para cubrir gastos de materiales.

En tres meses de trabajo, la fama de Dios se había extendido a tal punto que la gente hacía colas que rodeaban toda la manzana y pasaba la noche esperando que comenzara a atender. Todos los comerciantes estaban encantados con Dios porque habían triplicado las ventas. En especial, el bar de la esquina y el quiosco. Un caso especial fuel el del farmacéutico. Era el único indignado con lo que ocurría. Pero solamente lo estuvo en los comienzos y por razones científicas. La empleada le dijo que podría poner en la vidriera unas velas, algunos sahumerios, unos carboncitos, hornillos y santitos. El farmacéutico le hizo caso y, en menos de una semana, él mismo le pidió a la empleada que se colgara algunos collares al cuello y le preguntara a Azucena qué cosas recetaba don Manolo para comprarlas y surtir a quienes se las pidieran. También le pareció conveniente cambiar el nombre de la farmacia. Sacó el letrero, hizo despintar la vidriera y la «Farmacia Prospitti» pasó a llamarse «Farmacia de los Milagros».

Enterados en la televisión por una denuncia anónima de los envidiosos que siempre hay, fueron a hacerle una cámara oculta para el noticiero de la noche y desprestigiarlo. Pero don Manolo curó al actor contratado para el ardid de un dolor de muelas que no lo había dejado dormir la noche anterior, le eliminó un juanete y el problema de la mala digestión.

Así fue que el conductor y la conductora del noticiero fueron vistos, desde ya que con anteojos oscuros, visitando a don Manolo para ser sanados de diferentes males que no fueron revelados a pesar de la insistencia de los periodistas de chimentos. Poco

tiempo después, don Manolo era visitado por ministros, senadores, diputados, el vicepresidente y la señora del presidente. Todos lo hacían con grandes reservas, sin hacer la cola y entrando a altas horas de la noche porque, según es creencia universal, la oscuridad preserva a los que se sienten culpables.

García comentó que a don Manolo había ido a verlo el cura de la iglesia de tres cuadras más allá. Iba en nombre del obispo y con la mayor reserva. Le pidió a don Manolo que bajo ningún punto de vista contase lo que iba a pedirle. Él no contó nada pero sí García que estaba escuchando atrás de un biombo. El cura le dijo si podía hacer un gran favor a la santa madre iglesia; que él, don Manolo, como servidor de Dios, había recibido del Cielo el don divino de sanar a las criaturas del Señor. La santa madre iglesia era la representante de Dios en la Tierra y estaba bien que don Manolo hiciera algo por ella. Todo lo que se le pedía era que dijera que se le había aparecido la virgen y le había encomendado la misión de sanar, en su nombre a los creyentes.

García dijo que don Manolo le respondió al cura con tres palabras:

—Dios no existe.

10

Así fue que todo siguió su curso normal hasta la medianoche de cierto día en que comenzaba a hacer calor y Dios se encontraba de mal humor porque el calor le hacía mal. Ya habían cerrado las puertas y García y Julito se habían marchado. Azucena acomodaba la cartera y Dios se comía un sanguche de salame y queso. En esos menesteres estaban cuando Azucena soltó un grito algo ahogado.

—¡Jesús, María y José! —exclamó con una mano sobre el pecho— ¿De dónde salieron?

Parados frente a ella había dos figuras que, realmente, habían aparecido desde la nada.

—¿Qué quieren? A esta hora ya no se atiende más, tienen que venir mañana —dijo Azucena y experimentó un escalofrío, más bien pensando que iban a robarle.

Uno de ellos, que se veía muy seguro de sí, dijo:

—Señora, por favor, no se asuste. Venimos para hablar con... don Manolo. Le rogamos que nos deje solos.

—Don Manolo... —balbuceó Azucena mirándolo.

—No se preocupe, Azucena. Vaya tranquila, que yo me encargo —contestó don Manolo.

—Señora, es un asunto muy delicado y debemos hablar en privado. Le rogamos nos deje solos —insistió el que hablaba.

No muy convencida y bastante preocupada, Azucena los dejó solos pero se quedó en el salón contiguo tratando de escuchar lo que entre ellos hablaban.

—Ustedes dirán —dijo don Manolo—. Sanos están. Es curioso. No tienen ni una uña encarnada.

Uno de ellos lo miraba emocionado, con la voz compungida, dijo:

—Señor... ¡por fin lo hemos encontrado!

Dios los miró sin reconocerlos.

—¿Los conozco?

—Loado Señor, yo soy Pedro; él es Pablo —dijo San Pedro y, sin poder contener por más tiempo la emoción, se puso a llorar.

—No llores, Pedro —dijo Pablo, con gesto de fastidio.

—Es que no puedo verlo así. Mirá en lo que se ha convertido. Y ha engordado como veinte quilos.

—Bien, menos palabras y más resultados, que es lo que se precisa —dijo Pablo en forma expeditiva—. Vayamos a lo que

debemos hacer. Señor, sabemos que perdió la memoria y de no ser por lo famoso que se ha hecho nos hubiera costado mucho más poder encontrarlo.

—Todo este tiempo nos hemos sentido muy preocupados por Usted, Adorado Dios Mío. Llevamos meses en una búsqueda infatigable. Teníamos miedo de que alguien se diera cuenta de que Usted no estaba.

Pablo miró fijamente a Pedro.

—Quiero decir —corrigió Pedro—que todos notaban que todo funcionaba mal. No, que funcionaba mal, no. Más bien que todo funcionaba igual o sea... bueno, que deshacíamos la cama todas las mañanas por si entraban a su dormitorio y se daban cuenta que no había dormido allí. Si veían que Usted no había estado durmiendo, enseguida sospecharían...

—Pedro —interrumpió Pablo—. ¿Te podés callar?

—Pedro, ¿verdad? —dijo don Manolo, señalando a Pedro—. ¿Me alcanza ese durazno?

San Pedro se lo alcanzó.

—Por suerte vino a una zona pudiente —dijo Pedro—. Mire si hubiera caído en un barrio de clase baja y se hubiese puesto a hacer este mismo trabajo. Realmente hubiera sido muy preocupante. En el Cielo, enseguida, se hubieran dado cuenta que algo había cambiado. Piense cómo hubiera disminuido la mortalidad infantil, la cantidad de ancianos jubilados que hubieran tenido más vida. Pudo haber sido terrible que Usted se hubiera puesto a curar a toda esa gente de clase baja. ¡Habrían vivido muchísimo más tiempo! ¡Y con lo escasa que está la mano de obra en el Cielo!

—Pedro —dijo, esta vez con gravedad, Pablo—. Encarecidamente te pido que no sigas parloteando. Tenemos que proceder de inmediato. No se acuerda de nada y tampoco sabe de qué le estás hablando.

Los dos santos se miraron de manera cómplice y, al mismo tiempo, se pusieron a uno y otro lado de don Manolo.

—¿Qué van a hacer, muchachos?

—Cierre los ojos, Señor. Por favor —pidió Pablo.

—Pablo —dijo San Pedro—. No sé si me va a salir.

—Pedro, tené fe. Vamos. Hagámoslo.

Los dos santos pusieron sus manos sobre la cabeza de don Manolo. La apretaron con fuerza, soplaron y separaron las manos. Se quedaron quietos, sin respirar. Don Manolo abrió los ojos.

—¿Pero qué hacemos acá, Pedrito?, ¿dónde me has traído, seguramente mientras dormía?

Los dos santos chocaron las palmas de sus manos y exclamaron:

—¡Buen resultado!

—No creí que me saliera.

—Te dije que hay que tener fe, Pedro, nunca se la debe perder. Aún en los peores momentos, Dios nos presta su ayuda —respondió Pablo, que no en vano había sido constructor de religión.

—¿De qué hablan? —preguntó Dios y los santos le contaron.

—Bueno, bueno, bueno —decía Dios mientras se comía una pera—. Ha salido todo tal como Yo lo había previsto.

Pedro se pasaba por las uñas una lima, que Azucena había dejado sobre la mesa.

—Señor, nos alegra que se haya recuperado —dijo Pablo.

—Imagino que ustedes no habrán pensado que Yo había perdido la memoria.

—¡Jamás lo creímos, Extraordinario Creador de Todas las Criaturas! —dijo San Pedro sin dejar de limarse las uñas.

—Todo esto ha sido parte de la misión fundamental.

—¿Cuál misión? —preguntó distraídamente San Pedro que, por costumbre, siempre preguntaba todo.

Sin vacilación alguna Dios respondió:

—La misión ancestral del destino establecida en los cánones urdidos por mí, el Ser Supremo, con el objetivo de establecer los parámetros de la idiosincrasia sincrética o de la onomatopeya de la discordia y del bienestar, de acuerdo a los objetivos establecidos en el Misterio Esencial del Trigésimo Vespertino.

—Si era por eso, ¿por qué no nos avisó? —dijo San Pedro, siempre limándose las uñas.

—¡Ay, Pedrito! Siempre has sido tan inocente. ¿Cómo podría avisarles de aquello que es secreto? ¿Puedo Yo revelar mis misterios? ¿Puedo hacerlo, querido Pablo?

—No, Señor. No puede hacerlo.

—¿Por qué no puede hacerlo —preguntó San Pedro.

—Porque no puede —dijo rápidamente Pablo.

—¿Pero por qué? —insistió Pedro.

Pablo infló los cachetes y soltó el aire con fuerza.

—El por qué es un misterio, Pedro —dijo Pablo.

Dios pareció abstraerse de la conversación, como si estuviera pensando en alguna otra cosa. Lo que era totalmente común en Él.

De pronto, dijo:

—¿Cómo es que supieron que Yo y el famoso manosanta don Manolo éramos el mismo? ¿De qué modo se enteraron?

Los dos santos se quedaron callados, se miraron entre sí aguardando a que uno de ellos respondiera.

—Si hace tantos meses que desaparecí y meses que llevo en este oficio, ¿cómo no me encontraron antes?

—Sin duda, ésa era tu voluntad, Señor. No deseabas que te encontráramos —dijo Pablo.

Pedro sonrió satisfecho y le dirigió una mirada de admiración a Pablo.

—Sí, por supuesto —dijo Dios—. Sabemos que era mi voluntad el que no me encontraran hasta que hubiese llegado a

su fin la trascendente misión que me proponía cumplir. Pero, de no haber existido mi superior voluntad, ¿por qué otra razón no me habrían podido hallar?

De nuevo, los dos santos se miraron. Pedro hizo una seña a Pablo para que contestara.

—¿Qué otra razón pudo haber sido, Señor? Había una sola y completa: tu superior voluntad.

«Para estas cosas, Pablo es un experto», pensó Pedro.

—Repito —dijo Dios—. Si excluimos mi superior voluntad de no ser encontrado, ¿por qué podría ser que no lo hicieran?

—¿Por qué? —preguntó San Pedro que ya estaba bastante intrigado.

—¿Sabés por qué razón no podían encontrarme, querido y curioso Pedro?

—No, Amado Fecundador, ¿cuál es la razón? —dijo Pedro.

—¡Que todos ustedes son unos inútiles! —rugió Dios.

La cara se le puso colorada, los ojos se le inyectaron de sangre y se le hincharon las venas del cuello.

—No es posible que semejantes inservibles hayan podido relacionar al manosanta don Manolo conmigo. ¿A quién se le podría ocurrir que Yo, Dios, Señor del Universo, me voy a poner a trabajar de curandero? ¿A qué ser en todo el universo podría pasarle por la cabeza que tal cosa pueda suceder?

—Al señor Satanás —dijo Pablo.

Dios hizo silencio. Sus facciones cambiaron. Parecía sorprendido.

Pablo continuó.

—Es verdad, Señor, advertimos tu ausencia cuando el señor Satanás nos avisó que Usted no había vuelto al Cielo desde meses atrás.

Dios abrió enormes los ojos.

—¿Qué no advirtieron mi ausencia? —se atragantó con las palabras—. ¿Cómo es posible?

Con rapidez, Pablo dijo:

—No olvides, Señor, que era tu superior voluntad que no advirtiéramos tu ausencia.

—¡Ah, sí! —consintió Dios.

—Entonces salimos a buscarte, Señor —prosiguió Pablo—. Y es verdad que, siendo tu voluntad nos resultaba imposible saber dónde estabas.

—¿Y cómo me encuentran?

—El señor Satanás vuelve a comunicarse con nosotros diciéndonos que Usted es don Manolo y aquí estamos. El señor Satanás nos dijo que si Usted no está en el Cielo, él se aburre.

—Bueno, bueno, bueno... —dijo Dios y se comió una aceituna.

Los tres se quedaron en silencio. Dios volvió a murmurar: «bueno, bueno, bueno» y, en ese preciso momento, la puerta se abrió y, muy agitado, entró García.

—Don Manolo, ¿está bien? —se lo veía de verdad nervioso.

Dios se metió otra aceituna en la boca.

—Perdone, pero me mandó a llamar Azucena. Se había preocupado. Como es tarde y los señores llegaron como dice Azucena que llegaron. En fin, que está bien. Al menos, así lo parece y si usted lo dice me quedo tranquilo.

—Estimado García —dijo Dios—. He de darte una noticia. He recuperado la memoria. Ya sé quién soy. Te vas a llevar una sorpresita cuando te lo diga.

García se sentó al lado de San Pedro, que lo miró de reojo y siguió limándose las uñas.

—Señor, no sé si es conveniente decir la verdad en este caso —dijo San Pablo.

—La verdad, Pablo, la verdad es la luz que alumbra el camino en la noche oscura. La verdad nos da calor cuando tenemos frío y nos refresca cuando arde nuestro cuerpo. No te olvides, querido Pablo, que la Verdad soy Yo.

Sonrió contento de sus palabras. Hizo una estudiada pausa, entrecerró los ojos e imaginando que el rostro se le había cubierto de una brillante luz, retomó la palabra:

—¿A que no te imaginás quién soy? —le preguntó a García.

García lo miró, levantó las cejas como diciendo: «No tengo ni idea».

—¡Paraos, García! —rugió Dios con la voz de los actos solemnes. García dio un salto como impulsado por un resorte y se paró como un soldado haciendo guardia.

—¡García, os he elegido!

García se tocó el pecho.

—¿A mí?

—¡Sí, García, tú has de ver con vuestros propios ojos la Gloria de Dios!

—Dios no existe, me lo dijo usted, don Manolo.

San Pedro miró hacia el suelo y tosió tratando de encubrir su risita. Pablo permaneció imperturbable.

—¿Qué habéis dicho? ¿Qué oyen mis oídos? ¿No habéis comprendido, tú, García, entre otros a los que no haré ninguna referencia, que era una prueba para comprobar tu fe? ¡Aprended de Job, García! —Dios apretó labio contra labio y pensó: «Ese sí que tenía fe; ni Yo hubiera creído tanto en mí».

—Sí, aprenderé de él —dijo García—. Deme la dirección, don Manolo, y lo voy a ver para que me dé lecciones.

—¡Bestia! ¿No habéis leído la Biblia? García, ¿desconocéis que Job se ha muerto como cinco mil años atrás?

—No lo sabía, pobre hombre —dijo García.

San Pedro se puso una mano sobre la boca para ocultar un instintivo gesto de sonrisa. Pablo se mantuvo tan serio y rígido como una estatua; se le podría haber encendido una vela junto a los pies.

—¡García! —continuó Dios.

—Sí.

—¡Preparaos! ¡La Revelación está pronta!

—Sí.

—¡García! ¡Estáis viendo con vuestros propios ojos al Padre Celestial! ¡Yo soy Dios!

García abrió tanto los ojos que las pestañas casi se le juntaron con las cejas.

—¡Sí, García! ¡Yo soy Dios, Vuestro Señor! —Dios abría los brazos y levantaba la cabeza hacia el Cielo.

San Pedro lo miró a Pablo, que continuaba tan quieto que realmente parecía petrificado, se rascó una oreja y se tocó la nariz mientras decidió dejar de limarse las uñas ya que el acto parecía ser solemne.

Como Dios daba la impresión de estar esperando que le sacaran una foto y proseguía en la misma posición, con los brazos extendido a ambos lados del cuerpo y mirando el techo, Pablo aprovechó y algo dijo en el oído de García.

—Señor, se hace tarde. Debemos regresar al Cielo. Se ha organizado una bienvenida, van a darse algunos discursos, no podemos hacerlos esperar —dijo Pablo.

Dios pareció salir del estado de éxtasis. Se metió otra aceituna en la boca.

—Bueno —dijo.

Con paso majestuoso comenzó a andar. Se detuvo. Miró a García.

—¡García! —dijo.

—Sí.

—García, eres un elegido. Tendréis un sitio magnífico en los Prados Celestiales.

García inclinó la cabeza. Dios cruzó la puerta y llegó al salón. Azucena se le acercó.

—¿Está todo bien, don Manolo?

—Sí, mujer. Nada más que debo regresar al Cielo. Aquí, Pedro y Pablo, como sabés son dos santos, me han venido a buscar. Si por mí fuera me quedaría unos días más pero es de imaginar que inmensas tareas me aguardan y no puedo desatenderlas ya que sin mí no pueden arreglarse y te lo digo por experiencia. Esta misión extraordinaria que Yo programé en carácter reservado ha llegado a su fin. Te espero allí y te garantizo un jardín de bellísimas azucenas rodeando al que será tu eterno hogar. Mis saludos a la tía Enriqueta, mis cariños para ella y para el buen Julito.

Azucena miró a Pedro y a Pablo, alternativamente. Pablo hizo un gesto a espaldas de Dios. Azucena pareció comprender. Cuando se marcharon, Azucena se puso a llorar.

—¿Vio, Azucena, qué desgracia? —dijo García.

Azucena siguió llorando.

—Pablo, ¿qué le dijiste en el oído? —preguntó Pedro.

—Le dije que yo era el doctor Frankenstein, psiquiatra, y vos Antenor, el enfermero. Que don Manolo padecía de una cierta clase de delirio incurable que lo hacía asumir diferentes personalidades. Y que se había escapado del manicomio.

—¿Y por qué vos tenías que ser el doctor y yo el enfermero? ¿No podía ser al revés?

11

En la Tierra, la vida continuó como siempre. García ocupó el lugar de don Manolo. Contó que a don Manolo lo habían venido a buscar dos ángeles y que había desaparecido después de elevarse en el aire. Los ángeles le encomendaron a él, García, que continuara la obra de don Manolo. Unos días más tarde, dijo que se le había aparecido la virgen. Se sacó el collar de almejas y caracoles y

se colgó un rosario milagroso que la propia virgen le había entregado. Las estampitas que repartía Julito y que reemplazaban las que tenían la figura de don Manolo eran de la virgen milagrosa y el cura se las facilitaba a cambio de un porcentaje de las ventas. El templo pasó a llamarse «La virgen de los siete milagros» y comunicaba toda clase de información en las páginas de Internet.

Azucena también se puso un rosario al cuello pero pensó que todo eso no iba con ella y, al tiempo, dejó el templo y abrió un nuevo restaurante en otro sitio. Cuando regresaba a la casa, encontraba a la tía Enriqueta mirando la televisión y, algunas veces, extrañaba el olor a tabaco de la pipa y los ronquidos. Casi siempre, tenía los ojos un poco tristes.

En el Cielo, Dios se despertaba y, sin moverse de la cama, desperezándose, le decía a Pedro que le trajera el café con leche y los buñuelos de banana.

Unos días divinos para pasear

1

Esa mañana Dios se despertó deprimido. En ese estado se encontraba desde hacía tiempo. Puso las manos por detrás de su nuca y, mirando el techo, tuvo el primer pensamiento del día: «Allá hay una telaraña». Imprevistamente, y de acuerdo a sus características de ciclotímico, se sintió lleno de optimismo. Haciendo un esfuerzo de voluntad, se dijo: «No tengo que dejarme estar, debo empezar a hacer gimnasia». Apartó las sábanas, respiró con profundidad para oxigenar adecuadamente el cerebro, y levantó una de sus piernas. La sostuvo en el aire y pudo contemplar la uña de su dedo gordo. «Tengo que cortarme las uñas», pensó tratando de acordarse cuántos meses llevaba sin hacerlo y, con un destello de lucidez, se le ocurrió que ésa debía ser la razón por la que se le agujereaban todas las medias. Soltó la respiración y bajó lentamente la pierna. Quiso levantar la otra pero sintió un tirón en el estómago. «¿Me habré herniado?», pensó mientras se palpaba y, enseguida, decidió: «Mejor empiezo mañana con la gimnasia». Lo mismo se venía prometiendo desde la época del tercer Papa católico. Al fin, haciendo un enorme esfuerzo para superar sus deseos de permanecer acostado, se levantó calzándose las chinelas y caminó, bostezando, hacia el baño. Se puso a hacer pis y, como era habitual en los últimos tiempos, con el primer chorro se orinó la pierna. El segundo chorro le salió en forma de abanico y orinó la tabla que, por supuesto, se había olvidado de levantar. Logró controlar el chorro y pudo embocar el resto del orín en el inodoro. A pesar de que, con las últimas gotas, se mojó el calzoncillo, sintiéndose aliviado, mejoró su estado anímico. Apretó un timbre, se enjuagó la cara y despa-

rramó por las mejillas la crema de afeitar. Nunca lo habían convencido las afeitadoras eléctricas, prefería una buena hojita. En muchos aspectos, era muy tradicionalista. Se miró en el espejo, estiró los labios y movió la cabeza hacia derecha e izquierda. «Qué viejo estoy», se dijo y perdió las ganas de afeitarse.

—¡Buen día, buen día, buen día! ¿Ya está despierto el Gran Remolón? —preguntó San Pedro entrando, como todas las mañanas, al dormitorio.

—Dios, saliendo del baño, no le contestó.

—Bueno, a sentarse a desayunar. Mire qué bonito gladiolo le puse en la bandeja.

Dios se sentó frente a la mesita y miró la bandeja.

—¿Y los buñuelos? —preguntó.

—¡No, Señor! —exclamó, decidido, San Pedro—. Usted está a dieta. Nada más que tostadas y dulce de higo.

Dios lo miró con cara de desprecio. Empezó a comer y, de repente, San Pedro gritó:

—¡Mire qué uñas! No se las había visto. Amado Señor, con estas uñas podría tocar la guitarra con los pies. ¿Pero qué digo? Con uñas como ésas qué de melodías exquisitas surgirían del noble instrumento. De todas maneras, voy a traer el alicate.

Dios, con la boca llena con una tostada, movió la cabeza negando pero ya era tarde. San Pedro había corrido al baño y regresaba con el alicate en la mano. Desde siempre, en el Cielo, a San Pedro lo habían considerado el Mayor alcahuete de Dios y todos coincidían que la única virtud que poseía era la de ser un chupamedias.

—A ver ese piecito —dijo tomándoselo por el talón—. ¡Ah, pero también hace falta pasar una piedra china!

Dios era más bien un tipo resignado.

—¿Cómo está el día? —preguntó.

—Nublado.

—¿Nublado? ¡Qué feo!

San Pedro lo miró preocupado. Todos sabían que los días preferidos de Dios eran los días nublados y lluviosos. Sin embargo, desde que había entrado en depresión, ya no le gustaban. Lo malo era que seguían sin gustarle los días de sol.

—Se me ocurre una idea —dijo San Pedro—. ¿Qué le parece si pido, en su nombre, desde ya, que despejen las nubes y vamos a tomar un poco de sol?

—No tengo ganas —respondió Dios.

San Pedro chasqueó la lengua. Realmente estaba preocupado por el estado de salud de Dios.

—Está muy pálido. No le haría mal broncearse un poquito. Vayamos a la terraza.

—No quiero.

San Pedro apretaba todo lo que le era posible el alicate contra la uña de Dios.

Como si le hubiera aparecido una nueva idea, lo miró de reojo y dijo:

—¿Y si en vez de ir a la terraza vamos a la Tierra?

Por un instante, a Dios se le iluminaron los ojos.

—¿Vamos? —insistió San Pedro—. Siempre ha sido su planeta preferido.

—Nunca entendí por qué lo hice —contestó Dios.

—Sus razones misteriosas habrá tenido. Gracias a su Creación, yo ahora estoy aquí.

Dios refunfuñó alguna cosa. San Pedro simuló no escuchar.

—Le preparo la ropa y vamos —insistió.

Dios hizo una mueca. De inmediato, mojó las tostadas en el café con leche y las comió con cuidado de no ensuciar el salto de cama que le regalaron para el cumpleaños.

San Pedro lo miraba como una mamá.

—¿Y el dulce de leche?

—El Señor está a régimen. Nada más que dulce de higo.

San Pedro inclinó la cabeza y en sus labios se formó una sutil sonrisa.

Dios mojó otra tostada y se la metió entera en la boca.

—Tengo hambre —dijo terminando de comer lo que había en la bandeja.

—No hay más —dijo San Pedro golpeando en la mesa con la punta de los dedos—. Debe respetar estrictamente la dieta. Tiene como veinticinco kilos de más.

Dios lo miró, decididamente, con asco.

—Quédese quieto que me duelen los dedos de apretar el alicate. Estas uñas parecen de yeso.

—¿Qué decís de mis uñas? —gritó Dios sacándose los nervios que le provocaba el no poder comer como Él quería.

—¡Ay, Excelso Rumiante de los Vientos! Quise decir que si yo poseyera tu fantástico talento, en las estupendas uñas, cual si fueran pequeños pero magníficos bloques de yeso, esculpiría figuras celestiales. Pero, siendo nada a tu lado, Gran Purificador Ambiental, me duelen los dedos y nada consigo.

Dios se quedó pensativo: «¿Qué habrá querido decir con lo de Rumiante de los Vientos?» Sin darse cuenta, raspó con la cuchara el recipiente que contenía el dulce de higo y consiguió llevar el resto a su boca.

—¡Por fin! —dijo San Pedro desprendiendo el pedazo de uña del dedo gordo—. Con las otras uñas mejor seguimos mañana. Creo que el Señor debe encontrarse impaciente y apurado.

—No, no tengo apuro. Podés seguir si querés —dijo Dios, completamente ajeno a la situación.

—Mejor mañana —repitió San Pedro yendo hacia la cómoda—. Le preparo la ropa y nos vamos. Ya estoy llamando para que despejen las nubes y nos preparen un lindo día de playa.

—No quiero ir —dijo Dios, recostándose en el sillón.

San Pedro hizo un gesto de fastidio.

—Con su respeto, Señor. Pero, si se queda, va a tener que ponerse a trabajar. ¿Nos quedamos o nos vamos?

—Nos vamos.

2

Dios llevaba puesto la ropa de playa que le había elegido San Pedro. El pantalón tenía rayas rojas y amarillas simulando relámpagos y la remera era anaranjada con un tucán azul en la espalda; como de costumbre: toda una presencia.

San Pedro vestía un pantaloncito color lila, ceñido al talle, anteojos negros, el torso desnudo y los cabellos peinados con gel y matizados en rubio ceniza.

Ambos anduvieron con paso majestuoso hundiendo las divinas plantas en la arena dorada, blanda y húmeda. El mar estaba azul, calmo y cálido, y la espuma se adormecía en la playa blanqueando los caracoles y las almejas.

Ellos estiraron la lona cerca de la orilla y encendieron la radio portátil. Era temprano, el sol subía por el cielo celeste con alguna nube transparente.

Los bañistas eran escasos pero, rato más tarde, se formó un hormiguero humano. Por supuesto que nadie notó a semejantes figuras. Dios, boca abajo, se entretenía mirando a las mujeres en diminutos trajes de baño. San Pedro, sentado, echaba bocanadas de humo del cigarrillo marca «Paraíso» y observaba, atentamente, un partido de pelota a paleta entre dos jóvenes muy bronceados.

—Pasame el filtro solar —pidió Dios—. Hay que tener cuidado con la capa de ozono.

San Pedro lo obedeció alcanzándoselo.

Pasaron largos minutos. La radio transmitía la voz de una negra cantando un blue.

De repente, Dios torció la cabeza topándose con la mirada de una niña. Ella tendría diez años. Dios sonrió regresando a las siluetas femeninas pero la intuición propia de cualquier dios le insinuó que continuaban mirándolo. Se puso muy inquieto. Cuando ya no supo en qué posición ubicarse, cobró valor y preguntó:

—¿Qué mirás?

La niña abrió la boca enorme, cómica, llena de dientes de conejo.

—¿Me firma un autógrafo?

—¡Ah! Era eso. ¡Cómo no, querida!

Dios sintió que se le levantaba el ánimo. En el fondo, siempre había sido un vanidoso que no sólo escribió su propia biografía y la hizo traducir a todos los idiomas sino que se hacía adorar en todas partes y ¡guay!, si alguien osaba contradecirlo, al instante le enviaba una plaga, una sequía, una guerra.

En honor a la verdad, eso ocurría en los viejos tiempos, ahora, los problemas internacionales del cosmos habían entrado en una etapa de transición y, un poco más benevolente que en su juventud, sintiéndose seguro en la Dictadura, dejaba los castigos menores a cargo de sus colaboradores. Pero éstos, menos rígidos y más fáciles de conmover, se contentaban con algún rezo o con una velita.

—Acá tiene mijita.

El papelito decía: «Para Ojitos Verdes. Con cariño. Dios»

—¿Qué es esto?

La niña frunció el ceño.

—Mi autógrafo —contestó Dios, desconcertado.

—¿Pero usted no es el gordo que trabaja en la televisión?

—¿Qué?

Dios estaba confundido.

—Por supuesto que no —aclaró, tratando de controlar el temblor de sus labios y, con una amplia sonrisa, dijo: —¡Yo soy Dios!

—¡Dios no existe! —dijo la niña, tiró el papelito, dio media vuelta y se fue.

A Dios se le borró la sonrisa.

San Pedro oteaba el horizonte marítimo.

Por un segundo, pareció que Dios iba a sumirse en una depresión más honda, sin embargo, se recuperó; su voz se hizo áspera y sonó como un rugido.

—¿Puede creerse lo que he escuchado? ¡Dios no existe! ¡Decirlo en mi cara! ¿Cómo que no existo?

Dios estaba rojo.

San Pedro se hurgaba la nariz dando a su rostro una expresión desinteresada.

—Tranquilícese, Gran Bienhechor de los Seres Vivos. Sólo se trata de una de esas niñas ateas, instruidas por madres sin alma.

—¡No es posible! —gritó Dios—. ¡Estoy harto! Este planeta no merece existir. Vendrá ahora una oleada de epidemias, plagas, muerte. ¡La destrucción completa de esta Tierra maldita que a mala hora he construido! ¡Ha llegado el Juicio Final! —Dios alzó los brazos al cielo.

—No se puede —interrumpió el santo, con palabra serena.

—¿Qué es lo que no se puede?

—Lo que Usted dice, Amado Bello Semen.

—¿Por qué no se puede? ¿No soy omnipotente? ¿No hago lo que se me da la gana?

Dios no se mostraba muy convencido.

—Usted, Extraordinario Gen Original, será todo lo Dios que quiera pero se olvida del Diablo.

Pedro se santiguó. Dios pareció apaciguarse.

—¿Qué tiene que ver? —quiso saber Dios.

San Pedro volvió a carraspear.

—¿No se acuerda, Dios mío, del tratado de ayuda mutua que suscribieron, en el cual se establece que ninguno podrá tomar decisiones de vital importancia para el universo sin el expreso consentimiento de la otra parte?

Dios no recordaba nada. Además, ya se había distraído y se encontraba contemplando a una hermosa mujer morena.

—Bueno —consintió Dios, tanto como para decir algo—. ¿Por qué ocurren estas cosas?

—¿Qué cosas? —preguntó San Pedro.

—Estas cosas.

—Si se refiere al insignificante incidente de recién, la responsabilidad es de los curas que realizan una tarea muy por debajo de lo que la Excelsa Dignidad de Usted, Dios mío, se merece.

—Eso es cierto. Curas eran los de antes. ¿Te acordás, Pedrito? ¡Aquellos sí que se hacían respetar! Un poquito inmorales y desalmados, es cierto, pero que nadie se atreviera a desobedecer mis mandatos porque, si lo hacían, les esperaba el merecido castigo: ¡La hoguera!

—Ya no hay más hogueras para quemar herejes —acotó San Pedro.

—Cuántas cosas buenas que se han perdido. En esos tiempos, realmente había justicia. No se quemaba a cualquiera de estos herejes porque sí. Se les daba su oportunidad con unas cuantas sesiones de tortura. Si se arrepentía, que se fuera a su casa. Esto mostraba la piedad que había en el alma de aquellos sacerdotes. Pero se acabó para siempre esa estirpe de grandes hombres de la iglesia. ¿Qué hay ahora sino fríos cardenales, azucarados obispos y curas blanditos, sin sangre, sin auténtica intriga a mí? ¿Cómo pretenden que la gente crea si no condenan a muerte a los herejes? —filosofó Dios.

—Hay un exceso de derechos humanos. La culpa es de la modernidad. Aunque no se puede vivir en el pasado. Hay que aceptar que el tiempo pasa para todos.

—Es cierto. ¿Pero adónde iremos a parar? Pedro, ¿creés que esa niña hubiera podido evitar la hoguera en tiempos mejores?

—Señor, tendrías que tomar cartas en el asunto y hablar directamente con el Papa. Exigirle que incida sobre los cardenales, obispos y sacerdotes para que todos se esfuercen y transmitan a estas personas tan ignorantes la palabra divina y que lo hagan tal como corresponde, del modo tradicional. O sea, por las buenas o por las malas.

—Bueno.

San Pedro se calló. Sabía que Dios había dado por terminado el asunto. Lo miró con cierta tristeza. Lo conmovió verlo decaído. Con todas sus fuerzas deseaba verlo como en otras épocas: enojándose por cualquier cosa y haciendo cualquier cosa sin saber muy bien qué estaba haciendo. Siguió, él también, a la mujer morena con la mirada. La vio mirándolo a Dios y tuvo como un repentino despertar.

—Señor...

—¿Eh? —Dios, de nuevo, estaba distraído.

—Si Usted observa, y Usted lo observa todo, verá que esa mujer de cabellos oscuros y delicada silueta femenina le dirige miradas de interés.

San Pedro levantó el mentón señalando a la mujer morena. Dios acomodó los hombros.

—No creo que tenga otro interés que ver esta remera que me has elegido.

—No, Señor, no se desmerezca. Ella parece estar interesada en conversar con Usted. ¿Por qué no se le aproxima y lo comprueba por sí mismo?

—Bueno.

Dios, que es perezoso pero no lerdo, de un salto estuvo de pie y caminó hasta la mujer morena.

San Pedro aprovechó para tirarse a lo largo de la lona y dormitar. Pudo oír las primeras palabras de Dios Nuestro Señor y se alegró: «Ojalá le sirva para levantar el ánimo. Labia no le falta», pensó, «Qué mentiroso que es, el zorro pierde el pelo pero no las mañas».

Conocedor como pocos de los vericuetos del alma humana, a Dios no le costó demasiado trabajo impresionar a Elba, que así se llamaba la mujer morena, convenciéndola de ser dueño de una bodega de vinos finos y de una empresa textil cuya materia prima provenía de su estancia en el sur. Como en el mundo de hoy no existe mayor virtud que la de ser rico ni mayor pecado que el de ser pobre, Dios sedujo a Elba. Ella, como buena mujer, sabía apreciar las virtudes de un hombre y ella misma se lo dijo a Dios. Le dijo que lo que más admiraba en un hombre era su inteligencia. Se tomó el cuidado de no agregar: para ganar dinero. De todos modos, mientras Dios hablaba, se mordía la uña de uno de sus dedos y sonreía todo el tiempo, mostrándose tan concentrada que era difícil distinguir si estaba escuchándolo o sacando cuentas.

El que Elba fuese tan sensible y se emocionara particularmente cuando se encontraba con un hombre adinerado era el resultado de la prédica constante de su madre. Desde niña le había dicho: «Nunca te avergüences de enamorarte de un hombre pobre. Pero alejate de él». Por las dudas, la madre de Elba, agregaba: «No te olvides nunca de que los hombres pobres te harán sufrir. Nada hace sufrir tanto a una mujer como la falta de dinero». Cuando Elba era muy pequeña, su madre le decía: «Papá es un gran hombre». Al terminar el sexto grado, el padre se Elba se fundió y su madre le dijo: «Tu padre es un imbécil». Elba comprendió que el amor de una esposa por

su marido dura tanto como dura el dinero de éste. La madre de Elba se divorció y volvió a casarse con un hombre muy rico que, según parece, no le daba satisfacciones en el lecho matrimonial. Elba sorprendió a su madre con otro hombre y descubrió así que ella tenía un amante. Su madre le dijo: «De un marido pobre, una mujer se separa. A un marido rico se le es infiel pero jamás hay que divorciarse».

Entretanto, Dios hundía la barriga sacando pecho y, como lo había previsto San Pedro, la conversación con Elba lo había animado. Cada vez se lo veía más contento, al punto que, después de mucho, se había puesto a contar chistes eróticos extraídos de su vastísima colección de anécdotas de obispos, papas, curas, monjas, vírgenes y santos. Es que si algo de su Creación atraía particularmente a Dios era una mujer. Ninguna en especial y, más bien, todas. Este gusto, que había animado muchos momentos de su juventud y aún de su madurez, era conocido por todos en el Cielo. Allí hubo quien dijo que tan notoria atracción se debía a que Dios había creado a la mujer y el Diablo le había enseñado.

San Pedro, con una sonrisa en los labios, se quedó dormido escuchándolo. Una hora más tarde, se despertó sobresaltado. La gente gritaba y corría saltando por encima del santo. San Pedro, que era bueno sin dobleces, no articuló una sola queja y se incorporó.

—¿Qué pasa? —quiso saber.

—¡Un ahogado!

Le contestaron a coro.

—¡Dios mío! —exclamó el santo.

Miró hacia todas partes tratando de ubicar al Divino pero, al no hallarlo, decidió proceder por su propia cuenta.

La rueda de personas le impedía distinguir la escena. Desde lejos, había visto cómo, entre dos bañeros, cargaban de los bra-

zos y los pies a alguien depositándolo sobre la arena. La gente los había rodeado sin perder tiempo.

—¡Pobre tipo! —dijo uno.

—¡Tendría que haberse ahogado, por irresponsable! —dijo otro.

—¡Sí, señor! —agregó un tercero—. ¿Para qué se meten al mar si no saben nadar? Fíjese, yo hace treinta años que vengo y nunca me meto más allá de los tobillos.

—¡Esto es culpa del gobierno! —dijo una vieja con la clásica pinta de las jubiladas.

—¡Esos son todos ladrones! —dijo un viejo que también tenía cara de jubilado.

—¿Adónde están los senadores y diputados mientras la gente se ahoga? —dijo una señora gorda.

—Acá no se ve a ninguno, señora. Ni los vamos a ver. Vaya a saber dónde estarán gastándose la plata que se roban! —dijo otra señora gorda.

—En Japón o Alemania estas cosas no pasan —dijo el viejo con cara de jubilado.

—Efectivamente, señor. Yo tengo una hija viviendo en los Estados Unidos. Usted sabe que cuando alguien se está por ahogar, desde el fondo del mar se eleva un salvavidas gigante que lo levanta hasta que, a los dos o tres segundos, llega un helicóptero y, con unos imanes gigantescos que están conectados a imanes que tiene el salvavidas, se lo llevan con ellos hasta la orilla —dijo la señora gorda.

—¿Se da cuenta el atraso que tenemos? —dijo la otra señora gorda.

—Permiso —dijo San Pedro.

Como no se lo daban, comenzó a meter codazos a cuanto riñón y estómago pudo y, soportando los codazos y empujones que recibía como respuesta, en cuatro patas, librándose de la mano de una mujer que lo agarraba del pelo, llegó al claro.

—A ver, déjenme.
—¿Usted es médico?
—Más que eso.
—¿Dos médicos?
—Más que eso.
—¿Un hospital entero?
San Pedro miró a la niña. Era la misma del autógrafo.
«No son momentos para hacer bromas, criaturita», iba a decir dándole un pellizcón pero prefirió callar tomando del hombro al que le hacía la respiración artificial al nadador, justo en el momento en que el bañero se volvía diciendo:
—Ya vuelve en sí.
Entonces lo vio.
Dios, con la boca entreabierta, traste arriba, los brazos a lo largo del cuerpo, estaba lívido.
—¡Dios! —gritó San Pedro.
Dios abrió un ojito, chiquito, sin ganas, tosió, quiso decir alguna cosa pero había tragado tanta agua y sal que tenía paladar, encías y lengua hinchados.
—¿Pero qué ocurrió? —preguntó el santo.
—Es culpa mía —dijo Elba.
San Pedro la miró. La gente se apretujaba alrededor de ella. Elba sollozaba con los pechos rebosantes y las carnes tostadas, a duras penas contenidas por la tanga roja en las zonas en donde abreva el pecado.
—Dígame —pidió San Pedro.
—Mire adónde tiene metida la malla —dijo la señora gorda.
—¿Qué malla? Si está desnuda —dijo la otra señora gorda.
—Cuénteme —insistió San Pedro, ignorando la maledicencia tan habitual en las gordas envidiosas y en las flacas con problemas de frigidez.
Elba se secó algunas lágrimas con un pañuelito.

—Le dije que fuésemos a nadar. Él me dijo que era un muy nadador; que había nadado más de dos kilómetros en el Amazonas, contra la corriente. Yo también nado bien pero no tanto y, bueno, al principio, todo iba perfecto. Nos fuimos metiendo mar adentro y, de pronto, ¡zás!, lo pierdo de vista. ¿Dónde está este hombre?, me pregunté. Y, por ahí, lo veo sacando una mano y haciendo ¡gluglú!. ¡Ay, Dios mío, qué angustia! La marea se lo estaba llevando y el pobre se ahogaba. Yo me desesperé, empecé a dar gritos y a pedirle a Dios que lo ayudara. Dios debe haber escuchado mis ruegos y los bañeros llegaron enseguida. Hay que agradecerle a Dios que no haya ocurrido una desgracia. Y hay que agradecerle a los bañeros. Sin ellos, no sé qué hubiera pasado.

San Pedro tragó saliva. ¡Ni siquiera pensar qué hubiera pasado si se ahoga!

Dios regresaba al mundo poco a poco. Lo envolvieron en una manta y tuvieron que llevarlo a la sala de primero auxilios y allí ponerle la máscara de oxígeno porque no acababa de reponerse.

San Pedro fumaba un puchito. Estaba sentado en una silla contra la pared. Hacía un rato había comenzado a rezar: «Padre Nuestro que estás en el Cielo... », pero se interrumpió al verlo panza arriba en la camilla y con la máscara de oxígeno en la cara.

Entonces había decidido encender el cigarrillo y observar los movimientos del enfermero y de tres hormigas que caminaban entre las patas de una mesa.

Cuando consiguió recobrar una posición más o menor normal, Dios se quedó sentado en la camilla y, mientras insultaba a todos los santos del Cielo prometiéndoles los peores castigos, el exilio, destruirlos sin piedad con sus propias manos, uno a uno y lentamente para que sufran más, escuchó una risa muy

conocida por Él y recién entonces notó que todo el recinto olía a azufre.

3

San Pedro logró convencer a Dios de que no podía echarse la culpa de todo lo que no resultaba conveniente a Satanás. Muchas cosas, le dijo, suceden de un modo y de otro porque así lo determinaba Dios, es decir, Él mismo. Dios le respondió que Satanás se pasaba todo el tiempo metiéndose en sus asuntos y que Él estaba rodeado de inservibles que carecían de competencia en las tareas que les había asignado. San Pedro recordó uno de los argumentos que, alguna vez, había usado Pablo, y le dijo que estaba bien que quisiera engañarlo a él, Pedro, haciéndole creer que podía existir algún acto que no tuviera el consentimiento de Dios pero bien sabía que todo estaba controlado por Él y aquello que no pudiera ser entendido en su momento respondía a los misterios de Dios. Por un rato, Dios se mostró pensativo y parecía estar dudando. Aprovechó Pedro para pedirle que no castigara a ninguno de los del Cielo por los sucesos de la playa y que fueran a visitar al Papa para transmitirle en persona los deseos del Señor. Pedro habló durante tanto rato que Dios, hacia la mitad de los argumentos, ya se había distraído. Por lo tanto, cuando Pedro le repitió que fueran a ver al Papa, contestó con simpleza:

—Bueno.

El Papa salía del baño, tenía el escaso pelo mojado y, de la cintura para abajo, se había cubierto con una toalla blanca. Se metía el dedo en la oreja y lo movía continuamente, inclinando hacia un lado la cabeza, para eliminar los restos de agua. Repentinamente, sin que supiera la manera en que habían

aparecido frente a él, vio, sentados en los enormes sillones de los aposentos papales, a dos figuras que lo miraban en silencio. Uno de ellos estaba fumando y el otro trataba de ubicar más cómodamente la espalda contra el respaldo. El Papa abrió cuanto es posible los ojos y la boca, se llevó una mano al pecho y exclamó:

—¡Me cago en Dios! ¿De dónde salieron?

San Pedro, soltando el humo hacia arriba de su nariz, comentó:

—¡Lindo vocabulario para un Papa!

El Papa tenía en su rostro una expresión de terror.

—¿Cómo entraron? Las puertas están cerradas y hay guardias —dijo, balbuciendo y, más bien, buscando, en voz alta, una explicación posible.

—Nunca tenemos muchos inconvenientes para entrar adonde queremos. Pocas veces lo hacemos por la puerta.

El Papa retrocedió y alcanzó a sostener la toalla con la mano cuando estaba a punto de caerse.

—¿Pero quiénes son ustedes? —preguntó y estaba seguro que si no se infartaba en menos de un minuto conseguiría vivir eternamente.

—Yo soy San Pedro y Él, no creo que necesite presentación.

El Papa buscó los anteojos en la mesita de luz, se los puso y los miró con atención.

—¿Pero quiénes son? —repitió.

—Te lo he dicho, soy Pedro y Él es Él,

—¿Quién es él?

Dios se mantenía en silencio pero comenzaba a perder la paciencia.

—Él es Dios —dijo Pedro con la cara llena de satisfacción por haber hecho una presentación con tanto suspenso.

El Papa hizo un gesto de desagrado.

—¡Vamos! En serio, ¿quiénes son ustedes?

A Dios se le acabó la paciencia.

—¡Yo soy Dios! —exclamó golpeando con el puño el apoyabrazos del sillón.

—Ustedes son dos locos que no me explico cómo pudieron entrar—dijo el Papa.

—¡Yo soy Dios! —volvió a exclamar Dios.

—¡Dios no existe! —dijo el Papa.

San Pedro miró en dirección a los cuadros.

—Pero, ¿qué has dicho? ¡Bestia animalada, burro, asno, caballo para mortadela! —Dios se puso de pie, la cara se le había puesto colorada.

El Papa dio tres pasos hacia atrás y quedó apoyado contra la pared, temiendo que lo asesinaran.

—Señor —intervino San Pedro—, debes disculparlo, lo dice sin pensar. Nuestra presencia lo ha tomado por sorpresa. ¿Cómo no va a creer en Usted? Es un Papa.

—Justamente por eso —respondió Dios.

—Papa, entendemos que hemos entrado en tu cuarto de manera inesperada y que te hayas sorprendido al vernos. Es probable que hasta te hayas asustado. Pero somos quienes decimos, yo soy Pedro y Él es Dios.

—No puede ser —murmuró el Papa.

—Pedro —dijo Dios con tono firme—. De inmediato realizá una demostración de nuestro poderío.

Pedro titubeó. Se aproximó al oído de Dios y le susurró:

—Señor, nunca fui muy bueno en esas demostraciones.

Dios levantó la vista hacia el techo, y casi con resignación dijo:

—No puede ser que de todo tenga que ocuparme personalmente porque nadie tiene la suficiente idoneidad. Estoy rodeado de una sarta de inservibles.

Dio un soplido aliviando la tensión; se apretó los dedos, uno por uno, como si fuera a dar un concierto de piano y extendió el dedo meñique hacia la cama. San Pedro y el Papa miraron en dirección a la cama. No sucedió nada.

Dios contrajo el dedo meñique y abrió y cerró todos los dedos de esa mano. Colocó su mano, extendiendo el brazo, en dirección a la cama. San Pedro y el Papa contuvieron la respiración mientras miraban la cama. Nada ocurrió.

Dios entrecruzó los dedos de ambas manos moviéndolos como si estuviera haciendo sombras chinescas, separó las manos y siguió moviendo los dedos en tanto su rostro permanecía imperturbable. De pronto, su rostro cambió a una expresión de intensa concentración y extendió ambas manos hacia la cama. San Pedro y el Papa también comprimieron sus rostros y miraron hacia la cama. Entonces, se apagó la luz del velador.

San Pedro y el Papa exclamaron al unísono:

—¡Oh!

Dios, moviendo la cabeza hacia uno y otro de sus hombros y haciendo sonar sus vértebras, pensó: «Vamos bien, no le erré por mucho».

Volvió a concentrarse. San Pedro y el Papa estaban petrificados. Dios extendió, nuevamente, sus manos hacia la cama. San Pedro y el Papa contuvieron el aliento. Dios miró con fijeza y completo dominio al lecho papal, murmuró dos palabras, inaudibles e incomprensibles para ninguno que fuera Él y entonces sucedió. Se apagó el otro velador.

San Pedro y el Papa exclamaron:

—¡Oh!

Dijo Dios:

—Creo que como demostración de poderío ha sido más que suficiente. Ahora, al haberlo visto con tus propios ojos, no tendrás ni la menor duda de quién soy.

—Es cierto que puedo estar un poco impresionado pero bien pudo ser una casualidad, una falla en las lamparitas que coincidió con los gestos que hacías —dijo el Papa.

Dios hizo una mueca de fastidio.

—Veamos —prosiguió el Papa—, si sos quien decís podrías decirme qué guardo con doble llave en el tercer cajón de aquel escritorio. Puedo asegurarte que nadie de este mundo podría saberlo —el Papa sonrió—. Si sos quien dice tu amigo sabrás qué hay allí.

—No lo creo necesario —intervino San Pedro—. Con lo que hizo es más que suficiente. No puede ser que tengas tan poca fe.

—Está bien, Pedro —dijo Dios—, para alguien como Yo es una simpleza lo que me pide.

Dios miró hacia el escritorio, en su cara se dibujó un gesto de suficiencia y agregó:

—En el cajoncito de tu escritorio privado guardás fotos y películas pornográficas.

San Pedro se quedó tieso.

El Papa cayó sentado sobre la cama. Demoró en poder hablar. Tartamudeando, dijo:

—De verdad eres lo que eres. Solamente Dios podría conocer los secretos que ahora me avergüenzan. Señor... es un inmenso honor para mí —el Papa amagó arrodillarse pero le crujieron las rodillas y temió que si lo hacía no podría levantarse de nuevo.

Dios se apoltronó en el sillón. Se sentía agotado después de la demostración de poderío.

—Hemos estado recorriendo la ciudad y hemos visto con desagrado —San Pedro hablaba mientras buscaba un cenicero para arrojar la ceniza de su cigarrillo— que a la gente le está faltando fe. En vos mismo, hemos escuchado que negabas la existencia de Dios.

—¡No, no, no! —Dijo el Papa—. Fue una manera de decir, un exabrupto producido por la fuerte impresión de encontrarme frente a semejante aparición. ¿Cómo iba a imaginarme que se me iban a presentar así? Siempre creí que las apariciones se producían en medio de luces, humo y perfumes.

—Antes las cosas se hacían de otra manera —dijo Pedro, con cierta inocencia.

El Papa caminó hasta unos estantes con libros finamente encuadernados. Abrió una puertita disimulada por los lomos de varios libros. En realidad, no había libros, solamente eran los lomos a todo lo largo del estante. Quedaban muy bien, otorgando al lugar un aspecto de sabiduría y recogimiento espiritual. El Papa metió la mano en medio del simulacro de libro y sacó una botella de Louis XIII, el más sofisticado de todos los coñac y con un precio superior a los cinco mil dólares.

—Necesito una copita. Para la presión. ¿Puedo invitarlos?

Dios aceptó de inmediato y se sintió más distendido.

—A qué se debe el honor de su visita, Dios mío —hizo una pausa para recuperar el dominio de sí mismo y agregó: —Todavía me parece mentira estar hablando con Usted.

—No veo qué tiene de extraño —dijo Dios tomándose un poco de coñac—. Sos un Papa y los Papas deben estar preparados para mis habituales entrevistas con ellos.

—¿Siempre te encontraste frente a frente con cada uno de ellos? —interrogó el Papa.

—No —dijo Dios—. Es la primera vez.

El Papa se echó hacia atrás. Sonrió completamente satisfecho.

—¡Qué honor! —dijo y pensó que, a su muerte, sin dudas lo harían santo. Por mucho menos habían santificado a otros papas. Tuvo tiempo de decirse a sí mismo: «¡Extraordinario colofón de mi carrera sacerdotal! ¡Cuántos creyentes se arrodillarán al pie de mi estatua! Dicho sea de paso, espero sea ubicada cerca del

altar. Voy a contratar a buen dibujante para hacer mis estampitas. También tengo que mandar a hacer unos llaveritos con mi imagen. Estas cosas son convenientes dejarlas arregladas antes de morir. ¿Santo Patrono de qué seré? «El santo de los desposeídos», eso queda siempre bien. «El santito de los pobres» es perfecto. Los pobres son más y nunca dejarán de haberlos así que tengo fieles seguidores por largo tiempo. Voy a releer el Sermón de la Montaña, de ahí sacaré algunas ideas para mi testamento espiritual».

—¿Nunca creíste en Dios o dejaste de creer? —preguntó San Pedro, no por razones teológicas o psicológicas sino porque se había hecho un silencio y, como acostumbraba a hacer toda clase de preguntas sobre lo que fuera, le pareció oportuno hacer esta.

El Papa, que había sido interrumpido en sus preparativos de santificación, se sintió incómodo. Vaciló. Luego, dijo:

—Sé que no puedo engañarte, Dios mío. Todo lo ves y todo lo sabes. Para ti, mi alma debe resultar tan simple de ver como si mirases un pañuelo de fina seda china fabricado por las delicadas manos de una inmaculada doncella sentada sobre exquisitos lotos.

—Así es, así es —dijo Dios, haciendo un ademán de suficiencia.

Dios y San Pedro se cruzaron una mirada.

—¿Querés decir algo, Pedro?

—No, nada, mi Señor —respondió con rapidez. Había pensado: «No tiene ni la menor idea de lo que piensa el Papa».

Hacía muchísimo tiempo había perdido el miedo de pensar en cualquier cosa. Al principio se había cuidado en exceso, Dios le había asegurado ser capaz de leer la mente. Cuando descubrió el fraude, se sintió independiente: podía tener sus remordimientos en paz. Sin embargo, recapacitó recordando que Dios había adivinado el contenido del cajoncito, ¿y, si, después de todo, de

verdad leía la mente? Por las dudas, decidió no tener pensamientos lujuriosos mientras estuviera cerca suyo.

—Creí desde niño, Dios mío. Mi querida madre me enseñó a rezar y no había una noche en que yo no lo hiciera. Mi fe era tan grande que me acerqué a la iglesia. Fui monaguillo, me ordené sacerdote y, más tarde, inicié la extraordinaria carrera, siempre por méritos propios, que me convirtió en obispo, cardenal y, finalmente, en Papa. Debo agregar que fui elegido en forma unánime y que no tuve necesidad de comprar ninguno de los votos, como fue el caso de muchos de mis antecesores. En ese largo peregrinaje a lo largo de todos los escalafones de la iglesia, comencé a ver lo que no había visto jamás. Mentiras, engaños, hipocresía. Obispos que se daban la mano con genocidas; sacerdotes que bendecían aviones que iban a soltar bombas que destruirían a miles de seres humanos; dinero de la iglesia invertido en aquello que, de palabra, se combatía; homosexuales condenados como inmorales por sacerdotes y obispos que ejecutaban la homosexualidad. Hasta que se es cura puede que se siga creyendo. Cuando se es obispo, ya no se cree. Pero ahí estás, Dios mío, y me siento como el niño que fui y te rezaba todas las noches con mi alma llena de esperanza. Como me lo enseñó mi mamá.

El Papa dobló el cuerpo hasta apoyar la frente en sus rodillas, conmovido por el llanto que sus propias palabras le había provocado.

—¿Por qué llorás? —preguntó Dios, tomado de sorpresa por las lágrimas del Papa ya que había escuchado hasta cuando la madre le enseñaba a rezar, después se había distraído.

—Por la emoción, Dios mío.

Respondió el Papa, secándose las lágrimas con la punta de la toalla.

—Sí, debe ser muy emocionante —dijo Dios.

—Lo emociona verlo a Usted —acotó San Pedro.

—Por supuesto que lo entiendo y esto me hace acordar del cuento de un cardenal que se emocionaba cuando veía a un burro...

—Señor... —interrumpió San Pedro—. ¿Por qué no le da al Papa las instrucciones para que la fe se renueve entre los seres humanos?

—Bueno.

El Papa se quedó esperando. Dios se terminó el coñac.

—¿Habrá otra copita?

El Papa se incorporó y corrió hacia la botella. Sirvió la copa hasta la mitad. Como Dios no la retiró, la llenó hasta el borde.

—Me sirvió demasiado —dijo Dios.

—¿Le cambio la copa?

—No, no, de ninguna manera. No se rechaza lo que el Universo da.

Mientras bebía pausadamente su coñac, Dios le comentó al Papa sus ideas de cómo establecer rígidos preceptos morales que permitieran aumentar el número de creyentes y que la fe de éstos fuera inconmovible. El Papa le aseguró que era de difícil aplicación el castigo a los herejes, sobre todo, si se trataba de condenarlos a muerte. Dios le dijo: «Bueno» y, entonces, San Pedro sugirió algunas medidas ejemplificadotas que hicieran a la gente confiar en la iglesia, intermediaria necesaria de la palabra divina.

El Papa aceptó algunas de las medidas pero, también, le pareció muy complicado establecer la absoluta falta de relaciones sexuales de los sacerdotes. En todos los tiempos, dijo el Papa, los miembros de la iglesia las habían mantenido sin que por ello se afectara la fe en Dios. Reconoció que, antes, era más fácil ser hipócrita porque no existía la televisión y la gente era mucho más ignorante. En esos tiempos, cuando un cura dejaba a una mujer embarazada, bastaba decir que había sido un milagro y a la mujer hasta la convertían en santa. Si un cura era sorprendido teniendo relaciones sexuales se podía echar ma-

no al demonio y afirmar que este había poseído su alma. Pero, desgraciadamente, esos recursos habían caído en desuso justamente porque mucha gente aprendió a leer y escribir y comenzaron a leer a escritores ateos, enemigos de la fe y de la santa madre iglesia.

Dios afirmó que ese era el error capital. De aquí en adelante, dijo, hay que evitar que la gente aprenda a leer y escribir. Ignorantes, muchos ignorantes se necesitan para que la iglesia renazca y la palabra de Dios sea temida, afirmó.

El Papa explicó que eso era otro problema porque había muchos colegios religiosos y había mucha plata invertida en ellos y que, como daban excelentes ganancias, iba a ser muy difícil impedir que se siguiera enseñando a leer y escribir.

Dios comentó que Satanás tenía la culpa de todo porque él le había dado el conocimiento al hombre cuando les dijo a Adán y Eva que comieran el fruto del árbol de la ciencia. ¿Por qué no les dio de comer bananas como a los monos? Si les hubiera dado bananas, los seres humanos serían fáciles de adiestrar y como son ahora.

El Papa, que ya se había tomado tres copas de coñac y llenaba la cuarta hasta el borde brindando con Dios, diciéndose el uno al otro: «Salud», en tanto chocaban las copas y se levantaba a buscar una segunda botella de Louis XIII dijo que no sería mala idea ya que se había llegado por acá que Dios hiciera una presentación pública, quizás en un estadio, y mostrara al mundo sus poderes.

San Pedro intervino diciendo que era estilo de Dios hacer entrevistas privadas, como en el caso de Moisés o de Fukuwata. El Papa preguntó quién era Fukuwata y San Pedro le respondió que era un japonés que había visto a Dios a principios del siglo veinte de nuestra era.

El Papa quiso saber qué había sucedido.

San Pedro contó que Fukuwata sufría de asma y le dijeron que era bueno se fuera a la montaña a hacer un cambio de aire.

Por uno de esos misterios que sólo Dios conoce, según Él les dijo, y que, visto por uno de esos escritores ateos sería una equivocación del Padre Celestial, descendió del Cielo justo en la cima de la montaña. Mientras bajaba, se encontró con Fukuwata que intentaba encender un fuego para prepararse un té. Como para Dios encender un fuego es muy fácil, así lo hizo llenando de admiración al japonés Fukuwata.

Dios se puso muy creativo, se le ocurrió que, ya que estaba en una montaña, podría aprovechar el haberse encontrado con Fukuwata y decidió entregarle unos nuevos mandamientos.

Como ninguno de los dos tenía papel ni lápiz lo hizo escribir sobre piedra. Esto fue muy dificultoso para Fukuwata porque, además de tener mala letra, tenía que escribir con otra piedra. Pero el verdadero problema ocurrió a raíz de que Fukuwata se encontraba en México y, lamentablemente, no hablaba castellano. Cuando bajó de la montaña con la piedra de la Ley, aparte de que no entendía la letra de lo que había escrito, no tuvo mejor idea que ponerse a arengar a las tropas de Pancho Villa, ya que era la época de la revolución, y unos mexicanos sin auténtica fe le partieron la piedra de las nuevas leyes.

El Papa dijo que las primeras tablas de la ley de Moisés también habían sido partidas y exclamó: «Brindemos por Moisés y por sus tablas». Dios y el Papa, con gran entusiasmo, chocaron sus copas.

San Pedro agregó que, en este caso, los revolucionarios mexicanos, muy entrados en copas, se las partieron en la cabeza y el japonés Fukuwata murió en el acto. Viendo este espectáculo deprimente, Dios se sintió desanimado ante tanta incomprensión, dijo San Pedro, y desistió de seguir haciendo este tipo de apariciones moralizadoras.

«Brindemos por el japonés», dijo el Papa y se sirvió otro coñac, llenado su copa y la de Dios hasta el borde.

Alcanzado este punto, tal vez por ya haber entrado en confianza o por necesidad de confesarse, el Papa les contó que era padre de tres niños. No tan niños porque uno de ellos ya se había convertido en cura y la niña bailaba en un teatro de revistas y era la amante de un senador y de un productor de películas eróticas.

El hijo cura lo había hecho abuelo de una nena preciosa. Aprovechó Dios para decir: «Brindemos por el Papa abuelo».

Acabaron sus copas y el Papa las llenó de inmediato. Con el tercero de sus hijos, siguió comentando, no tenía esperanzas en ese sentido porque resultó gay, aunque era el más cariñoso de los tres y siempre lo visitaba.

Lo único malo que tenía este hijo era cierta rebeldía ya que él le rogaba que, cuando fuera a verlo a la Santa Sede, no usara vestidos pero le desobedecía y hasta aparecía maquillado y con aros. El Papa les mostró unas fotografías de cuando eran chiquitos y San Pedro dijo que eran muy lindos muchachitos. Dios sonrió viendo las fotografías y dijo que eran bonitos como conejitos.

El Papa se reclinó en el sillón sintiéndose orgulloso y terminó su copa de coñac. Se sirvió con prontitud otra copa y llenó la de Dios y ambos dijeron: «Salud». De un trago, vaciaron las copas y el Papa buscó la botella pero la encontró vacía. Se incorporó yendo en la búsqueda de otra pero, aunque alcanzó a llegar hasta los estantes, no pudo mantenerse parado y se fue deslizando, de abajo hacia arriba. Sus pies fueron resbalando lentamente sobre el piso, desde los talones hasta los dedos, al mismo tiempo que tenía sus brazos abiertos y las manos iban rozando los libros, como si los estuviera reconociendo uno a uno en la caída, hasta que quedó tendido en el suelo con los glúteos cubiertos por la toalla.

—¿Está muerto? —preguntó Dios.

San Pedro lo tocó.

—Me parece que sí.

Dios levantó las cejas.

—Escasa resistencia al alcohol la de este hombre.

—Creo conveniente —dijo San Pedro—, si es que a Usted le resulta apropiada la idea, nos retiremos de inmediato. Cuanto más rápido, mejor.

—¿No será conveniente esperar al cónclave? Podría aconsejar la elección de un Papa realmente desalmado que queme a los herejes.

—Me permito volver a sugerir que nos marchemos en silencio y veloces.

—Bueno.

4

Caminaban con cierta inquietud por una calle lateral a la que habían llegado no sabían muy bien cómo. Un chico tiraba una pelota contra la pared y la agarraba de rebote. La madre estaba parada en la puerta de la casa y sostenía en los brazos a un bebé. Todo se veía tranquilo por ahí, de modo que no parecía ser un barrio apropiado para ellos. Dos cuadras más adelante, se veía el ir y venir de los automóviles por lo que era una avenida. San Pedro, con el rabillo del ojo, miró a Dios que caminaba con ambas manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—Señor —comenzó a decirle—, la demostración de poderío que realizó frente al Papa me ha parecido estupenda. Pero algo me intriga, ¿para saber lo que había en el cajoncito empleó telepatía o una especie de rayos equis que le permiten ver a través de la materia?

Dios le contestó con displicencia.

—Pedro, todo lo que empleé fue la experiencia. ¿Qué cosa de importancia puede tener que guardar un Papa bajo llave en un escritorcito de su dormitorio? Con los años, se aprende a conocer a las personas.

San Pedro asintió en silencio.

Al llegar a la avenida se sintieron más animados. Les gustaba pasear entre gente y mirar las vidrieras de los negocios.

Pedro se detuvo frente a una librería y comenzó a leer los títulos de los libros. A medida que lo hacía, comentaba sus opiniones: «Todos escritores ateos», dijo, «ahí está ese Marx, que se atrevió a decir que la religión es el opio del pueblo. Ahí, el inmoral Stendhal, que osó afirmar que lo único que disculpa a Dios es que no existe. El lascivo y boca sucia de Henry Miller. El borracho Poe; el homosexual Wilde; el suicida Hemingway. ¡Ahí está ese Porcela, que se atrevió a satirizarle a Usted, Delicado Eyaculador! ¡Espantosos ejemplos para la juventud que se queman ahora en las llamas del infierno!». Viendo otro lo señaló: «Menos ése, ¿pero quién va a comprar un libro de un pedante pesado como Agustín?». Cuando giró la cabeza, comprendió que estaba hablando solo. Dios no estaba junto a él. Miró hacia todas partes, a lo largo de la extensión de la calle, pero no pudo divisarlo.

A partir de este momento, suceden hechos que se desarrollan de modo paralelo y exactamente al mismo tiempo: los que realiza Pedro tratando de ubicar a Dios y los que realiza Dios haciendo lo que se le da la gana.

Pedro buscará a Dios hasta darse por vencido y no tendrá más remedio que comunicarse con Pablo para que descienda del Cielo y lo ayude en la búsqueda. Dios, entre tanto, ha tenido un motivo importante para alejarse con toda prontitud de al lado de Pedro. En principio, no se acordó de decirle adónde

iba porque, al ver lo que vio, salió impulsado hacia delante y cuando Dios toma impulso es difícil de parar.

Pedro cometió un error. Buscó a Dios demasiado lejos. No se le pasó por la cabeza que se había metido en el negocio que estaba junto a la librería. Esto se le va a ocurrir a Pablo que le preguntará a Pedro dónde perdió a Dios y le hará regresar hasta la entrada de la librería. Entonces, Pablo verá que, pegado al local de la librería, hay un restaurante y mirará a Pedro con cara de reproche. Pedro agachará la cabeza y se quedará mirando el suelo. Pero, hasta que Pablo llegue, Dios tendrá tiempo de entrar al restaurante y hacer el pedido a una moza que anotará todo lo que le pida.

La moza, por si no había entendido bien, repitió: «Ensalada de palmitos con salsa golf, un tomate relleno con atún, una porción de riñones a la provenzal, canelones con salsa blanca, un lomo con papas al horno, ensalada de radicheta y ajo, vino tinto y pan». Después que Dios aprobara y empezara a comerse el pan de la panera, la moza fue y regresó con los palmitos con salsa golf; luego, con el tomate relleno; en poco minutos acercó los riñones y (este es el plato que interesa) los canelones con salsa blanca.

Dios se llevó el primer bocado a la boca y demoró en tragarlo. Se apresuró a cortar el segundo bocado, olió la salsa, lo introdujo en la boca, lo sostuvo entre la lengua y el paladar, lo degustó como el mejor gourmet de la historia que era, y siguiendo su costumbre, desde los comienzos de la Creación, de hacer las cosas sin pensar, se incorporó y fue directamente hacia la cocina.

Caminó con tanta decisión que nadie se le cruzó para detenerlo. Empujó la puerta vaivén y su rostro se iluminó con una amplia sonrisa. La cocinera, tal vez intuyendo que alguien extraño había entrado a su cocina, giró sobre sus talones y, con

una cuchara en la mano, se quedó extática. Demoró en reponerse de la sorpresa, al hacerlo, exclamó:

—¡Don Manolo!

5

Esta vez la visita de Dios a la casa de Azucena duró, exactamente, cuarenta y cinco días, que fue el tiempo que demoraron Pedro y Pablo en volver a encontrarlo.

La tía Enriqueta, desde que se encontró nuevamente con don Manolo irradiaba alegría y no había noche en que no jugara al dominó y bebiera su copa de anís con Él. Dios, que es lo mismo que decir don Manolo, ocupó su antigua habitación. El cuarto había permanecido tal cual lo dejara y hasta el pijama se encontraba limpio y bien planchado. Azucena se puso a dieta y controlaba su peso todas las mañanas subiéndose a la balanza de la farmacia de enfrente. Se la veía rejuvenecida, preocupada en mantener sus cabellos bien peinado y era imposible sorprenderla sin maquillaje. Aunque don Manolo le había asegurado que era verdaderamente Dios, ella le había respondido que era mejor se mantuviera de incógnito y a nadie se lo dijera porque, a menos que arreglara el mundo entero, nadie iba a creerle. «Ya no hay fe, hay que ser inflexible con los herejes», decía don Manolo y Azucena le tenía paciencia pero no dejaba de experimentar cierto temor pensando que era seguro se había vuelto a escapar del manicomio. Por esta razón, evitaba que se mostrara demasiado en los lugares públicos y solamente en las noches permitía que don Manolo saliera a pasear con ella.

Azucena no quería llevarlo nunca más al cine porque se la pasaba hablando desde los títulos hasta la palabra «fin» pero

le gustaba tenerlo como compañero de baile. La primera vez que fueron, Azucena le preguntó si sabía bailar. Dios se incorporó, ajustó el botón de su saco y la tomó con decisión por la cintura. Todas las veces en las que bailaron juntos sucedió lo mismo: las demás parejas formaron un círculo y vieron cómo Dios se movía al compás del ritmo que fuera. Sus mejores momentos los tuvo con el malambo y con la salsa; también en los salones de tango comenzó a convertirse en una leyenda desde que bailó «Don Juan» en una baldosa y quisieron contratarlo para que fuera en gira por el Japón. Con esta vida nocturna, Dios dormía hasta muy tarde, tomaba un baño de inmersión que le relajaba los nervios y desayunaba a la hora del almuerzo mientras miraba la televisión en compañía de la tía Enriqueta. En verdad que se sentía a gusto pero, con un poco de inocencia extraña en Él, no se había percatado que Azucena era una mujer que hacía demasiado tiempo se encontraba sola y que lo veía como un hombre.

Estos fueron los motivos: la inocencia de Dios y el Azucena lo viera como un hombre, que llevaron, cierta noche, a uno a sentirse sorprendido y al otro, audaz.

La tía Enriqueta se había acostado y don Manolo acababa de ponerse el pijama después de ganarle al dominó. Se había acomodado entre las sábanas floreadas y empezaba a hojear una revista para mujeres que siempre le agradaba leer porque los temas femeninos le entretenían mucho más que los políticos y económicos.

Especialmente, leía el horóscopo a pesar de no saber cuál era su signo porque desconocía el día de su nacimiento; la sección de recetas de cocina; la de modas y las notas que daban consejos a las mujeres, que eran sus favoritas. En las páginas de los consejos, se recomendaba a las mujeres hacer la dieta del caramelo, del zapallo, de la lechuga, del queso, de la

compota de ciruela, de la luna, del astronauta, del chino, de la gelatina, de los días impares. Para ser verdaderas mujeres tenían que hacer cursos de ikebana, bonsái, biorritmo, teatro, historia del arte, reiki, numerología. Debían conectarse con el ángel de la guarda, conversar con el niño interior, hacer gimnasia jazz, meditación, yoga, terapia angelical, danza terapia, terapia floral y expresión corporal. Les era imprescindible usar crema de pepinos para la cara, crema de kivi para las piernas, crema de durazno para los glúteos, crema de naranjas y manzanas verdes para los senos, la crema antiacné en base a peras frescas, la crema antiarrugas de pétalos de margaritas mojadas en agua de lluvia de Ceilán. Debían comer, durante el día completo, un yogurt de uvas vitaminizado con todos los componentes necesarios para mantener el cutis fresco, una porción de queso untable sin sal que evita el colesterol, dos litros de agua mineral para la tersura de la piel, y eliminar el cigarrillo, el alcohol, las carnes, los vegetales, las conservas, el pollo con piel, las gaseosas, el café, el té, los huevos, las comidas fritas, las pastas, el pan, los dulces, las galletitas, las tortas y también el ajo y la cebolla porque dan mal aliento. Tenían que sentirse seguras e independientes y no pensar en el marido ni en los hijos. Si eran casadas, debían conseguirse un amante, que renueva los sueños adolescentes. Si eran separadas, buscar al marido de otra pues de este modo se evitaba el peligro de tentarse con un nuevo matrimonio corriendo el riesgo de volver a fracasar. Si eran solteras, antes del matrimonio, tenían la obligación de realizarse profesionalmente estudiando arquitectura vikinga, medicina transpersonal o peluquería holística.

Esto estaba leyendo Dios y se preguntaba si a estas mujeres alguien les enseñaba a zurcir una media cuando escuchó dos golpecitos en la puerta, dos golpecitos provocados por una mano tímida que no quería que alguien más pudiera escucharlos.

La puerta se abrió y se cerró inmediatamente a espaldas de Azucena. Ella permaneció un instante sosteniendo, por detrás suyo, el picaporte con su mano. Lo soltó y, con la respiración entrecortada, caminó hasta el borde de la cama. Dios, instintivamente, se había cubierto con la sábana hasta el cuello.

—Hace frío esta noche —dijo Azucena.

Llevaba el cabello suelto, que le caía por debajo de los hombros, y un camisón de seda azabache. Apartó la sábana y se metió en la cama junto a Dios. Permanecieron silenciosos, mirando hacia la pared que tenían enfrente.

El deseo viviente que transmitía Azucena mezclado con el aroma del perfume que había elegido para entonar su piel y que, cuidadosamente, había desparramado, gota a gota, en la parte posterior a los lóbulos de las orejas, en el medio exacto de ambos senos, y, con cuatro calculadas gotas, en el comienzo del pubis, hicieron que Dios entendiera lo que se esperaba de Él. Sabía que no era momento para palabras sino para el diálogo carnal, para que dos cuerpos se comuniquen con el lenguaje primitivo y el único universal. Lo había descubierto cientos, quizás miles de años atrás, casi podría decirse, por curiosidad. Entonces, Él, por primera vez, había experimentado el ser parte de su propia Creación y abandonar por unos minutos, apenas tres, cuatro granos de arena en el infinito desierto de su tiempo, su Presencia única y solitaria.

Claro que algunas veces hubo mucho de travesura y poca seriedad pero no se le podían hacer reproches al respecto. En todos sus actos siempre había actuado impulsado por sus emociones y nunca sabía muy bien por qué lo había hecho ni por qué dejaba de hacerlo. Por supuesto que todo se facilitaba porque no tenía a nadie a quien rendirle cuentas. En este sentido, ser Dios tenía sus ventajas: nadie podía castigarlo ni corría el riesgo de no ir al Cielo porque ya estaba en él. Por lo

tanto, podía permitirse acertar o equivocarse, ser razonable o caprichoso. Tal vez, se le podría ocurrir a alguien achacarle el ser demasiado impulsivo pero nunca el de obrar con mala fe. Era su modo de ser y, fuera como fuese, Él lo había creado todo y en todo había puesto su alegría, su ira y su pasión. Justamente esto lo caracterizaba: hacer todo apasionadamente, que es lo mismo que decir que lo hacía amando intensamente.

¿A quién podría caerle mal lo que estaba por hacer? Solamente a aquellos que en este acto, el que llevaría a cabo en minutos, vieran otra cosa que alegría y amor apasionadamente sentidos.

—Don Manolo —dijo Azucena y en su voz había como un inicio de arrepentimiento por la audacia cometida. Luego, dijo:

—No crea que es fácil para mí —y su cuerpo pareció acobardarse moviéndose en un ligero temblor.

Dios entendió todo esto y, para evitarle los temores, apagó la luz.

6

En los días que siguieron, Azucena se veía feliz. Iba y venía de una parte a otra de la habitación haciendo todas las tareas con la mejor disposición y, casi siempre, canturreando la misma canción. Era una canción que hablaba de la luna, el sol, el mar y dos amantes que lo eran por toda la eternidad.

La tía Enriqueta, que había sido sorda pero nunca tonta, había comprendido la nueva situación y se mostraba tan contenta como Azucena. La presencia de don Manolo traía a la casa la seguridad de un hombre, de su olor y su respaldo. Aunque el hombre estuviera loco y se creyera Dios no dejaba de ser un hombre y, para las mujeres, eso solo resulta suficiente. Ya que si bien es cierto que todas ellas tienen en men-

te a un hombre ideal, a la hora de elegir lo hacen con el pragmatismo que las caracteriza y no se andan fijando si es gordo y pelado o alto y con mucho pelo; inteligente o tarado: decente o corrupto. Saben que es preferible un gallo desplumado a que falte uno en el gallinero.

Tanto como que es verdadero que no hay mal que dure cien años ya que, salvo excepciones, nadie vive semejante cantidad de años, tanto es verdadero que no hay felicidad que dure cien años, por la misma razón. Así, la felicidad de Azucena duró el tiempo que demora una flor en marchitarse una vez arrancada de su planta.

El primer llamado de atención fue en la tardecita y sucedió cuando la tía Enriqueta no jugó al dominó con don Manolo porque se sentía descompuesta.

Azucena no le pidió a don Manolo que la sanara porque tenía miedo de incentivar su demencia pero, durante la noche, cuando entró al dormitorio de la tía Enriqueta y vio que se quejaba con los ojos cerrados, lo buscó haciéndolo correr para que la viera.

Cuando estuvo frente a ella, don Manolo la contempló con un poco de pena. Vio sus manos transparentes recorridas por finas venas azuladas, su cabeza gris hundida en la almohada y escuchó el sonido de su respiración sonando como un ahogado ronquido.

En ese instante, le pidió a Azucena que los dejara solos y Azucena se desesperó pues, de inmediato, comprendió que la tía Enriqueta se encontraba en grave estado. Salió del cuarto y, sin darse cuenta del modo imprevisto en que su alegría se transformaba en dolor, experimentó una intensa congoja y comenzó a llorar con amargura.

Mientras Azucena intentaba sosegar su espíritu y se quitaba las lágrimas de la cara con un pañuelito, a la habitación donde

agonizaba la tía Enriqueta habían llegado repentinamente dos visitantes, como si hubieran sido atraídos por un llamado.

Viéndolos, Dios no pronunció palabra y, cuando Pedro iba a hablar, Pablo lo sujetó del brazo conteniéndolo. Durante un momento los tres se quedaron callados.

Fue Dios el que rompió el silencio y habló.

—Tía Enriqueta —dijo, con la voz extraordinariamente segura y serena—, por algún misterio que Yo mismo he creado, todas las criaturas tienen que abandonar sus cuerpos cuando el reloj del tiempo lo señala. Este reloj ni adelanta ni atrasa. Es preciso y jamás falla. La hora de nacer y de morir está determinada y todo lo que ha sucedido entre uno y otro de estos momentos no significa ninguna otra cosa más que una vacación de la eternidad.

Ni Pedro ni Pablo recordaban ya cuándo había sido la última vez que escucharon a Dios hablar de semejante manera. No necesitaron de más para saber que algo especial significaba la tía Enriqueta en la larga existencia de Dios.

—Tía Enriqueta —continuó Dios—, no debes tener miedo. Te espera el Cielo y en el Cielo estaré para que juguemos nuestras partidas de dominó. No ha de faltar una copita de anís y es muy bueno el que tenemos allá.

Dios se acercó a ella y la tocó en la frente.

—Tía Enriqueta —dijo—, para que no sientas ni el menor temor, tendrás, y esto puedo asegurártelo, la mejor de las compañías en tu camino al Cielo. Él, personalmente, te abrirá las puertas y te acompañará hasta tu nuevo hogar.

Miro a Pedro y le dijo:

—Acompañala.

Pedro sujetó la mano de la tía Enriqueta y sintió el último temblor de su cuerpo.

7

El segundo llamado de atención en la serie de mala fortuna que había atrapado a Azucena se produjo días después de la muerte de la tía Enriqueta.

Esto fue cuando preparó el desayuno con buñuelos rellenos de banana y, mientras don Manolo se los comía uno tras otro, lo miró largamente y le preguntó qué diría si ella estuviera embarazada. No le gustó que don Manolo se atragantara con un buñuelo, tosiera para recuperarse y tuviera que aclararle que era una forma de expresarse, como una remota posibilidad. Menos le agradó cuando, tratando de reforzar el sentido de que su posible embarazo se trataba de una hipótesis utópica y que era nada más que por hablar, cometió un desliz lamentable para ella misma y dijo que era casi imposible que una mujer de cincuenta y cinco años pudiera quedar embarazada por primera y don Manolo apoyó la taza de café con leche en el plato diciéndole: «¿No me dijiste que tenías cuarenta y tres?».

Azucena intentó subsanar aquello que no le habría ocurrido si hubiese recordado que el pez por la boca muere y que lo que daña al hombre no es lo que entra por su boca sino lo que sale y, con bastante naturalidad, respondió: «Es que he sufrido tanto en los últimos doce años que no los cuento».

Azucena insistió en qué le diría si ella estuviera embarazada y don Manolo le contestó:

—Que al niño nunca le enseñes a rezar.

Ella dijo que no podía ser tan ateo y, como estaba un poco descolocada por el suceso de su edad, agregó: N

No se puede ser ateo y andar diciendo que uno es Dios.

Comiéndose el último buñuelo y bajándolo con el café con leche, don Manolo le explicó que no lo decía por eso sino por

otras razones y que ella pensara lo que pasó con su hijo. Azucena sintió las mejillas ardidas y dijo:

—Manolo, ¿pero estás casado?

Dios meneó la cabeza y, acordándose de lo que leía en las revistas femeninas de que las mujeres valoran la sinceridad y comprensión de sus parejas, decidió calmarla negando que se hubiera casado alguna vez y que comprendía (y se preocupó en subrayar esta última palabra) cómo podía sentirse, aunque no sabía muy bien cómo se sentía ella.

—¿Tuviste un hijo de soltero, Manolo?

Dios movió la cabeza negando pero se corrigió porque de cierto modo era así.

—Jesús —le dijo—-Hablo de Jesús.

—¡Ah, de tu hijo Jesús, el crucificado! —exclamó Azucena con alivio y, a la vez, aterrada por la demencia de don Manolo.

Claro que entre el alivio y el sentirse aterrada prefería el alivio ya que era mucho mejor que estuviera loco a que hubiera sido casado o tuviera un hijo con otra.

—Sí —dijo Dios—. Al pobrecito me lo crucificaron

—Qué se le va a hacer —dijo Azucena, dándole palmaditas en el dorso de la mano.

Se levantó recogiendo la taza y la bandeja vacía y, con repentino buen humor que a Dios no le pareció tanto, dijo:

—Siendo Dios, a lo mejor has hecho el milagro de dejarme embarazada.

Llega ahora el momento más grave para Azucena.

Ella parecía no estar preparada para que la serie de infortunios alcanzaran el tope de lo que ella podía soportar. Pero nadie lo está porque la desdicha se produce de sorpresa, como los cortes de luz.

En la escena, Azucena se metía en la cocina y Dios se quedaba pensativo.

Un instante después, la escena había cambiado. Sentados a la mesa y, como era común, surgidos desde la nada, estaban Pedro y Pablo.

Dios les dijo que no se le aparecieran nunca más de golpe, sobre todo, cuando acaba de comer porque se le podía cortar la digestión. Azucena, que andaba distraída, regresó a buscar la azucarera y dio un alarido.

—¡Jesús, María y José! ¿De dónde salieron?

—Pedro y Pablo y el Señor Dios, estimada señora —dijo Pedro, creyendo que la corregía.

—¿Cómo hacen para entrar ustedes? —Azucena se aferraba a la cadenita de la virgen milagrosa colgada de su cuello.

—Cuesta al principio pero, con la práctica, se entra a todos lados —contestó Pedro.

—Usted es el doctor Frankenstein y usted es Antenor, el enfermero —dijo Azucena, sintiendo en el corazón una mano que se lo estrujaba.

—No. Somos Pedro y Pablo y venimos a buscar a Dios —contestó Pedro, completamente disgustado de que se acordara que él era el enfermero Antenor.

Azucena vaciló y pareció entender.

—Sí, ya sé —dijo y, con un suspiro resignado, agregó: —¿Es necesario que se lo lleven?

—Creame, señora, que es muy necesario que lo acompañemos de regreso —dijo Pablo.

De esta manera, la felicidad de Azucena llegaba a su fin. ¿Debía quejarse? ¿O debía alegrarse de haber sido feliz? Con dolor de muelas, nadie se acuerda de la torta. Y este era el estado de ánimo de la pobre Azucena cuando veía que don Manolo se iba despidiendo de ella y le decía que lo más probable era que volvieran a verse y que se refería, exclusivamente, a lo terrenal dado que en lo celestial seguro iba a ser de

ese modo y que le tendría preparada una residencia mucho mejor que la que le prometió antes y que el jardín tendría muchas más azucenas y también pondría bananeros para que cortara las bananas frescas y le hiciera buñuelos.

Sea como sea, Azucena no tenía consuelo.

Pablo, que en estas cuestiones era considerado como de extremada practicidad, le dijo a Dios que cuanto más breve fuera la despedida mejor sería ya que cuando hay que separar el tronco de la raíz hay que hacerlo de un solo golpe. Aquí intervino Pedro diciendo que es imposible cortar un tronco de álamo de un solo golpe y que un leñador fornido y eficiente tendría que usar unos cuantos hachazos antes de conseguir voltearlo. Como solía hacer en estos casos, Pablo cruzó su brazo con el de Pedro y se lo fue llevando hacia la salida. Pedro insistió diciendo que pensara cómo va a poder cortarse de un solo hachazo un tronco de quebracho o de ombú o de roble.

Antes de salir de la casa, Dios giró el cuerpo y mirando a Azucena le dijo:

—Si el milagro ocurriera, no le enseñes a rezar.

Más tarde, todo aconteció de esta manera: Dios preguntó si lo habían encontrado porque Satanás les había dicho dónde estaba y Pablo respondió que esta vez no había sido así, que lo habían encontrado ellos mismo y que, curiosamente, no pudieron llegar antes porque se les cruzaba toda clase de dificultades lo que les hizo sospechar que Satanás les ponía obstáculos para que no llegaran hasta Él. Incluso el último día recibieron un mensaje sin firma que decía: «Déjenlo en paz durante el resto del día, recién a la madrugada Él los va a necesitar» y le contaron que estuvieron afuera, aguardando hasta la madrugada, que fue cuando lo encontraron junto al lecho de la tía Enriqueta. Dios no hizo comentarios pero no se distrajo y escuchó todo, hasta el final.

En la Tierra, Azucena siguió con su restaurante y se compró un perro salchicha al que bautizó «Manolo» y al que llevaba a todas partes con ella. Con el correr de las semanas, engordó bastante, disminuyó el dolor de su alma pero sentía dolores en el vientre y, a veces, se lo acariciaba.

En el Cielo, Dios jugaba al dominó con la tía Enriqueta.

La tía siempre decía:

—¡Qué sorpresa se va a llevar Azucena cuando venga!

Y se tomaba su copa de anís.

Siempre se vuelve

1

Había terminado su habitual partida de póquer de los días sábados y subía la extensa escalinata que conducía a su dormitorio cuando Dios notó que le faltaba el aliento. Por primera vez, tomó conciencia de que, en los últimos tiempos, se cansaba con facilidad. Las piernas no le respondían como antes y solía olvidarse de los hechos inmediatos. A veces, dejaba una lapicera sobre la mesa y, apenas un minuto después, se preguntaba dónde esta la lapicera que había tenido hasta recién en la mano. Otras veces, abría un cajón y se quedaba quieto mirando en su interior mientras trataba de recordar qué es lo que estaba buscando. Cuando alcanzó el último escalón, giró la cabeza y miró hacia abajo. Eran exactamente veintiocho escalones de mármol blanco que, antes, solía trepar de dos en dos mientras silbaba o iba gritando en uno de sus acostumbrados enojos.

Al abrir la puerta de su cuarto ya había terminado de tomar conciencia de que algo en Él había cambiado irremediablemente. Se sentó en el borde de la cama y permaneció un largo rato con la mirada fija en el ángulo que formaban el piso y la pared. De pronto, dijo: «Qué se le va a hacer, así son las cosas y si son así por algo es».

Se puso su pijama y se acostó. Todas las noches le costaba tanto dormirse como tanto le costaba despertarse por la mañana. Sin embargo, se despertó más temprano que de costumbre. Todavía sentía sueño pero igual se levantó y buscó su ropa sin esperar que se la prepararan como era habitual. Estaba más ansioso que lo común en Él. Había decidido volver a la Tierra y esta vez, por alguna causa de la que no estaba dema-

siado seguro, el viaje le producía una particular ansiedad y un cierto estado de melancolía.

Abandonó la residencia sin avisarle a nadie. Muchas veces lo había hecho de ese modo pero, en las otras ocasiones, había actuado impulsivamente, sin pensar en dejar noticias suyas. En este caso, se tomó el cuidado de no dejar sorprenderse mientras salía. Quería ir solo y no dar ninguna explicación. Era raro que se le ocurriera que no quería dar explicaciones porque jamás se las había dado a nadie y siempre había procedido de manera caprichosa y encontrando justificaciones ante sí mismo aún de las acciones más alocadas o aberrantes que había cometido. Como fuera, estaba camino a la Tierra. Al llegar no supo dónde se encontraba. Esto no era nada sorprendente porque cada vez que decidía llegar a un sitio determinado de la Tierra se equivocaba y aparecía en otro. Acostumbrado a lo que todos afirmaban (según Él les había hecho creer) de que jamás se equivocaba y que era infalible, dijo para sí: «Si llegué aquí, por algo es. Porque lo que es por algo es».

Estaba parado sobre las vías del tren.

Comenzó a caminar por el medio de las vías después de elegir la dirección de acuerdo a la salida del sol. «Si el sol está a mi derecha», se dijo, «el oeste estás allá», y extendió su brazo izquierdo. «Si el oeste está allá», repitió con el brazo extendido, «el norte está atrás.» Dio media vuelta diciendo: «Vamos hacia el norte». Y agarró para el sur.

Estaba en eso de ir caminando sintiendo un gran dolor de pies porque se había puesto los zapatos que solamente había usado en ocasión de su cumpleaños, que festejaba todos los años eligiendo el día que se le daba la gana ya que desconocía la fecha de su nacimiento, cuando vio a la distancia lo que le parecieron un par de bultos. En verdad, él estaba viendo como bultos a dos nenes que tiraban piedras a la vía a causa de que

su vista nunca había sido demasiado buena y, últimamente, había empeorado. Desde ya que nunca lo había admitido y siempre decía que sus ojos eran los de un águila que desde la cima de la montaña divisa al pequeño cordero extraviado en un matorral. Claro que le creían y Él se mostraba satisfecho porque si algo realmente le disgustaba era que no creyesen sus mentiras.

A medida que se iba acercando notó que los bultos se movían y descartó que fueran bultos pensando que eran perros. Luego, viendo que eran alargados hacia arriba más que alargados hacia el costado, le pareció que eran personas. Coherente hasta estando solo, dijo en voz baja:

—Tal como lo vengo diciendo, son dos niños tirando piedras y la vista no me falla y hasta el águila me la envidia.

A esta altura, los dos chicos estaban parados delante de Él

—Buenas —les dijo.

Los chicos masticaban chicles y, sin dejar de mirar hacia las vías, le contestaron a dúo:

—Buenas.

Dios los miró estudiando sus facciones. Nunca había confiado en los niños. Sabía que la gente creía que ellos siempre eran sinceros e inocentes pero no podían engañarlo a Él. Mentían, eran falsos, egoístas, ladrones o violentos, del mismo modo en que lo eran sus mayores. A diferencia de éstos, ellos podían escudarse en la excusa de su edad o culpar a sus padres pero Dios sabía que cada uno era bueno o malo de acuerdo a la naturaleza de su alma. El cuerpo y los conocimientos se desarrollaban pero el alma era una sola y era inmutable, desde el nacimiento hasta la muerte.

—¿Falta mucho para la estación?

El más bajito se tocó la cara como si le estuviera picando.

—No, don. Ahí nomás la tiene.

—¿Y cuánto será la distancia de acá para allá?

—Como medio kilómetro —dijo el chico más alto, con el pelo cubriéndole la frente.

—¿Después de la curva?

—No hay curva, don —respondió el chico más alto.

—La estación no se ve. Si fuera medio kilómetro en línea recta, tendría que verla.

El chico más bajo lo miró poniéndose la mano como visera para taparse del sol.

—¿Para dónde va, don?

—Para allá —dijo Dios, señalando hacia delante.

—¡Ah, si va para allá queda mucho más lejos! —dijo el chico más bajo.

—¿Cuánto más lejos?

—Como ciento cincuenta kilómetros —dijo el chico más alto.

—¿No me dijeron que la estación estaba a medio kilómetro?

—Sí, don —le dijo el chico más bajo—. Pero si va para el otro lado. Para aquel lado. No el que agarró que usted.

—¿Para dónde?

—Para atrás suyo. Si da media vuelta la ve. Un poco la tapan los árboles pero ahí nomás está —dijo el chico más bajo.

Dios miró detrás de Él. Se acordó que había arrancado justo en donde había unos árboles. Estuvo a punto de decir que era a esa estación a la que quería ir. Dudó pero, al pensar que si seguía para el rumbo que había elegido tendría que caminar ciento cincuenta kilómetros, se alentó diciéndose que, al fin, no eran más que dos chicos medio ignorantes que no serían capaces de darse cuenta de lo que, con otro tipo de gente, hubiera resultado una humillación.

—Muchas gracias —dijo.

Dio la vuelta y comenzó a caminar soportando mejor el dolor de pies con la esperanza de llegar a la estación. No mu-

cho caminó cuando, a sus espaldas, escuchó que los chicos gritaban:

—¡Viejo tarado que no encontrás ni la estación!

Estuvo a punto de correrlos. No lo hizo por dos motivos: uno, porque le dolían demasiado los pies; el otro, porque no iba a alcanzarlos. Por lo tanto, dijo:

—Mocositos inocentes, tarde o temprano, van a rezarme, entonces aprenderán que el que ríe último, ríe mejor.

2

Estaba sentado en el banco de madera del andén. Se había quitado los zapatos y fumaba su pipa. La estación estaba vacía. Era la hora de la siesta, hacía calor y en el aire se percibía el olor de la tierra y los pastos. Cuando vio venir el tren se incorporó. El tren se detuvo haciendo rechinar las ruedas sobre el acero de las vías. Los vagones vibraron y la máquina produjo un sonido como si fuera el resoplido de quien llega después de hacer un gran esfuerzo. Se abrió la puerta del penúltimo vagón y un hombre descendió con unas cajas. Otro hombre, con cara de sueño, salió de la casa que estaba al final del andén y firmó unos papeles.

Dios se aproximó al tren buscando una puerta abierta para subir. La única que lo estaba era la que había abierto el hombre. Fue hacia ella. El vagón había quedado fuera del andén y cuando Dios quiso subir comprobó que la distancia desde el piso del tres hasta el piso de tierra parecía excesiva. De todas maneras, apoyó las manos sobre el piso del tren, tomó impulso poniéndose en puntas de pie y consiguió ubicar la barriga sobre el suelo del vagón. Arrastrándose, pudo entrar por completo. Le pareció que podrían hacer más cómodas las entradas de los trenes pero recordó que era imperfecto todo lo que los

hombres hacían y se dio por satisfecho. Lo importante era que estaba en el tren.

Buscó un asiento pero solamente había cajones y cajas. Trató de pasarse de un vagón al otro pero una de las puertas estaba cerrada y la otra, si bien consiguió moverla, se atascó. Por esa puerta pudo ver que el vagón siguiente no tenía techo y llevaba maquinarias.

El tren cimbró y comenzó a moverse con lentitud. El hombre que había bajado, caminó pegado al tren, dio un salto y trepó al vagón.

—¿Qué hace usted acá? —preguntó sobresaltado.

Dios se había sentado sobre un cajón.

—Viajo —dijo con simpleza.

—No puede viajar en este tren —dijo el hombre con un tono cortante.

—¿Por qué no? Soy un pasajero —respondió Dios.

—Señor, éste es un tren de carga. En esta estación no paran trenes de pasajeros. Tiene que ir en colectivo.

«Por eso no hay asientos», pensó Dios y se acomodó lo mejor que pudo sobre el cajón.

El hombre acabó de acomodar unas cajas.

—Por mí, viaje nomás pero tenga cuidado que no lo vean cuando lleguemos a la otra estación. ¿Para dónde va?

Dios le contestó.

—Me parece que medio metió la pata. Para donde quiere ir, queda para el otro lado.

Dios meditó un momento, luego, dijo:

—No está de más conocer el paisaje.

Para disimular miró hacia fuera a través de la puerta abierta del vagón y puso cara de estar disfrutando.

—¿De dónde viene? —le preguntó el hombre que usaba pantalón y camisa azules de alguna tela áspera. Tenía la cara re-

donda, un poco colorada, los ojos chiquitos, y una nariz abultada en la punta. Se apellidaba Fernández y hacía quince años que trabajaba en el ferrocarril.

—Del Cielo —le contestó Dios.

—¿Trabaja ahí?

—Y sí.

—¿Hace mucho que está en el Cielo?

—¡Puf!

—¿Lo conoce a Benavides? —preguntó Fernández.

—Imagínese que, uno por uno no me acuerdo de todos, son demasiados.

—Benavides es uno bajito, morocho, que tiene como un grano en la frente.

Dios meneó la cabeza.

—Benavides con un grano en la frente... —trató de recordar—. Me parece que anteayer murió uno con un grano en la frente.

—¿Murió Benavides? —exclamó Fernández.

—Y si está allá, seguro —respondió Dios.

—¡Qué barbaridad! Un hombre buenazo morirse tan joven. Vea cómo son las cosas. Si me dijeron que el domingo lo habían visto jugando a la pelota. ¡Qué increíble!... ¿Tan mal los tratan en el Cielo?

—No, cómo los vamos a tratar mal. Al contrario, cuando llegan son felices.

—¿Pero no me dijo que al que llega al Cielo lo matan las condiciones de trabajo?

— ¿Dónde escuchó eso? ¡Si no hacen nada! Caminan y tocan el arpa.

—¿Benavides tocaba el arpa?

—Ahora estará aprendiendo. Al que quiere aprender, en el Cielo le enseñamos.

—¡Qué raro! Enseñan a tocar el arpa... la verdad no lo había escuchado nunca. ¿Y la guitarra?

—No, la guitarra no. Nuestro instrumento es el arpa.

—¿Hay muchos paraguayos?

—De todas las nacionalidades.

—Vea qué cosa —dijo Fernández—. ¿Y usted hace mucho que está ahí?

—Imagínese —contestó Dios.

Fernández se sentó frente a Dios. Movió la cabeza como si estuviera tratando de hacerse a la idea de lo efímera que es la vida. De pronto, pareció volver a la normalidad y preguntó por preguntar, como hace la mayoría de la gente cuando no tiene de qué hablar.

—¿Y qué se dedica a hacer en la estancia?

—¿En qué estancia?

—En la estancia «El Cielo».

—¿De qué Benavides habla usted? —dijo Dios.

—De uno que arregla motores. Hacía unos años que estaba ahí el pobre. No sabía que había fallecido.

—Me parece que el que digo es otro.

Fernández respiró con alivio.

—Mejor así. Me parecía raro que Benavides tocara el arpa porque es medio sordo. ¿Cómo se llama usted?

Dios se quedó mirándolo en silencio, metió los labios hacia adentro, entrecerró los ojos y dijo:

—Manolo.

—¿Siempre anda en patas, Manolo? —dijo Fernández.

Dios se miró los pies. Recién entonces se dio cuenta que se había olvidado los zapatos en la estación.

—Es más cómodo así —contestó con displicencia.

3

Fernández lo ayudó a descender porque, otra vez, el vagón quedó por fuera del andén. En el esfuerzo de estirar las piernas a Dios se le descosió el fondillo del pantalón.

—Se le rompió el pantalón, Manolo —dijo Fernández al escuchar el ruido de la tela y el hilo separándose con violencia.

—Así es más fresquito —dijo Dios simulando que no le daba importancia.

—Un gusto haber viajado con usted, Manolo. Estos viajes son todos aburridos pero con usted, la verdad que me divertí con todos esos cuentos que me contó.

—Me alegro, salude a Benavides de mi parte.

—¿No me dijo que no lo conocía?

—Seguro que, tarde o temprano, lo voy a conocer. Me voy a acordar. El que tiene un grano como si fuera un chichón en la frente —dijo Dios y lo saludó alzando la mano.

Dios se quedará sentado en el andén de la estación esperando al tren que lo lleve para el otro lado. El tren llegará y Dios podrá acomodar en un asiento de cuero verde tajeado en varios sectores y con parte del relleno a la vista. Mirará por la ventanilla que tendrá el vidrio sucio y quebrado. Le explicará al guarda que no sacó boleto porque no se acordó y se le ocurrirá decirle que a Dios no se le puede cobrar el pasaje. El guarda le dirá que a Dios no le pediría el boleto pero a él sí y que si no lo tiene tendrá que bajarse en la próxima estación.

El tren parará especialmente para hacerlo bajar en la estación más cercana, que es la misma en la que subió al tren de carga. Se quedará parado en el andén y se sentirá muy contento porque encontrará los zapatos en el mismo lugar en que los dejó. Se los pondrá pero como sentirá que le aprietan volverá a quitárselos. Durante unos minutos pensará en lo que le

conviene hacer y decidirá que el ferrocarril funciona mal y que debe viajar en colectivo. Irá hasta la parada de los micros y al no tener dinero porque, recordemos, Dios no necesita de la plata porque es Dios, tendrá que subirse a un camión y hacer el viaje en compañía del camionero con el que no parará un instante de conversar. O, mejor dicho, Él hablará todo el tiempo y el camionero escuchará.

Cuando llegue a destino, descenderá del camión, meterá el pie en un charco y notará que volvió a olvidarse los zapatos. Se le enganchará el saco al cerrar la puerta del camión, pegará un tirón y lo descoserá todo a lo largo de la espalda. Esto también lo pondrá contento porque lo notaba un poco estrecho en los hombros y así se sentirá más cómodo.

Mirará a su alrededor y no tendrá la menor idea de dónde está. A pesar de esto, lleno de optimismo, dirá:

—Al fin hemos llegado.

Se sentará en la vereda, que será el sitio más cercano que encuentre para hacerlo, y se sacará la media mojada. La retorcerá y se la pondrá en el bolsillo del saco, junto a la solapa, colgando para que se seque. Estirará la mano que le habrá quedado húmeda al contacto con la media mojada para que se le seque con el sol. Pasará una señora y pondrá una moneda en su mano. Él dirá: «Gracias» y se guardará la moneda.

Se detendrá un automóvil, viejo y lleno de abolladuras. Un hombre bajará levantando los dos brazos a la vez y yendo hacia Él dirá:

—¿Qué le ha pasado, Dios mío?

Él mirará al hombre y no le verá bien porque el sol hará reflejos pero creerá que lo han reconocido.

El hombre lo tomará del brazo pidiéndole que se levante enseguida, que alguien como Él no puede terminar así, pidiendo limosna por la calle. Dios se parará y cuando el hombre le diga

que suba al coche y repita una y otra vez: «Vamos, don Manolo, venga conmigo», reconocerá a García.

4

Irán en el automóvil y García se mostrará inconsolable ante semejante desgracia y le asegurará que no sabía nada, que de haber sabido que había salido del manicomio lo hubiera ido a buscar. Aunque García se cuidará de decir «manicomio» y dirá «del sitio donde estuvo».

Don Manolo, o sea Dios, mirará con atención a García y le dirá: «¿Usted, García, no tenía más pelo?». García le responderá: «El tiempo pasa, don Manolo, y el pelo se cae. Pero fíjese cómo es la naturaleza: se me cae de la cabeza y me sale en la espalda y en las orejas». Dios le dirá: «Deje que le crezca el pelo de la espalda y las orejas y péinelo hacia la cabeza». García le contestará que no se le había ocurrido y como siempre con Él se aprenden nuevas ideas.

Después, García se pondrá muy serio y dirá que mucha razón tenía don Manolo al afirmar que Dios no existe porque si existiera no permitiría que gente buena y honrada terminara en la calle teniendo que pedir cuando sobre comida, ropa y casas vacías y los políticos y los delincuentes viven en el lujo. Asegurará que no hay justicia pero que se quede tranquilo que todo terminará por arreglarse.

Don Manolo, o sea Dios, notará que García maneja a veinte kilómetros por hora y se dará cuenta que no hace los cambios. Le preguntará a García por qué no pone segunda. García moverá la palanca de cambios y el motor hará un crujido. Don Manolo le hará notar que debe apretar el embrague y García responderá: «Todo junto no se puede, don Manolo». Entonces

le pedirá que apriete el embrague mientras Él mueve la palanca de cambios. El auto se moverá con mayor soltura y García dirá: «No ve, don Manolo, no hay nada que usted no sepa. Siendo un sabio, ¿cómo viene a terminar así?». A García se le caerán algunas lágrimas y don Manolo se sacará la media del bolsillo y se la dará para que se las seque. García aprovechará para sonarse la nariz y devolverá la media que don Manolo ubicará, otra vez, en el bolsillo junto a la solapa.

García le contará que abandonó las curaciones porque no era vida para él y que regresó a lo suyo, a trabajar en el gremio gastronómico. Le seguirá diciendo que tendrá sorpresas que no le quiere adelantar y detendrá el auto frente a un edificio de departamentos. Subirán en el ascensor, llegarán al segundo piso, García meterá la llave en la cerradura, entrarán.

Dios, con la media colgando del bolsillo junto a la solapa, un pie sin media, el otro pie con media, el pantalón desfondado, el saco descosido en la espalda, escuchará a García diciendo: «Mirá a quién te traje», y verá, saliendo de la cocina, con un delantal floreado, en el cual se seca las manos, a Azucena.

5

Mientras Azucena le cose el pantalón, don Manolo se ha puesto unas pantuflas y una bata para cubrirse porque los pantalones de García le quedan chicos.

Mira a Azucena y se pregunta cómo le han salido esas arrugas a cada lado de la nariz, por debajo de los ojos y en la frente, en apenas cuatro o cinco días. Ve cómo se llenaron sus manos de manchitas marrones y las uñas se pusieron débiles y piensa qué habrá sucedido para que se produzca en ella tantos cambios en tan poco tiempo. También García está distinto. No lo

recordaba caminando tan despacio ni teniendo la espalda algo encorvada.

—Como le digo, don Manolo —dice García—. Azucena lo buscó por todas partes, para visitarlo. Lo buscamos, tendría que decirle, porque yo también traté de ubicarlo pero no hubo caso, en todos los sitios nos dijeron que usted no estaba ahí. Al final, para decirle la verdad, pensamos que había ocurrido una desgracia, como que se había muerto. ¡Pero ahí está, don Manolo! Y está igualito, hasta más flaco. Claro, qué animal que soy, cómo no va a estar más flaco viviendo como ha vivido estos últimos años. Pero no se haga problema, acá, con Azucena engorda enseguida. Ya sabe usted cómo cocina esta mujer. ¡Don Manolo, qué alegría!

García le palmea la mano y, de nuevo, se pone a llorar. Azucena le da un pañuelo y, desde el otro lado de la mesa, se dirige a don Manolo, por primera vez en forma directa.

—¿Cómo está, don Manolo? —le dice con mucha pena.

—Ya me ve. Muy bien.

—Y bueno —dice Azucena—, se está como se puede.

Azucena hace silencio y da la impresión de que quiere saber alguna cosa, salir de alguna duda. Como si ya no pudiera soportar la curiosidad, pregunta:

—¿Y cómo está todo por allá?

—¿Por dónde? —pregunta Dios.

—Por allá —dice Azucena cortando el hilo de coser con los dientes—. Por el Cielo.

—¡Qué casualidad! —responde Dios—. Viajé con un tal Fernández que trabaja en el ferrocarril y, justamente, estuvimos hablando del Cielo. Es la estancia donde trabaja el sordo Benavides. Pero yo no la conozco. ¿Tiene un conocido en la estancia, Azucena?

Azucena vacila y contesta:

—Creí que nos había dicho que había estado en esa estancia pero yo no conozco a nadie. Tampoco sé qué estancia es ni dónde queda. De campo no entiendo nada.

—La única tierra que ha visto Azucena es la que hay en las macetas —dice García y se ríe.

Dios aprovecha la risa de García para contar un cuento de un avestruz domesticado al que el dueño hacía orinar en una maceta. Termina el cuento y García y Azucena se ríen a carcajadas. Él se pone contento y se lleva una sorpresa con lo que enseguida dice Azucena:

—¡Ay, Manolo! ¡Con lo que ha vivido y sigue con su buen humor! En veinticinco años no ha cambiado en nada.

Dios la mira y mirando a García, piensa: «Pasaron veinticinco años».

Y recién entiende que ha llegado un poco tarde.

6

En esta parte, don Manolo se enterará de ciertos sucesos que le interesaban conocer y que García le irá narrando.

Al poco tiempo de tener que ir al sitio en donde estuvo don Manolo, García volvió a trabajar en el nuevo restaurante de Azucena, con quien se encontró otra vez al enterarse de la muerte de la tía Enriqueta. Azucena se pasaba los días con la cara triste y se la veía agobiada. Como García le había dicho, estuvieron buscándolo en todos los sitios como ése pero no pudieron encontrarlo en ninguno. Eso pareció deprimir aún más a Azucena y García comenzó a preocuparse por ella porque, en tren de confidencias, siempre le había gustado aunque Azucena nunca le prestara atención. Viéndola decaída se decidió a invitarla al cine y a ver un partido de bochas.

Al cine fueron pero Azucena prefirió no ir al partido de bochas aceptando, en cambio, ver una zarzuela. Saliendo del teatro vieron que la luna estaba llena y fue como si inspirara a García quien se le declaró. Azucena se sorprendió pero no dijo que no. Pidió tiempo para pensarlo. Esto desilusionó a García que, como todos los enamorados, era devorado por la ansiedad y necesitaba una inmediata respuesta. Supo aguardar, aprendió a tener paciencia a pesar de no poder dormir ni comer por el nudo que sentía en el estómago. Claro que la espera duró, nada más, hasta la mañana siguiente de la declaración amorosa pues Azucena le dijo que ya lo había pensando y que se casaría con él. La cuestión es que se casaron por el registro civil, jamás por la iglesia, ya que García había sido suficientemente convencido por don Manolo sobre las bondades del ateísmo y la innecesaria presencia de la religión siendo que Dios no existe.

A todo esto, don Manolo fumaba su pipa tapando el hornillo con la mano y mordiendo la boquilla. «Siga, siga», le decía para alentarlo a llegar a lo que a Él le importaba escuchar y García, como todo narrador pesado, empleaba cientos de palabras para describir detalles sin importancia y que su oyente olvidaría un segundo después de escuchado.

«Al tema, García, al tema», insistía don Manolo en momentos en que García empezaba a hablarle de lo cara que estaba la vida y de una licuadora que le regalaron para el casamiento y que vino fallada. «Vea, don Manolo», dijo García, «que me costaba creer que hubiera quedado embarazada. Imagínese, Azucena es fortachona pero tenía cuarenta y siete años entonces». «Creí que tenía cuarenta y tres», comentó Dios. «Mire cómo son las cosas, más adelante me entero sin querer, encontrándole el documento, que tenía cincuenta y cinco. Cosas de la coquetería de las mujeres, bien lo sabe usted, don Manolo, que es un entendido. Más todavía, cincuenta y cinco años y embara-

zada. Era como un milagro, si es que existieran. Pero bien sabemos que los milagros no existen, ¿no es cierto, don Manolo?». Dios decía: «Así es, García, así es».

Y García continuaba: «Le dijeron que tendría que hacer un tratamiento y cuidarse mucho pero ella no hizo caso y andaba de aquí para allá haciendo la comida como siempre y diciendo: "No te preocupes, que Dios sabe lo que hace". Decirle algo no se podía porque, con el carácter que tiene cuando se enoja, es mejor dejar que haga lo que quiera a arriesgarse a que le rompa la cabeza a uno. No fue esto lo único sorprendente, ¿a qué no sabe lo que pasó?». Dios movió la cabeza diciendo que no. «¡Parió a los cinco meses!».

Dios entrecerró los ojos.

«Nadie se lo explicaba y hasta las vecinas empezaron a decir que era milagro y como yo había andado en esas cuestiones de las curaciones venían a verme para que las sanara y querían hacerme milagroso de nuevo. ¡No, otra vez, no! Así que nos mudamos y le pedí a Azucena que mintiera sobre la fecha del nacimiento para que pudiéramos vivir tranquilos. Azucena me dijo que no le contaría a nadie del día verdadero del nacimiento pero que sin dudas yo tenía el don de los milagros y, durante años, me repitió que era imposible que ella, a los cincuenta y cinco años, siendo primeriza, hubiera tenido familia a los cinco meses y que la criatura pesara cuatro kilos y ciento cincuenta gramos al nacer. Eso era señal de mi don divino. ¡No, no quiero tener el don divino, quiero trabajar en el restaurante, cobrar las propinas y atender las mesas contento de la vida! Usted me enseñó, don Manolo, que un hombre debe hacer aquello que quiere y que si no puede hacerlo, debe soñarlo. Cuando trabajé como manosanta en su reemplazo yo soñaba con estar en el restaurante al lado de Azucena. Lo había conseguido y, como bien sabe con lo mucho que sabe de todas las cosas, cuando uno consigue

algo, no está dispuesto a perderlo y menos después de ser padre. ¡Y a mis años!»

Dios miró cómo García le ponía soda al vino y se lo tomaba aclarándose la garganta.

—¿Y el niño? —preguntó por fin—. ¿Dónde está?

—Niña. Fue una niña, don Manolo.

Dios no pudo evitar una sacudida de su cuerpo por la sorpresa.

—¿Una niña?

—Y de cuatro kilos ciento cincuenta gramos — dijo García, con orgullo.

—¿Pero está en la escuela ahora?

—¡Don Manolo, que la muchacha ya tiene veinticinco años!

Otra vez, Dios pensó: «Veinticinco años». Se acarició la frente. Trató de parecer tranquilo y preguntó, como si no viniera al caso:

—¿Se hizo monja?

—¿Manuelita? ¡No qué se va a hacer monja esa chica!

—¿Se llama Manuelita?

García sonrió.

—Es que nosotros lo estimamos mucho, don Manolo. Créame, realmente mucho.

García volvió a llorar y se secó los ojos con el mantel. Dios se sintió repentinamente emocionado. Mientras estaba emocionado, pensó: «Este hombre llora por todo» y se acordó de un cuento en que un búfalo lloraba porque se había sentado sobre unas ortigas. Estuvo a punto de contarlo pero, aunque no se le ocurrió que el momento podía no ser el adecuado, prefirió seguir interrogando.

—¿Qué hace Manuelita? ¿A qué se dedica? —preguntó.

—Adivine, don Manolo. ¿A qué no acierta? Y eso que usted sí que tiene dones. Adivine.

—¿Enfermera?

—No.

—¿Cura enfermos?

—No.

—¿Trabajadora social?

—No.

Dios perdió la paciencia, recordemos que nunca la tuvo.

—¡Bueno, García, déjese de embromar y dígame qué hace la chica!

—Es modelo.

—¿Modelo?

—Y sale en las tapas de las revistas —dijo García, muy contento.

La cara de Dios se iluminó como si se hubiera sacado de encima un enorme peso.

—¡García, qué alegría que me da! ¡Manuelita es modelo y seguro que es medio taradita!

—No, don Manolo, es una lumbrera. Hace las cuentas mucho mejor que yo.

De todos modos, Dios no se intranquilizó. Pensó: «Que haga las cuentas mejor que García no significa nada».

—¡Qué bien! Pero fíjese, ¡qué bien! ¿Quién lo diría? Manuelita, modelo...

Aquí termina esta parte en la que Dios se ha enterado a lo que Manuelita se dedica y la conoce por fotos en las cuales aparece muy poco vestida. La otra parte sucede del siguiente modo:

García va al baño y don Manolo entra a la cocina. Azucena está de espaldas y es posible darse cuenta de que ha estado llorando. Don Manolo le pone una mano sobre el hombro y Azucena apoya la mejilla en su mano. Con la mano libre, don Manolo aprovecha para agarrar un buñuelo de banana que Azucena ha preparado.

Mientras Él se come el buñuelo y agarra otro, Azucena se da vuelta y dice:

—Nunca le enseñé a rezar.

Don Manolo se la queda mirando; sonríe con una ancha sonrisa, toma dos buñuelos juntos y comienza a salir de la cocina. Entonces, Azucena le dice:

—Que las azucenas de mi jardín sean blancas.

Don Manolo, de espaldas, sin decir palabra, afirma con la cabeza, se come otro buñuelo y sale de la cocina. Lo que sigue pasa así:

Azucena le explica a García que don Manolo ha ido a visitar a una tía. García dice que no sabía que tenía una. Ve el pantalón de don Manolo colgado de una silla y exclama: «¡Mujer!, ¿pero lo has dejado salir en batón y chancletas?». Azucena suelta la risa y le dice que a don Manolo no le preocupa lo que está por fuera.

García asiente, se toca el omóplato y quiere saber a qué hora regresa.

Azucena lo mira con ternura y le pide que no se preocupe por eso, que dentro de poco pasarán mucho, mucho tiempo con Él.

En el Cielo, Dios, todavía en bata y pantuflas, saca del bolsillo un buñuelo y se lo come mientras va a visitar a la tía Enriqueta.

Confesión y muerte de Dios Nuestro Señor

San Francisco fue llamado de urgencia. Era la primera vez que lo invitaban a la mansión de Dios. La pequeña casa de Francisco estaba ubicada en los suburbios, más allá del cordón urbano del Cielo. El santo vivía entre los pobres, por completo alejado de fiestas y reuniones sociales. Para él, la zona residencial era absolutamente desconocida.

Aunque lo intentaba, no podía dejar de sentirse incómodo apoltronado en el asiento posterior de la limusina conducida por el santo Tomás de Aquino. A medida que el automóvil recorría con lentitud el estrecho sendero, Francisco veía las lujosas mansiones de los principales santos elevándose sobre las verdes colinas. El camino desembocaba en una elevación superior a las demás, sobre la cual, y en medio de árboles y canteros con flores exóticas, se alzaba, majestuosa y señorial, la casa de Dios.

Cuando el automóvil se detuvo, una minúscula comitiva, encabeza por San Juan, recibió a Francisco; este se sintió, aún, mucho más intimidado. Largos corredores se abrían en enormes salones alfombrados; en ellos brillaban los adornos de oro y plata iluminados por fantásticas lámparas de cristal y perlas. Asombrado Francisco por la cantidad exagerada de espejos de toda dimensión que cubrían las paredes, venció la timidez preguntando:

—¿Por qué tantos espejos?

San Juan, caminando apresurado, respondió:

—A Él le gusta verse todo el tiempo.

Las gigantescas puertas con descomunales picaportes de bronce dorado de los aposentos divinos se abrieron de par en par y ambos santos las cruzaron.

San Juan, como quien habitualmente entra y sale de un sitio, se acomodó junto a Pablo y murmuró con él. San Francisco per-

maneció expectante y turbado. No había esperado nada de todo esto.

—Pasá —le dijo Pablo, con el tono de un ministro.

San Francisco dio algunos pasos llegando hasta los pies de la cama. Las lágrimas mojaron sus ojos y el santo no logró contener un estremecimiento de pena.

—Aquí está Francisco —dijo Pedro a Dios.

Dios, con el rostro enflaquecido, los ojos tristes, las manos blancas y transparentes, apenas consiguió fuerzas para decir:

—Hacelo pasar.

—Está a tu lado, Señor —contestó Pedro.

Francisco, contrito y perplejo, contempló a Dios.

Pablo tocó la espalda de Francisco.

—Te dejamos con Él —dijo.

—¿Qué debo hacer?

San Pedro, acercándose, le tomó del brazo.

—Tomarle confesión.

Francisco titubeó.

—¿Yo?

—Él lo ha pedido.

—¿Por qué yo?

San miró a Pablo y a Juan y sonrió moviendo las cejas.

—¡Ay, Francisco!

Dijo, meneando la cabeza y marchando a unirse con los otros santos. Los tres salieron cerrando tras ellos las puertas del dormitorio.

Francisco tragó aire.

—¿Por qué yo, Señor?

Dios, con un hilo de voz, le respondió:

—¿Quién más podría ser? Estoy muriendo. Alguien debe oír mi confesión. Y, en todo el Cielo, no hay santo que lo sea de verdad. Ninguno ha hecho méritos suficientes para serlo. Lo

son por razones a las que podríamos llamar políticas. El único santo que tiene el Cielo sos vos, mi buen Francisco.

—Señor, yo soy un santo por tu voluntad pero no valgo más que cualquiera.

Dios lo miró mientras se dibujaba en su boca una tenue sonrisa. No pudo sino sentir un poco de melancolía.

—Basta de modestia —dijo repentinamente—. No hay tiempo para tonterías. Mi vida llega a su fin.

—No es posible.

Dios miró de reojo a Francisco y pareció recuperar su sentido del humor.

—¿Por qué no?

Francisco encorvó los hombros y enarcó las cejas. Con credulidad, dijo:

—Porque Usted es Eterno.

Dios acomodó la cabeza en la almohada.

—¿Vos también creíste que Yo era eterno?

San Francisco apretó los labios echando el cuerpo hacia atrás.

—Sí —dijo con desencanto.

Dios se rascó la barbilla.

—¿Comprendés, entonces, que es imprescindible que me confiese?

Francisco miró al suelo.

—Comienzo a entender —dijo.

—Sentate.

El santo inclinó la cabeza.

—Si no te molesta, Señor, prefiero permanecer hincado.

Dios soltó un suspiro viendo al santo arrodillado a un costado del lecho.

—De ser Pablo el confesor, hubiese venido acompañado por un equipo de producción.

—Es un buen santo, Señor.

Dios torció la boca.

—Mejor, a lo nuestro. Fue hace tanto... Yo estaba solo. Muy solo. Cuando nací no había más que el horrendo vacío. El Universo era Yo. Eso es soledad: abrir los ojos y no encontrar padre ni madre. Viví en un espantoso desierto de oscuridad; sin días ni noches, sin soles ni lunas. Oía mi respiración, olía mi cuerpo, y el resto era desolación. Estar solo, saber que nadie tapará tu cuerpo en las noches, sentir que jamás una voz te acercará una palabra de aliento, es peor que sentir a un águila devorándote el hígado. En el suplicio de esa infinita soledad, creo que me volví loco. Esto lo digo no para justificarme sino para que sepas mi estado de ánimo en los comienzos de la Creación. Ahora sé que únicamente la locura pudo provocar los actos aberrantes que inventé. Todo comenzó a una hora incierta en que advertí una novedosa y singular sensación. Mis intestinos se alborotaron. Por instinto, me senté y sucedió lo increíble; por primera vez hice caca.

»Como hacen los chicos juguetones, me puse a revolver la caquita. Hice pelotas y las tiré por aquí y por allá. Las pelotas giraban y flotaban en el espacio. Comencé a divertirme de verdad. De pronto, se me ocurrió agarrar un pedacito y ponerle manitos, ojitos, patitas. Luego, tomé otro pedacito y otro. Me salían más bien feos y deformes pero, con paciencia, mejoré y, como siempre he sido un Artista Colosal, llegué a la suprema perfección. ¡Qué de maravillas logré crear!

»La obra maestra fue la creación de un lugar sublime en el planeta Tierra. Le llamé Edén. ¡Ay, mal lo recuerdo! Decidí poblarlo. Con uno de los últimos trocitos de caca hice un muñequito de morondanga al que puse por nombre Adán. Lo vi tan desgarbado e inútil que me encariñé con él. Soplé para despertarlo y pude verlo andar extraviado durante horas. Me en-

contré fascinado por él. Adán era feliz porque nada conocía. Ignoraba el dolor, la envidia, el enojo, el miedo. Pero Yo dije: no puedo condenar a Adán a la misma soledad que a mí me condenaron. La lástima que sentí por él provocó el naufragio. Continué produciendo sucesos demenciales y, con el último pedacito de caca, fabriqué a Eva.

Dios se atragantó con la saliva. Francisco le sirvió agua de una jarra puesta sobre la mesa de luz. Dios la bebió humedeciendo los labios resecos.

—Adán y Eva eran dichosos —prosiguió—. Es decir: eran analfabetos e ignorantes. Como sabés, es esta clase de personas la única que puede aspirar a vivir tranquila de espíritu. Carecían de pasado y sin él no tenían ninguna cosa de la cual arrepentirse ni sufrimientos por lo que pudieran haber perdido. No les preocupaba el futuro porque desconocían lo que significaba el mañana. Al faltarles la inquietud por el porvenir, no existía en ellos la ansiedad o la angustia que la incertidumbre produce. Pero todo se quebró como una rama cuyas partes nunca más pueden ser unidas. Quizás, más delante en mi relato, logres entender por completo lo que ahora voy a contar. Debo decirte que, al hablar de mi creación del Edén, tal vez sin darme cuenta o, tal vez, adrede, obvié la Creación que precedió a aquella y que fue hecha de una sustancia por completo diferente. Uno de ellos, y no me refiero a Adán o Eva, sino a ellos, los que se habían refugiado en las profundidades de la Tierra, aprovechando mi ausencia, les habló y, al hablarles hizo lo más espantoso que pudo haber hecho: comenzó a enseñarles, a transmitirle su conocimiento. Como un maestro con sus alumnos, fue entregándoles, gota por gota, no sólo el conocimiento sino el deseo de conocer. No sé cómo pero puso en sus almas puras lo que más corrompió a los hombres: la curiosidad. De allí en adelante, nada le dejaría satisfechos por com-

pleto. Sentirían dentro suyo la imperiosidad necesidad de ir a la distancia más remota para ver qué encontraban en el lejano sitio; buscarían en el fondo de los ríos; en las montañas más altas; en las estrellas y hasta en la piedra más insignificante. No podrían detenerse en su búsqueda de conocerlo todo y de dominarlo todo. Que por qué hacía tanto calor de día y frío por la noche; que por qué se caían las ramitas de los árboles y, al pisarlas, se pinchaban los pies; que por qué tenés eso y yo no lo tengo; que para qué servirá, que ponelo así, que ponelo asá y que ahí está bien y que si te movés es mejor que cuando te quedás quieto. ¡Ay, descubrían el placer! ¡Pobres inocentes! No sólo correrían desesperadamente atrás del conocimiento sino que, y aún más trágico, irían por la vida como perros famélicos buscando el placer. Sin saber que si el placer existe es porque en el otro extremo se encuentra el dolor. Ya lo encontrarían y acabarían por saber que el placer y el dolor están apenas separados por un instante de la eternidad, por un hilo tan delgado que es imposible de ver en la infinita tela del Universo. Ahí estaba los dos, desnudos, ardidos en su sangre, sudorosos en la faena carnal, descubriendo el más grande los secretos, aquél que Yo mismo descubrí a través de ellos. Yo había puesto en sus almas mi espíritu y en mi espíritu estaba la capacidad de creación. Eso hacían, los dos unidos, jadeantes, desesperados de goce por estar vibrando desde lo más hondo de sus cuerpos y de sus almas, pugnando por extraer lo que tenían dentro suyo y convertirlo en su propia creación. Lo lograron y no del primer intento pero realizaron tantos que al fin nació Lilith.

—¿Lilith?

—Lilith. La primera hija mujer de Adán y Eva. Tuvimos que ocultar la negra historia que ocurrió a raíz de ella. Las causas fueron poderosas, como las conocerás enseguida. Lilith creció sana, fuerte de formas, deseosa de realizar los mismos actos

que veía en sus padres ya que ellos no se ocultaban. Claro que no puede culpárseles por no hacerlo pues no tenían pudor. No podían tenerlo ya que el pudor es resultado de la moral. Ésta no se había establecido todavía porque no había motivos. ¿Qué reglas van a imponerse para tres personas? Fijate, hasta Yo mismo comprendí esto mucho más tarde. Te diré por qué comencé a entenderlo. Lilith, como te decía, experimentaba el deseo de tener lo mismo que Eva, de disfrutar como ella lo hacía. No demoró en seducir a Adán y tener relaciones sexuales con él.

—¡Oh!

—No te escandalices que recién inicio el relato. Y no juzgues en forma apresurada que, en aquel momento, a mí me pasó lo mismo.

—Mis disculpas, Señor.

—Al enterarme del incesto, bajé de prisa a castigarlos. «Incestuosos», les dije en sus propias caras, «degenerados». Lilith mordió una hojita de la higuera. Me dijo: «¿Qué tiene de malo?». No podía creer lo que oía. Entonces se dio este diálogo:

—¡Cállate, atrevida! ¡No puedes hacerlo con los de tu propia sangre! —dije, preso de la ira (Yo me enojaba rápido, querido Francisco).

—¡No me callo nada! —dijo, chirriando los dientes y bosquejando la fisonomía de la actual mujer histérica.

—¿Cómo te atreves, pervertida? —grité, dispuesto ya a destrozarla y hacerla desaparecer de la faz de la Tierra.

Ella se tiró el pelo sobre el hombro, se acomodó una teta y dijo:

¿Acaso no se acuestan Adán y Eva?

Me sacó de quicio y grité:

¡Ellos son marido y mujer!

—¿No son ambos hijos tuyos? —preguntó, la cínica.

—¡Claro que sí! —se me reventaba la yugular.

—Por lo tanto, son hermanos.

—¡Todos saben eso! —exclamé (Yo era atolondrado. La verdad es que recién comenzaba a ejercer mi profesión).

—Si son hermanos, tienen la misma sangre. Y teniendo la misma sangre, ¿por qué le permites que se conecten entre ellos? —dijo, poniendo las tetas duras.

»Me quedé callado. Me corrió un sudor frío. Te juro, Francisco, no lo había pensando. Si Adán y Eva eran mis hijos, eran hermanos; si eran hermanos y tenían relaciones sexuales, eran incestuosos. ¿Cómo castigar sólo a Lilith si todos eran culpables de idéntico pecado? Para meditar en la cuestión, los expulsé del Edén. Pero aquellos que me amaban sufrían horrores en tierra extraña: pasaban hambre, no sabían cocinar; tenían frío y no sabían cómo hacer una frazada; a cada rato se pinchaban los pies y no se daban maña ni para inventar el zapato. No pude verlos en semejante martirio y los hice retornar.

»Al tiempo, nacieron Caín y Abel. Con ellos, la corrupción de las sanas costumbres llegó al límite. Ahora, creaban la violencia. En tanto la degenerada de Lilith se entretenía con Adán disfrutando con total libertad de esos placeres de la carne que estaban resultando tan del agrado de los seres humanos, sus hermanos, Caín y Abel, hacían otro tanto con su madre. ¡Animales! (No te olvides que Yo en asuntos como esos era tan ignorante como el que más. Realmente, en esos años, me hubiera venido bien tenerlo a don Sigmund Freud. Él sí que supo acomplejar a medio mundo, después de él ya nadie tuvo sexo sin culpa). Me propuse la tarea de fabricar hombres y mujeres con celeridad, hombres y mujeres nuevos, que tuvieran el alma sana. Estaba tan enojado con ellos que había decidido acabarlos, hacerlos desaparecer pero no de forma inmediata sino poco a poco, para que les doliera y recibieran el castigo más tremendo por la conducta espantosa que llevaban a cabo.

Fue demasiado tarde, el bestia de Caín, celoso porque Eva beneficiaba en el sexo a Abel, le pegó un garrotazo al pobre hermano y le partió la cabeza en cuatro. Para colmo, no estoy muy seguro si el pedazo de bestia no se lo comió. Nunca pude encontrar el cadáver. Enterrarlo, no creo porque no tenía pala. ¿Dónde los puso? No hay otra explicación: se lo comió.

»¿Te imaginás, Francisco, cómo era posible que le rajara la cabeza al hermano y encima se lo comiera? Estuve con él a solas (lo que no costó demasiado trabajo porque mucha gente no había) y, entonces, me dijo: «No soy culpable más que de hacer aquello que pusiste en el alma de mis padres y ellos me legaron por la sangre». Me pregunté: "¿De dónde ha sacado estos argumentos, ¿es posible que tenga inteligencia?". Mis sentimientos podían resumirse en un extraordinario deseo de exterminarlo, de hacer que de él no quedara ni el más mínimo recuerdo. De pronto, al experimentar en mí esos sentimientos, entendí que aquello que Yo había creado estaba embebido de mi Espíritu. Caín no tenía en su alma sino gotas de la mía. Repetía en su mundo lo que Yo en el Universo entero. Quizás fue otra equivocación y lo perdoné contentándome con alejarlo para siempre de sus padres, con lo cual no sé si no le hice un favor. Se fue con la hermana, con Lilith, y de semejantes seres, como podés suponer, nacieron los hijos que empezaron a poblar el mundo y cuyos descendientes todavía andan por ahí. En cada hombre y en cada mujer, entrelazados en el interior de sus almas, encontrarás la violencia de Caín y el deseo sexual de Lilith.

»Todos los días debía enfrentarme a un nuevo problema, ¿qué podía hacer?. Nunca me había encontrado con cuestiones semejantes, ¿cuál era el modo de resolverlas? Me enojaba, prometía castigos a los culpables y terminaba dejando impunes a los inmorales y asesinos. Y este error que cometí en

aquellos comienzos lo imitaron ellos y en tu tiempo, en el que te precedió y en los siguientes, la inmoralidad y el crimen siempre quedaron impunes. Excepto en algunas ocasiones en las que quienes debían ser juzgados eran pobres, negros o judíos.

Dios tomó agua nuevamente.

—Tengo que ser sincero, aunque me cueste serlo: a mí me entretuvo mirar esa pornografía y esos crímenes. Era mucho más divertido que mirarme las uñas de los pies. También de mi aprendieron a ser espectadores. Verás que ellos tienen mis mismos gustos.

Francisco aspiró largamente el aire refrigerado del cuarto.

—Era tu Obra, Señor. Tampoco puede decirse que ellos fueran tan malos. Sólo se limitaban a vivir equivocados. Además, les enviaste a tu Hijo para salvarlos.

—¡Pura desesperación! No sabía qué camino emprender. Me dije: ¿No será que Yo, en mi carácter de Ser Superior, no consigo rebajarme lo suficiente para interpretar sus simples almas de mortales? ¿Qué tal si les mandara un ángel? (como sabés, los ángeles son estériles; y de allí que enviara a uno para que no hubiera dudas sobre quién era realmente el Padre); este ángel tenía amplios conocimientos de curanderismo y, sin mayor dificultad, realizó la inseminación artificial. José saltó como un orate. ¡Quería hacerla apedrear a la pobrecita de María!

—¡Soy un cornudo! —gritaba rasgándose las vestiduras.

El ángel, que oficiaba de intermediario, le dijo:

—José, ese Hijo es Hijo del Hombre.

—¡Por supuesto! Seguro que ha sido ese pastor de cabras que viene a pedir agua.

—No, José. No es hijo de hombre sino Hijo de Hombre. Es Hijo de Dios.

—Jehová no existe. Es un invento de Moisés.

Dijo, el burro.

—Sí, existe —respondió el ángel.

Para probarlo, realizó algunas pruebas de prestidigitación, banalidades que sirven para conmover a las mentes infantiles como la de José. De todos modos, la verdadera causa por la cual José se dejó convencer fue la propuesta del ángel:

—Para ti habrá un latifundio en el Cielo.

José se acarició las barbas. Como buen judío, vio rápidamente el negocio.

—¿Tierras altas o bajas? —preguntó.

—Las mejores.

—¿Libres de impuestos?

—Claro que sí.

—¿Con cabras y ovejas?

—Por supuesto.

José corrió al establo.

—¿Dónde está ese chiquito, criaturita bendita de Dios?

»Dijo, el mercader. ¿Te das cuenta, Francisco, qué especie había hecho Yo? Más tarde, Jesús maduró y se largó a curar un leproso, a un paralítico, con un pan alimento una muchedumbre, resucito un muertito. Esas zonceras que tanto efecto producen y que sirven como promoción. Pero este loco Hijo mío, cabeza fresca, sufre un ataque de socialismo prematuro y les dice: «Antes pasará un camello por el ojo de una aguja que un rico entre al Reino de los Cielos». Ahí nomás lo crucificaron por subversivo, es decir, por atentar contra el orden establecido por los ricos. Luego, para que continuaran sus enseñanzas de amor tuve que poner a miles de publicistas con sotanas y les permití quemar libros, quemar personas. Una crueldad espantosa, Francisco. Y vos mismo la pudiste presenciar en tu época de mortal. Se les fue la mano. Yo dije que hicieran respetar las ideas cristianas pero estos obispos y cardenales eran unos desalmados fanáticos. Decían: «Cumplimos órdenes». Así

se disculpaban y tiraban a la hoguera a todo aquél que osara contradecirlos. ¿Y quién de todos estos sacerdotes amaba a Cristo? ¿Quién podía llamarse su discípulo? ¿No les había dicho el viejo Moisés: «No matarás». ¿Qué fe pretendían? Yo los dejé hacer. Yo conocía su maldad pero, en el fondo, me gustaba que impusieran mis ideas de un extremo al otro del mundo y, en aquellos tiempos, opinaba que los medios no importaban para alcanzar un fin noble. ¿Pero es que hay un fin noble? ¿Qué son los medios que se emplean para alcanzar el supuesto fin sino la vida misma, la forma en que se vive? Es esta forma de vida lo que debe ser noble. El fin no existe. Lo que se cree es el fin no es más que el medio para lograr otro fin y de este a otro. Pero todo esto lo supe con el largo correr de los años y me fui ablandando. Dentro de mí siempre tuve remordimientos. Ellos podían ignorarlo pero Yo sí sabía que todo estaba saliendo mal. Muchas noches, en la cama, dispuesto a dormir, no logré conciliar el sueño. Los remordimientos son pulgas feroces, querido Francisco. Yo di libertad a los hombres pero no les enseñé a utilizarla. ¿Y de qué sirve la libertad si no se sabe emplearla? ¿Además, quién es libre cuando tiene el alma impura?

—Tuviste la bondad de permitirme elegir. Ellos nunca lo han entendido —dijo Francisco mientras Dios hacía una pausa—. Ninguno de ellos valora la importancia de poder decidir por sí mismos. No entienden que el poder decidir es la libertad.

—Ellos nunca entendieron nada.

—No te agites, Señor.

—Dame agua.

Francisco volvió a servirle. Dios bebió y se recostó nuevamente; se lo veía mucho más debilitado.

—Creo que es suficiente, Señor. No es necesario que digas más. Con lo que has dicho, te sentirás aliviado.

—No, Francisco. Todo eso no ha sido más que una parte. Hasta me atrevo a decir que la menos importante.

—¿Es que hay algo más que debas confesar?

—Sí. Una gran injusticia. Fue hace tanto, tantos siglos han pasado que he perdido la memoria de la mayor parte de esos sucesos horrorosos y que habrían de signar para siempre los destinos del Cielo y de la Tierra.

Francisco calló, aguardando.

—Éramos los mejores amigos. Todo lo hacíamos unidos. Él era brillante, lograba ganarme al ajedrez y al póquer pero sólo dos o tres veces. Él era elegante, esbelto, de mirada honda y sagaz. Espectacular orador y polemista; y con ese particular encanto que únicamente poseen ciertos seres privilegiados que hace que todo el mundo les rodee como si fuera un enjambre de abejas en torno de la miel. Él parecía un imán atrayendo insignificantes alfileres. Le amaban. Le escuchaban seducidos por su voz. ¡Cuánto le quise y le admiré! Pero, ¿en qué momento el amor se transforma en odio? Yo he sido un apasionado sin puntos intermedios. Únicamente la vejez consiguió apaciguar mi furia. Yo era todo o nada. Él, en cambio, tenía a su lado a la mejor consejera: la Paciencia. Por ese entonces, Satanás...

El santo, como era costumbre en el Cielo cada vez que se pronunciaba el nombre maldito, hizo la señal de la cruz.

—¿Lo ves?

—¿Qué debo ver, Señor?

—La verdad es lo más difícil de ver. La verdad siempre está tan cerca que podrían rozarla con la punta de la nariz. ¿Pero quién quiere verla? La verdad es la única cosa que a nadie le conviene averiguar. A Satanás, y no te santigües, todos le han creído realmente malo.

—¿No lo es?

—No, Francisco. Nunca fue demasiado malo.

Dios respiró profundamente, pareció hurgar en el recuerdo.

—Satanás, como más tarde lo llamaron a partir de mi prohibición de mencionarle por su verdadero nombre, trató de hacerme ver que Yo estaba cometiendo serias equivocaciones. ¿Cómo tolerarle? ¿Cómo permitir que alguien se entrometiera en mis decisiones? Hubiera sido la admisión de no ser Yo infalible. No podía ser. Los pequeños dioses, mis virreyes, a quienes Yo encomendaba tareas menores y que, más tarde, fueron adorados en distintas regiones de la Tierra, se reunieron alrededor de Satanás y constituyeron una Asamblea. Allí estaban Moloc, uno de los preferidos de Salomón; el bello y discursivo Belial; Astarté y Camos; Tanmuz y Rinnon y, naturalmente, el muy hábil Belcebú. Entre todos eligieron a Satanás para presidir la Asamblea. Ellos pretendían establecer una monarquía constitucional. ¡Esto era ridículo! ¿Quién más sabio y perfecto que Yo? ¿Quién podía superar la perfección de mis actos? Los amenacé, los insulté; los perseguí. No cedieron. Entonces, asegurándome la lealtad del ejército comandado por el arcángel Miguel, les inicié la guerra. Un tercio del Cielo siguió a Satanás. Ellos trataban de hacer la paz. Me decían que era una locura pelear entre nosotros. Convencido de mi mayor poderío, no entendí razones. Me cegaba la ira. Sin embargo, las batallas, lejos de ser breves y darme un rápido éxito, se extendieron más allá de todas las previsiones. Nunca fui bueno en ese asunto de los oráculos. Ahora, puedo decir que la suerte pudo ser muy distinta de no contar mi ejército con el arma secreta: el rayo láser. Gracias a él pude destruir las organizadas y aguerridas huestes de los demonios y expulsarlos del Cielo. Fue una batalla espantosa. Se sabían perdidos y continuaban luchando con una valentía que no pude imaginar existiera en ser alguno. Acabaron yéndose en retirada a la Tierra, hasta donde Miguel los persiguió con bombas de antimateria obligándolos a refugiarse en las profundidades tenebrosas.

Francisco arrugó el entrecejo.

—Señor, lo que me cuentas es abominable.

—No sabés, Francisco, lo que han sufrido esos diablos en semejante situación. Imaginate: vivir en el Cielo, rodeados de bienestar, gozo y paz, y caer en el fondo de un mísero planeta para convivir con los nauseabundos olores, la horrenda oscuridad, la sensación de experimentar el vacío de la nada. Pero Satanás era una roca, un océano de fe. Un jefe que no claudicaba ante nada con tal de llevar adelante a aquellos que habían perdido la Gloria por seguirle. ¿De dónde sacaba el valor para superar el mayor fracaso, la más grande penuria, que ser alguno hubiese vivido?

—Es verdad, nadie en el universo ha tenido mayor desgracia que él. Perdió la Luz para caer en las sombras.

—Te aseguro, Francisco, parecía como si una fuerza inigualable le impulsaba a continuar sin menguar su esfuerzo, siquiera, por un instante. Superó la depresión, la caída, la pérdida de sus privilegios de primer arcángel, de ser el mejor del Cielo, después de mí. La adversidad le oprimía como una coraza de hierro candente. Toleró el dolor. Derrotó los obstáculos. Organizó sus ciudades; construyó edificios, avenidas, puentes, salas de espectáculos, museos, oficinas. Contó con el invalorable talento del arquitecto Mulcifer, quien fuera adorado en Grecia, y que, antes de rebelarse junto a Satanás, diseñó gran parte del Cielo. En fin, Francisco, el Infierno, antes tiniebla y mal olor, el rincón más despreciable del Universo entero, quedó convertido en una hermosa comarca, armónica y acogedora. Nadie quería venir al Cielo. Me dejaban la resaca. El Cielo se llenaba con los ricos inmorales que compraban su salvación en la iglesia; los criminales arrepentidos de boca hacia fuera, los tontos y los mequetrefes, esos eran mis mejores clientes.

Dios hizo una pausa para recuperar el aire y continuó:

—¿Qué podía hacer? Siempre fui muy imaginativo y se me ocurrió inventar la leyenda que todos conocen. Dije que en el Infierno la gente era quemada, trinchada, triturada; que el Diablo tenía cuernos y cola y era todo colorado. Era tan increíble que cualquiera podía creerlo. Todo el mundo cree las mentiras. A nadie le interesa la verdad.

—Yo lo creí —dijo Francisco con resignación.

—Lo siento. Fue una cuestión política.

Dios pestañó como si tuviera sueño.

—Y bueno, Francisco, tu caso no es el de todos porque no es lo mismo ser inocente que estúpido.

—Quisiera preguntarte.

—Decime.

—Si Usted muere, ¿adónde irá después de muerto?

Dios abrió muy grandes los ojos. Calló meditabundo mientras dibujaba una sonrisa en sus labios violáceos.

—No sé —dijo, con cierta pesadumbre.

Francisco se puso de pie. Comenzó a rezar en voz baja. El ruido de la puerta abriéndose a sus espaldas le hizo interrumpirse. Por un instante, creyó ser parte de un sueño. La habitación se llenó de un extraño aroma de rosas y la luz produjo un efecto indescriptible. Francisco quedó extasiado contemplando la silueta que se recortaba en el vano de la puerta.

Dios, movido por una fuerza única en el Universo, alzó la cabeza. Francisco alcanzó a ver el rostro conmovido de Dios y, de pronto, como si un relámpago iluminará el interior de su cabeza, entendió la escena. Quedó boquiabierto y petrificado. La silueta avanzó y, sin que sus manos la tocaran, la puerta se cerró detrás de ella.

—¡Dios mío! —exclamó el santo.

La silueta, acercándose, con serenidad, dijo:

—No sientas ningún temor, dulce Francisco.

Francisco no pudo sostenerle la mirada.

Dios movió una de sus pálidas manos.

—Viniste... –dijo Dios.

Satanás extendió su mano y tomó la mano fría, huesuda y cerosa de Dios.

—Me llamaste. Aquí estoy —dijo Satanás, con los ojos llorosos y la voz artificialmente firme.

Dios apretó con fuerza la mano del Demonio.

—¿Me perdonaste ya? —preguntó Dios.

Satanás se sorprendió.

—¿Perdonarte? ¿Qué tendría que perdonarte? Es tu perdón el que vine a buscar. Fui yo el que falló en nuestra amistad. En definitiva, simplemente estabas equivocado. Y, cuando un amigo se equivoca es cuando más nos necesita para que le acompañemos a enmendar sus errores.

Dios tosió como si se atragantara con migas de pan.

—Yo te acosé, te difamé. No tuve piedad. Te condené a vivir en los más oscuros agujeros del Universo.

Satanás sonrió.

—Tan mal no me ha ido.

Dijo, con soberbia.

—Lo sé —contestó Dios—. Tu buena fortuna me llenó de rabia. Lo lamento, nunca conseguí controlar mis sentimientos.

—Siempre fuiste un impulsivo.

—Si lo sabrás.

Satanás golpeó la mano de Dios con toques suaves.

—Lo hecho, hecho está.

Se miraron como si estuvieran recordando y, por unos segundos, guardaron silencio. Dios lo rompió diciendo:

—Estoy feliz porque estás aquí y porque aceptaste mi propuesta.

—¿Qué propuesta? —preguntó el Diablo poniéndose serio.

—La de hacerte cargo del Reino.

Satanás soltó la mano de Dios con un movimiento impetuoso.

—¿Qué Reino?

—Este, lógicamente, el Reino de los Cielos. Te hice llegar mi propuesta.

—Creí que era una broma.

—Pues no. Es en verdad una propuesta. Te considero el mejor para el puesto.

Francisco estaba a punto de desmayarse.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Sos el adecuado. Conocés todos los secretos. Sos mi reemplazante ideal. Por otra parte, es lo que soñaste toda la vida. Ha sido tu lucha. ¿O acaso no soñabas con ocupar mi lugar y hacer las reformas que querías?

—¡En mi juventud!

Satanás levantó los brazos como si hubiera arrojado un montón de ropa sucia.

Dios, cobrando fuerzas, trató de sentarse.

—¿Qué estás diciendo?

—No te esfuerces, Señor —intervino Francisco.

—¡No, no! ¿Qué dice éste?

—¿Cómo qué digo? —replicó el Diablo—. Digo lo que dije y lo dije porque sé lo que digo. ¡Y basta de tonterías!

—¿Estás loco?

—¡Antes lo estuve!

—Te dejo una herencia única, la más grandiosa y fabulosa que ser alguno pueda imaginar: ¡el Cielo! ¡No creo que exista alguien tan necio como para ser capaz de despreciarlo!

—Yo no lo quiero.

—¡Necio! —gritó finalmente.

—Yo vivo muy tranquilo. ¿No pensarás que voy a dejar la majestuosidad del Infierno? ¿Es que podés creer que voy a abando-

nar la vida moderna y divertida para venir a cantar salmos, pasear por los jardines con un misal, y verles las caras a tus santurrones y ángeles aburridos, reprimidos y represores?

—¡Loco, loco, loco! —Dios daba alaridos y tosía arqueando el cuerpo.

—¡Loco estaría si acepto! ¡Dejame de problemas! Todo el tiempo se la pasan llamando para que le soluciones sus asuntos. Compran una rifa y dicen: «Dios mío, ayúdame a ganar»; se resfrían; «Dios mío, ayúdame a sanar»; se mudan de casa: «Dios mío, ayúdame a adaptarme al nuevo barrio». Después, hacen lo que quieren. Cuando todo les va muy mal, enseguida dicen: «Dios no existe. Si existiera no pasaría todo esto». Como si no lo hubieran hecho ellos y vos no estuvieras corriendo de un lado para el otro tratando de arreglar lo que han desarreglado. Todos te piden todo, ¿alguna vez alguno de ellos, en el fin de sus rezos, dijo: «Dios mío, te deseo que seas feliz?» No, ni loco acepto. No tengo edad para meterme en complicaciones.

—¡Esquivás la responsabilidad! Ahora me acuerdo: eras un irresponsable! Sí, ahora que se descorren las brumas de la memoria, bien recuerdo cuando te mandé a sembrar los lirios y a las tierras las convertiste en viñedos para fabricar los vinos que usabas en tus orgías.

—Pequeñas reuniones sociales entre amistades que entablan una charla amena y mojan sus secas gargantas con alguna bebida que facilita la fluidez de las oraciones y permite expresar al intelecto.

—¡Orgías! ¡Corrían desnudos por los jardines sin importarles que las vírgenes se cubrieran los ojos para no ver los desenfrenos de la lujuria! —gritó Dios.

—Sano esparcimiento y, quizás, alguno que anduviera con la necesidad de higienizarse en el lago haya sido visto corriendo hacia él desprovisto de ropas, como es razonable ya que no

puede pensarse se arrojara a las aguas vestido. Todo ser sano, se baña desnudo.

—¿Y los lirios? ¿Qué hiciste con los lirios? ¿Acaso miento al decir que había uvas por todo el sembradío y manzanas para la sidra? ¿No transformaste la Magna Capilla en una bodega?

—¿Para qué lirios? ¿Para tus coronas y floreros? ¡Bah! Vivías rodeado de flores y espejos. Yo era práctico. Los lirios no sirven como alimento. En cambio, las uvas y las manzanas no sólo son la tan necesaria comida también son útiles para aquellos néctares que tonifican el alma. No es rezando como se fortalece el alma. Por el contrario, la debilita. Los que rezan lo hacen porque sienten cobardía frente a la vida. No se atreven a enfrentarla por sí mismos y piden auxilio. Cuando estabas en el apogeo de tu poder, no escatimabas ningún medio para darle miedo a todos los seres. ¿Te querían o te temían? Cuando te reblandeciste comenzaron a faltarte el respeto y, ahora, hasta hay quienes hacen bromas con vos. Yo, por el contrario, pregono la valentía. ¡Vivan!, digo. Vivan y no teman. Todo lo que me reprochás no es más que vivir y, en la vida, un poco de diversión anima los espíritus para que puedan enfrentar mejor dispuestos los hechos trascendentes.

—¡Palabras huecas! ¡Qué vivir! ¡Eran bacanales! ¡Manga de borrachos libidinosos!

—Apenas mojábamos nuestros labios amándonos los unos a los otros, inclusive, amando a nuestro prójimo más que a nosotros mismos.

—¡Mentiroso! ¡Te estás copiando! En esa época hasta intentaste cambiar las arpas por ese instrumento que empezaste a inventar y que terminaste de fabricar en la Tierra.

—¿Qué tiene de malo una guitarra? —dijo Satanás.

—¿Te creés que no me di cuenta la paciencia que tuviste? Esperaste hasta que inventaran la electricidad, que no estoy

muy seguro si no tuviste algo que ver con eso, para poderla hacer eléctrica y tocar esa música asquerosa que tocabas acá con esas arpas desafinadas, gritando las letras de las inmundas canciones que componías. Allá le metiste en la cabeza a no sé cuántos esa música de rock. Te burlabas de mi Hijo y del buenazo de Pedro poniéndole «rock». Como Jesús dijo: «Tú, Pedro, serás la *roca* sobre la que levantaré mi iglesia», vos le pusiste «rock» para hacer ver que esos melenudos opiómanos eran tus «Pedros».

—Es increíble lo retorcido que sos. Ahora me explico por qué, en todas las iglesias, andaban diciendo que el rock era la música del Diablo, música satánica y qué sé yo cuantos disparates. Dos cosas voy a decirte: la primera, no me rebajes a solamente haber creado el rock, he creado toda la música, incluso la que se tocaba en el Cielo antes de irme. En la Tierra he introducido desde el vals, la ópera, el tango, en fin, todo lo conocido. Reconozco que el rock me gusta más pero también inventé la mazurca. La segunda, no son opiómanos porque eso se consumía en otro siglo, las drogas que se emplean son otras y debieras estar mejor informado, aunque es clásico en vos estar atrasado cien años. Cuando hace doscientos años que se usan las bombachas, les mandás a decir a tus serviles curas que las acepten.

—¡No decís una sola palabra que sea verdad! En principio, no sólo estoy perfectamente actualizado sino que me anticipo mil años a todo porque veo el futuro.

—Si me hicieran cosquillas no me sentiría tan tentado a reírme a carcajadas —dijo Satanás.

—¡Y lo del rock es cierto! ¡Sos un mentiroso!

—Nunca miento... si no hace falta.

—¡Lascivo!

—Calma, señores —intercedió Francisco.

Dios tenía la cara roja de ira.

Satanás respiraba con potencia y el pecho le subía y le bajaba como si hubiera corrido subiendo diez pisos por la escalera.

—Me callo la boca por respeto al muerto —dijo Satanás.

—¿Qué muerto? —dijo Dios—. Acá no hay ningún muerto.

—Pronto lo habrá.

—No pienso darte el gusto.

—Estás acabado. Desde acá se te ve el dorso.

El Diablo hizo un ademán despectivo.

—No te creas. Si lo deseara me pondría de pie y saldría caminando por la puerta igual que lo haría un joven lobo.

—Un viejo loro, dirás. Conozco el secreto. ¿Lo olvidaste? Jamás fuiste capaz de tomar una decisión sobre este tema. La vida y la muerte están fuera de tu jurisdicción. Te impresionaba andar matando. En este caso, como en otros, deberías haberlo meditado más así te habrías evitado el embromarte solo.

Dios se recostó, agobiado.

—Ya lo sé. También pensé en eso cuando me di cuenta que las fuerzas comenzaban a fallarme. No sé cómo sucedió pero aquí estoy. Es extraño pero es como si todo hubiera ocurrido tan rápidamente que no me hubiera dado cuenta de lo que estaba viviendo. ¿Cómo fue que aquél que fui se convirtió en este que en la cama espera la muerte? —dijo, con el porte de los desilusionados.

Satanás soltó el aliento. Lo miró con pena.

—Lamento lo que dije. Son palabras. Lo siento.

—Está bien —dijo Dios—. También yo digo sólo palabras. Antes creí que tenían sentido. Ahora, no sé.

—A mí me llegará un día. Muy lejano, es cierto, pero llegará, quizás, porque en esto nunca se sabe. Por ahí soy eterno, por ahí no... En fin, la vida es como una nube que miramos un instante. Al volver a mirar, ya no está.

—No somos nada —agregó Dios.

Hicieron silencio. Francisco los miró y no estaba seguro si era la realidad o una pesadilla. Se dio cuenta que, durante todo ese tiempo, no había movido un músculo ni había separado los dedos entrelazados de sus dos manos.

—Debes aceptar —pidió Dios.

Satanás sopló inflando los cachetes.

—¡Qué cargoso!

—¿Qué será de todo esto? Tanto esfuerzo, ¿para qué?

—¿Y tus siervos?

—Te llevaste a los mejores. ¿A quién puedo dejar semejante Reino?

Satanás se rascó el mentón y pareció reflexionar.

—¿Y Jesús? —dijo, con el énfasis de haber hecho un hallazgo.

—No quiere. Dice que todos somos iguales, que si a todos les damos una misma posibilidad de educación, salud y vivienda, nadie tendría que gobernar sobre los otros. Dice que toda forma de gobierno es una forma de perpetuar los privilegios.

—Cierto, cuántos problemas te trajo ese muchacho —Satanás se mordió el labio, pensativo, Demasiado correcto ese chico Jesús. Estuve varias veces con él. Le decía que se dejara de embromar pero no me hacía caso. «Tenés que hacer las cosas de otra manera», le dije. «No se puede ser frontal con esta gente. ¿No ves que tienen los oídos tapados con cera y no escuchan sino sus propias voces? ¿Sabés qué dicen esas voces? Dinero y poder. Estás loco, Jesús, si creés que van a perdonarte que ataques el dinero y el poder. Y no te metas con los sacerdotes. Dejalos en paz. No trates de cambiar la religión. Una u otra es lo mismo. Todo lo que conseguirás es que los sacerdotes cambien de libro y, luego, seguirán siendo hipócritas engañando a la gente para mantener su poder», le repetí hasta el cansancio. No hubo forma de convencerlo. La noche en que lo apresaron, me reuní con él poco antes y le dije que debía escapar, que corría

peligro de muerte. ¿Sabés que me contestó? «Para este día nací.» Un tipo único. Lo mejor que ha dado la estirpe humana. Y mirá lo que le hicieron.

—Estoy muy orgulloso de él. Es un gran muchacho pero demasiado idealista. Y ni en el Cielo hay lugar para los idealistas.

—Una personalidad admirable aunque le falta sentido práctico. No tiene tu temple, tu audacia, tu capacidad de decidir sin importarte si acertás o errás, si beneficiás o perjudicás. Reconozco que no es el apropiado. Es demasiado honesto, sincero, bondadoso, sacrificado, leal. Nadie con esas características puede gobernar.

—¿Quién lo hará si vos te negás?

—Dejá de insistir.

Dios lo miró profundamente. Sintió como si algo comenzara a huir del interior de su ser. Con el único atisbo de humildad de toda su larga existencia, dijo:

—Te lo pido por favor, Luzbel.

El Diablo detuvo la mano que movía en un ademán despectivo y la dejó rígida en el aire.

—¿Aceptarás, Luzbel? —insistió Dios y de verdad que había humildad en el sonido de sus palabras.

Satanás movió lentamente la mano que había dejada colgada en el aire y la unió con su otra mano, entrecruzó los dedos y los apretó con fuerza.

—Me llamaste por mi nombre verdadero. Después de... tanto.

La voz de Satanás sonó entrecortada, como si la emoción le cerrara la garganta.

—Señor, nunca sabrás cuánto me costó acostumbrarme a aquello. Perder el Cielo fue... una calamidad —la voz de Satanás desfalleció.

Dios movió lentamente la cabeza.

—Perdóname, Señor.

Dijo el Diablo y se puso de rodillas.

Con la boca seca y los ojos cansados, Dios intentó sentarse sin lograrlo. Sentía que las fuerzas lo abandonaban pero siempre había sido astuto y, casi instintivamente, supo que no podía desaprovechar ese momento ya que nunca más volvería a tener otro semejante.

—Te perdono, Luzbel. Pero quiero descansar en paz. Todo lo que deseo es que aquello por lo que di mi existencia plena no sea dilapidado. Solo vos, en todo el Universo, puede hacerse cargo del Cielo. Y no hay nadie en el Universo que lo merezca tanto como vos. Bien sabés que es esta la última vez en la que voy a preguntarte: Luzbel, ¿aceptas el Reino de los Cielos?

Satanás se puso de pie. Dio varios pasos alejándose del lecho. Daba la impresión de estar mareado, como si todas las angustias, vacilaciones y remordimientos de su existencia completa se hubiesen entrecruzado en un sólo instante confundiendo la lucidez de su mente.

Francisco lo aferró por el codo.

—Estoy bien —dijo el Diablo—. Gracias, Francisco.

Dios lo miró inclinando ligeramente la cabeza sobre la almohada. Lo miró ahí, de pie, haciendo un esfuerzo colosal para no sucumbir a la emoción, extrayendo hasta la última gota de fuerza de sí mismo para mantenerse majestuoso. Apenas por un segundo, le recordó siendo joven, le pareció escuchar su risa y ver el brillo de alegría que sus ojos tenían entonces; volvió a verlo como era ahora y se sintió orgulloso de él. Sonrió de modo imperceptible y supo que no tendría ninguna otra oportunidad de ofrecerle todo lo que le había pertenecido.

—¿Aceptás? —le volvió a preguntar con la voz casi inaudible.

El Diablo lo miró fijamente. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Veía el rostro macilento de Dios, percibía el sonido de su respiración brotando agónica de sus labios entreabiertos y hubo

de hacer un esfuerzo descomunal para contener el llanto. Recordó estar cayendo desde una altura inconmensurable, sentir cómo la luz se iba diluyendo a sus espaldas, ver la profunda oscuridad de los abismos frente a sí. Recordó estar en las tinieblas más hondas que ser alguno pudiera haber imaginado, sentirse aterrado sin poder gritar pidiendo ayuda porque nadie le daría auxilio, experimentar el infinito vacío del desamparo, caer en la más completa desesperación y haber puesto sus dos manos sobre su cabeza y haber llorado amargamente percibiendo que el dolor más intenso quebraba todo su ser. Recordó haber caído de rodillas, doblar su cuerpo, tocar el suelo con la frente, sentir cómo su alma se quebraba ante el monumental peso de su fracaso y creer, en ese instante de soledad abrumadora, que nunca encontraría la salvación. Ahora, ahí estaba, miles de años después, de pie, junto al lecho de muerte de Dios. Apretó los dientes haciendo el último esfuerzo para impedir que las lágrimas se derramasen de sus ojos. Respiró tan intensamente como pudo, contuvo todo el aire y lo soltó para decir la única palabra que pudo pronunciar sin desfallecer por completo.

—Sí.

A Francisco se le doblaron las piernas.

Dios, con gran esfuerzo, alzó una de sus manos y puso el pulgar hacia arriba.

—Suerte —dijo y ese sí era su estilo.

El Diablo movió ligeramente la cabeza, aceptando lo que debía ser entendido como la bendición de Dios. Cerró los ojos, intentó que su respiración se normalizara, que la angustia cediera. Abrió los ojos y ya era él.

Luego, Dios masticó las palabras y dijo:

—Tengo que decirte algo.

El Diablo se le acercó. Casi pegó su oído a los labios de Dios.

—Te escucho —dijo.

En su oído el aliento de Dios era cálido.

—A Francisco no le conté todo, hubiera pasado siglos confesándome. Pero hubo algo que fue distinto para mí. Aquí, en el Cielo, hay una casa con un jardín con muchas flores...

El Diablo le interrumpió y, en voz muy baja, le dijo:

—Ya sé. Yo me ocuparé.

—Hay algo más —musitó Dios—. Debo hacerte una pregunta.

—¿Cuál?

Casi diciendo las palabras letra por letra, Dios le preguntó:

—¿Adónde iré después de muerto?

El Diablo se apartó de la cama, inspiró hondo, sonrió enigmático, sacó el labio inferior hacia fuera, se encorvó de hombros. Definitivamente, ya era él.

—Para estos casos, siempre tuviste una respuesta: «Hay misterios que no se pueden revelar» —dijo y sonrió.

Dios se hundió en la almohada.

Luzbel giró el cuerpo en dirección a la puerta. Hizo un ademán y la puerta se abrió ante él como si manos gigantescas la empujaran. Salió al inmenso salón tolerando las inquisitivas miradas de los santos y arcángeles reunidos en el centro del cuarto. Los miró uno a uno, lentamente, escrutando en cada rostro los sentimientos del alma. Recompuso su rostro consternado, llenó de aire sus pulmones y, simulando una sonrisa tenuemente sutil, recobró la prestancia dirigiéndose directamente al grupo.

En el preciso momento en que daba el primer paso y antes de que las puertas se cerraran por detrás de él, Luzbel oyó la voz de Francisco diciendo:

—Ego te absolvom.

Y, aunque hizo un último y tremendo esfuerzo, ya no pudo evitar que de sus ojos cayeran las lágrimas.

Hechos de Dios

Estos fueron Hechos de Dios tal cual son relatados en la Biblia. Como es ampliamente sabido, el contenido de este Libro es absolutamente verídico e indiscutibles son todas sus aseveraciones ya que fue redactado bajo la directa inspiración y supervisión de Dios.

hecho 1

Hizo un pacto con los judíos comprometiéndose a ayudarlos en todo lo que necesitaran a cambio que le rindieran culto solamente a Él y, cotidianamente y dos veces al día, le ofrecieran un par de corderos en sacrificio. Para sellar el pacto, seguramente pensando que esos tipos podían estar hablando por hablar y después no cumplir con su parte de lo tratado, les pidió que se cortaran un pedazo de pene. Como prueba, hay que decirlo, es bastante importante. Realmente, para hacerlo hay que tener dos condiciones: ser de verdad creyente y, sobre todo, ser masoquista. Por suerte para las mujeres, sea porque se olvidó de ellas o porque ellas se escondieron, sólo los hombres pactaron ya que, de haberlas considerado en el trato, seguramente, les habría pedido que se cortaran un pedazo de teta.

hecho 2

En Sodoma y Gomorra todos los habitantes eran homosexuales, excepto uno o dos que estaban en duda. Dios sentía asco por los homosexuales y, mucho más, cuando los sodomitas quisieron violar hasta al par de ángeles que el Señor había enviado. Por lo tanto, destrozó ambas ciudades y exterminó a todos los habitantes. Aunque el libro sagrado asegura que todos fueron finados, alguno debe haber huido pues el terrible mal de la homosexualidad

continuó propagándose en todas las sociedades, incluida la Santa Madre Iglesia, donde se encuentran más homosexuales que en las propias Sodoma y Gomorra juntas. Obviamente, como Lot escapó ciertas sospechas de no ser bien varoncito recaen sobre él y ser responsable de la continuación de esta plaga maldita que tanto ofende a la religión y al propio Dios que se olvida que el primer ser que creo fue Varón y Varona.

hecho 3

Abraham era uno de los predilectos de Dios.

Abraham estaba casado con Sara y ésta no podía tener hijos. Por lo tanto, Abraham tuvo un hijo con Agar, su esclava. La pobre Agar cayó en desgracia cuando la vieja Sara (y decimos vieja porque era vieja como de cien años) quedó embarazada y parió a Isaac. Sara le dijo a Abraham que echara de inmediato a Agar y al hijo mal parido. Abraham se negó porque lo consideraba poco piadoso. Dios intervino y le ordenó a Abraham que le hiciera caso a Sara porque Él tenía planes para Isaac. A pesar de no estar muy convencido, como era un mandato de Dios, los dejó abandonados en medio del desierto.

La madre y el bebé no se murieron de casualidad gracias a que Dios, siempre generoso, hizo que Agar encontrara un pozo con agua después de andar caminando perdida en el desierto y no le quedaban lágrimas para llorar ni voz para rogar que no se le muriera el hijo.

Dios, siempre mandado a hacer en estas cosas, se ve que desconfió de Abraham y pensó:

—Me parece que este no cree tanto en mí.

Entonces, para probarlo, le dijo:

—¿Querés mucho a tu hijo Isaac?

Abraham contestó que sí, que lo amaba con locura.

Dios, probablemente sonriendo, le dijo:

—Bueno, entonces matalo, cocinalo a fuego lento con una buena leña y mandamelo para la hora de la cena.

El buen Abraham, antes ferviente creyente que buen padre, lo llevó al hijo hasta el sitio apropiado para el sacrificio. El muchacho, tratando de que el padre no hiciera mucha fuerza porque estaba anciano, cargaba la leña y le preguntaba:

—Papá, ¿dónde está el cordero que vas a asar?

Abraham le contestaba:

Es una sorpresa, ya vas a ver cómo te vas a sorprender.

Se las ingenió Abraham para atarlo (porque es difícil que Isaac se acostara solo arriba de la leña, sobre todo viendo al padre con una cuchilla dispuesto a carnearlo) y ya le enterraba el cuchillo que apareció un ángel y le dijo:

—Abraham, dejate de jorobar y dejá en paz a ese pobre muchacho.

Abraham lo soltó y alabó a Dios.

La Biblia no comenta sobre lo que sintió Isaac mientras el padre lo iba a degollar ni si sufrió algún trauma al respecto. Pero, en esa época, lo que le pasara a los niños o a los adolescentes no era nada que preocupara a Dios o a sus padres y, mucho menos a los religiosos que escribían la historia.

Tampoco aclara por qué no fue Dios mismo quien detuvo la mano de Abraham o si el ángel actuó por iniciativa propia. Lo que no cabe dudas es que Dios daba serias muestras de inseguridad afectiva.

hecho 4

Los judíos se querían ir de Egipto pero el Faraón no los dejaba. Mejor dicho, les decía que se fueran si querían pero que no se llevaran el ganado ni bienes que habían obtenido en el

país. Por supuesto que, en esas condiciones, ningún judío quería irse. Pidieron ayuda a Dios. Este, no se sabe por qué, no hizo lo que le hubiera resultado más sencillo, sobre todo, considerando que era Dios: llevárselos por el aire y darles nuevo ganado en otra parte. Dios, en esos tiempos, siempre hizo las cosas de otro modo. Para que Moisés pudiera convencer al Faraón les mandó un enjambre de mosquitos. No debe pensarse en un enjambre pequeño sino en uno jamás visto y que cubrió todo Egipto, de norte a sur, picando a hombres y animales sin piedad. El Faraón, entonces, les dijo a los judíos que se podían ir si le decían a Dios que terminara con los mosquitos. Así lo hizo Dios pero el Faraón se arrepintió y dijo:

—Ahora no se van nada.

Fue así que Dios mandó una cantidad de tábanos que les hizo la vida imposible. Lo mismo dijo el Faraón y, del mismo modo, se arrepintió cuando se marcharon los tábanos. Dios les mandó un granizo que destrozó todos los sembrados de Egipto, hiriendo o matando a los animales. El Faraón volvió a pedir que esto se acabara. Lo hizo Dios y el Faraón dijo:

—Ahora que todo pasó, no se van nada.

Por esta razón, Dios les mandó langostas que se comían los sembrados. Resuelto del modo habitual el problema de la langosta, esto es, el Faraón llamaba a Moisés y le decía:

—Moisés, decile a Dios que se pueden ir, que acabe con las langostas

Dios acababa con las langostas y el Faraón decía:

—Ahora no se van nada.

Dios, que se venía enojando porque hasta acá no lo estaba, les mandó pústulas y úlceras eruptivas que atacaban a todas las personas y a los animales. Con esto el Faraón no embromó mucho y dijo que estaba bien que se podían ir, que se llevaran algunas cosas pero dejaran otras. El Faraón, por más Dios que estu-

viera en el medio, trataba de negociar. Dios mandó tinieblas y no hubo luz en todo Egipto durante tres días. El Faraón no encontraba ni el cetro real y, convencido al fin, dijo que se fueran de una vez. Entonces, Dios mandó a Moisés a que le sacara todo el oro y la plata que pudiera a los egipcios bajo la amenaza que, si no se los daban, Dios mataría a todos los primogénitos de Egipto. Los egipcios, después de tantas desgracias, estaban dispuestos a dar todo lo que tenían y Moisés y los judíos se llevaron cuanto podían cargar.

De todas maneras, Dios mató a todos los primogénitos de todos los egipcios, de todos los esclavos y de todos los animales. No perdonó ni al hijo de un pobre que se encontraba encarcelado. Eso por si había alguno en Egipto que dudara que Él era Dios y que hacía lo que quería.

También es cierto que los egipcios eran porfiados. Fijémonos que, a pesar de tanta muestra de poderío, los tipos siguieron creyendo en Osiris, Seth e Isis. Como diría Dios: «Bestias incrédulas».

hecho 5

N**o** había hombre que creyera más en Dios que Job. Cuenta la Biblia, con la exactitud que la caracteriza, que Dios se encontró con Satanás y le preguntó qué andaba haciendo. Satanás le respondió que estaba paseando. Dios le preguntó si había visto a Job, que ése era un tipazo, que cómo creía en Él. Satanás le dijo:

—¿Quién no creería en vos teniendo todo lo que Job tiene? Sacale lo que tiene y veremos si sigue creyendo en vos.

Dios le dijo:

—Ya vas a ver.

De inmediato, mató a todas las ovejas, los camellos, los perros, los gatos, en fin, hasta los pajaritos que había en los campos

de Job (quien era riquísimo) No satisfecho, mató a todos los esclavos, que eran muchísimos. Dios pensó: «¿Será bastante como para ponerlo a prueba?» Por las dudas, siguió y le mató todos los hijos y todas las hijas.

Job se rasgó las vestiduras y estaba desesperado. De la noche a la mañana había quedado en la ruina completa y no tenía ni para comer y se le había muerto toda la familia. Menos la mujer a la que Dios se la dejó como castigo. Se encontró Dios con Satanás y le dijo:

—¿Viste lo que hice y todavía cree en mí? ¿No te dije que este era un verdadero varón?

—Claro —contestó Satanás— Como todos, creen hasta que los tocás a ellos mismos. Tocale el cuerpo, la piel y veremos.

Sin pérdida de tiempo, Dios le mandó una úlcera maligna que iba desde el tobillo hasta la coronilla de Job. El pobre tipo se la pasaba rascándose y sentándose sobre cenizas para amortiguar la picazón de ano. Ahí la mujer le dice:

—¿Vos todavía creés en ese tipo, tarado?

Palabra más, palabra menos fue lo que escuchó Job. Oyendo lo que decía su mujer, medio como que enarcó una ceja, como dice, prestando atención o vacilando un poco. Justo en ese momento lo visitan unos amigos que discuten con él sobre si tenía que seguir creyendo o no.

A Job no se le ocurre mejor idea que decir:

—Me gustaría discutir este asunto mano a mano con Dios y preguntarle si yo me merezco esto.

Tuvo la mala suerte que Dios y lo escuchó y, ahí nomás, se le presentó diciendo:

—¿Quién te creés que sos para discutir lo que yo hago? ¿Tu brazo es como el mío? ¿Suena tu voz como la mía? ¡Piltrafa humana! ¡Yo soy Dios y nadie discute lo que yo hago! ¿O querés echarme a mí la culpa para justificar la miseria de tu vida?

Job agachó la cabeza y pidió perdón. Dios lo palmeó y le dijo:

—Si te portás bien, veremos qué hago por vos, más adelante.

Eso sí que es un Dios que se hace respetar y que verdaderamente da miedo contradecirle aunque no se entienda qué está haciendo ni para qué lo hace.

hecho 6

El último de los hechos del que haremos comentario, sucede muchos siglos más tarde de los hechos antes narrados. Podríamos decir que, tal vez, sean milenios.

Para esta época, Dios ya había producido algunos cambios en sus actitudes y no tenía el mismo brío de sus comienzos. Es posible que estuviera cansado, le faltaran fuerzas o hubiera viajado a otro planeta. Las posibilidades son muchas. Pero, si los demás hechos lo muestran en todo su Poder y en toda su Gloria, en su Indiscutida Autoridad, el último episodio nos deja interrogantes y, más que nada, una sensación de vacío, de orfandad, de pena.

El suceso del que hablamos es aquel en el cual un buen hombre, hijo de un carpintero, que no había mal a nadie, se desangraba clavado en una cruz y, en su infinita desesperación, exclamó:

—Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Quizás, esa mañana, Dios se quedó dormido.